Noemí Villaverde Maza

UNA ANTROPÓLOGA EN LA LUNA

LA NATURALEZA QUE SOMOS

UN PASEO ANTROPOLÓGICO POR LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD

OBERON

LA NATURALEZA QUE SOMOS

Una antropóloga en la luna

Noemí Villaverde Maza

OBERON

Índice

Capítulo 1. El murciélago cojo: somos naturaleza

Capítulo 2. El universo: los fugaces somos nosotros

Capítulo 3. Las necesidades humanas y la piel del deseo

Capítulo 4. El cuidado y el fémur roto de Margaret Mead

Capítulo 5. Se necesita un mundo para crear humanidad

Capítulo 6. La guerra: ¿está el enemigo? que se ponga

Capítulo 7. La desigualdad y la economía del don

Capítulo 8. El lado oscuro de la empatía

Capítulo 9. Capitalismo afectivo y la resiliencia de un árbol

Capítulo 10. Ciencia: la historia de la señora Poop

Capítulo 11. El trabajo, el reloj y la copa de la libertad

Capítulo 12. El viaje y el vuelo del murciélago

Créditos

A Alejandro

Capítulo 1

EL MURCIÉLAGO COJO: SOMOS NATURALEZA

Un murciélago ha caído en mi mesa.

Me encuentro en el Casco Viejo de mi ciudad, tomando algo en una terraza de un bar.

Me quedo mirando esa bolita que aletea con movimientos torpes, y que después, extiende sus alas y se queda inmóvil. Es pequeño, como todos los que surfean los vientos de mi ciudad por la noche, bajo los puentes y las farolas de los arrabales. Aunque ya los había visto en más de una ocasión, todavía me llama la atención la fragilidad de su anatomía, su cuerpo de ratón pequeño, sus alas membranosas frágiles, a pesar de todo el simbolismo de marginalidad que cargan, de nocturnidad y alevosía, de parias rabiosos. Y al momento, me viene a la mente: pandemia. No me acordaba: ahora todo el mundo habla de los murciélagos. Ellos, que portan virus como aviones de microbios indocumentados, de virus y bacterias que difunden el infierno de la plaga…

Miro al murciélago. No se mueve. Sigue yaciendo con las alas abiertas. Siento pena, eso que tenemos los seres humanos cuando empatizamos con la vulnerabilidad de cualquier ser. Se acabaron para él los vuelos felices llenos de cabriolas. Y aparece alguien, un desconocido. Frente a la mesa, bajo su gorra me muestra una melancólica sonrisa y mira al animal. Señalándole muestra, compasivo, las señales inconfundibles del último aliento de vida de todo ser vivo del planeta, cuando ya el cuerpo dejó de responder y se relaja. Y en eso tienen suerte, los murciélagos: hay especies que pueden vivir fácilmente más de 15 años, y algunas llegan a los 40. El hombre me explica que en su país hay muchos, mientras sus ojos brillan recordando su tierra. Nostalgia (del griego «nostos», retorno, y «algos», dolor). Como «herrimina», «dolor de pueblo» en mi idioma euskera. Y marcha dejándome ahí, con ese ratoncito alado, el único mamífero con vuelo activo del planeta.

Y pienso entonces que no es buena idea que siga sobre la mesa. Decido trasladarlo a algún rincón lejos de algunas miradas de oprobio. Sí, por su adaptación para volar y por su capacidad de vivir en diversos entornos difíciles, su sistema inmune es capaz de mantener a raya a múltiples virus y bacterias sin mostrar enfermedad, y en sus pequeños cuerpos, los virus encuentran al mejor hospedador para reproducirse y aumentar su virulencia. Pero son vitales para el equilibrio del

ecosistema, para la regeneración de bosques como polinizadores, y para el control de plagas de insectos. Así que improviso con varias capas de tela enrolladas una suerte de guante, y poso al animal en el mejor sitio que se me ocurre.

Así de ambigua es la naturaleza de la que nosotros formamos parte. No cabe duda de que el murciélago es imprescindible para el equilibrio de la vida en este planeta, ajeno a nuestra moral humana sobre el bien y el mal, y a nuestra idea de naturaleza bucólica, indulgente y prístina. A Charles Darwin alguien le preguntó si creía en la Biblia como revelación divina. Él le respondió: «no puedo persuadirme de que un ser benévolo y omnipotente haya creado intencionadamente las icneumónidas con la expresa intención de comerse vivas a las orugas». Las icneumónidas, esas finas avispas parasitarias que inyectan sus huevos en orugas para que, al eclosionar, se alimenten de sus entrañas. Y se lamentaba Darwin: «mi teología es una verdadera confusión. No logro considerar al Universo como un producto del mero azar aunque tampoco consigo encontrar en los detalles la mínima prueba de un diseño cualquiera». Y es que, en la lógica de la naturaleza, ahora se sabe y se reconoce, conviven realimentaciones y sinergias, la determinación y la conservación con el cambio y el azar.

«Todo es en par», afirman las mentes que todavía proceden según la cosmovisión mesoamericana. Vida y muerte; día y noche; este y oeste; húmedo y seco; calor y frío; arriba y abajo; perfume y fetidez... todo es paridad, pero no por oposición o exclusión. Por ejemplo, la noche no es lo opuesto o lo contrario al día. No son antagónicos. No solo la noche necesita al día para existir, es que, además, la noche es día, y el día también es noche. Y todo lo que se contiene entre ellos está en movimiento, pero no deja de ser lo mismo: todos los cambios y movimientos regulares de la naturaleza. Toda la existencia es pareada, y eso significa que la existencia es posible si y solo si existe la diversidad. La diferencia es condición para la existencia. Si se anulara la diversidad no habría más cambio o movimiento. No habría vida.

«Amare ververipen si amare barbalipen» dicen los gitanos. «Nuestra diversidad es nuestra riqueza», significa.

Y para la gran parte de las culturas del planeta, la vida también pertenece a los cerros, el agua, las nubes o las piedras. Los seres humanos solo somos una trama más en el tejido de la vida, en la urdimbre de la cotidianidad de los ecosistemas del planeta.

Muchos son los idiomas que nos lo recuerdan, como si de vestigios fósiles se tratara empeñados en no desaparecer. La bióloga Robin Wall Kimmerer explica que «en algunos idiomas nativos, el término *plantas* se traduce como «aquellos que nos cuidan», y lanza un ejemplo en su lengua americana, el potawatomi, en su libro *Una trenza de hierba sagrada*. Cuenta que «bahía» es un nombre para el inglés, un sustantivo, pero no es así para su lengua. En su lengua, dicen *bahía* como «wiikwegamaa», y es un verbo, una acción. Significa literalmente «ser una bahía». Lo explica así: «contiene el milagro de que el agua, viva, haya decidido refugiarse entre las orillas. Podría no hacerlo, podría convertirse en arroyo o en océano, o en cascada, y para eso también hay verbos». La piedra, el agua, el viento... son verbos cuando el mundo está vivo, cualidad animada del mundo, y agrega «este es el idioma que yo escucho en los bosques». No es que la vida está en el agua, más bien el agua está en la vida. Vida entendida como todos los flujos, circulación y corrientes del mundo. También se puede decir que vida y agua es lo mismo, ya que no hay vida sin agua, ni agua sin vida. La vida no es un atributo de algunas cosas del mundo, es inmanente en el proceso mismo de la generación continua de devenir del mundo, y todas estas cosas pertenecen a él.

Hubo en el pasado, y existen todavía en el presente, culturas que incluso afirman que el resto de los seres son gente y que, al igual que nosotros, mantienen sistemas sociales, políticas o lingüísticas. Hablan su propio idioma, mantienen asambleas y conviven con sus propias familias. Pero nuestra cultura resuelve que dichas culturas los antropomorfizan, es decir, les conceden forma o cualidades humanas, y es que tienen mentalidad primitiva. ¿Pero qué tal si dejamos a un lado el antropocentrismo, la idea de que el ser humano es el centro de todas las cosas y el fin absoluto de la historia del planeta? La humanidad es un mero reflejo de la complejidad del mundo. No existe humanidad sin el origen de cuanto permite la vida.

Quizás por eso le estoy dando intimidad a este pequeño murciélago en su último aliento. ¡Qué tontería! ¿Intimidad? Y me consuelo, pensando: «los ojos solo ven lo que la mente conoce», mientras retomo mi posición recta y civilizada en la silla. El murciélago es un ser maravilloso, no hay duda. «El mundo está tan lleno de cosas maravillosas que, si nos enseñaran a apreciarlo, seríamos todos mucho más ricos que los reyes», sentenciaba el antropólogo Ashley Montagu. Y sin embargo, solo acertamos a voltearnos hacia eso que consideramos naturaleza desde la exterioridad, la superioridad y la instrumentalidad (¿para qué nos sirve?). Y cuando las cosas van mal.

Si hay un huracán, o una ola de calor, o una epidemia, decimos que «la naturaleza nos está enviando una señal», para añadir luego que «los seres humanos somos la plaga». Es como decir que la báscula nos está mandando una señal de que debemos adelgazar cuando los kilos suben en demasía, para añadir después de que la verdadera desdicha son las oficinas y esta «humanidad pasiva». Enviándonos SOS o aguantando la plaga, la naturaleza está al margen de nuestra vida, como un paisaje al que posar nuestra mirada o unos recursos de los que obtener beneficios monetarios.

Y después pedimos clemencia, alegando ser víctimas del «desencantamiento del mundo» y la «soledad de especie», esa tristeza y ansiedad colectivas que produce nuestra desconexión emocional respecto de otras especies. Como aquellos hermanos que, en el juicio por haberles quitado la vida a sus propios padres, piden clemencia por ser huérfanos. Hemos creído en el mito de que podemos desarraigarnos y vivir por encima de los límites de la naturaleza, y que «ya encontraremos otra manera de seguir haciéndolo. Al fin y al cabo, siempre lo hemos hecho». A pesar de conocer la insoslayable dependencia de la naturaleza, de lo que estamos alterando, de la biodiversidad que estamos talando, como si otros pueblos sometidos no hubiesen tenido que soportar las consecuencias de esta arrogancia.

Pero si, tanto en el pasado como en la actualidad, hay tantas culturas humanas y no humanas, tantas tramas diversas, tanta riqueza de perspectivas, tantas maneras de asomarse al mundo... Si las culturas del ser humano han albergado tantas maneras diferentes de gestionarse ante la vida, diferentes sistemas políticos, diferentes cosmovisiones, diferentes estructuras sociales... ¿Cómo nos hemos atascado tanto? ¿Si el reflejo de la humanidad no es el de la complejidad y la viveza del planeta, entonces cuál es? Recuerdo que en idioma apache llamado ndee, la raíz léxica para la palabra «tierra», *ni*, es la misma que para «mente». O que, para el idioma yoruba, la palabra para tierra, «aiye» o «aye», también significa existencia y oportunidad.

Me percato de que nuestro reflejo de humanidad está focalizado en un tipo de economía que analiza cada vez más toda la existencia como si de un mercado se tratara. Que piensa en la vida de los seres humanos como capital humano, emprendedores involucrados en un proceso productivo. Que nuestra comunidad humana es una «sociedad del mercado». Que por eso decimos que los mercados financieros están vivos, se mueven y hablan, que «exigen sacrificios» y «políticas de

saneamiento», y las «corporaciones» tienen la práctica totalidad de derechos que tienen las personas. Por eso, soy consciente de que ese otro mantra que se repitió tanto, que «el virus no entiende de clases sociales», aunque intenta recordarnos la vulnerabilidad o mortalidad humana, no refleja que las clases menos acomodadas tienen más riesgo a contagiarse y enfermar, más riesgo a las consecuencias médicas de la enfermedad y a las posibles consecuencias económicas de la crisis.

Sí, es cierto, el murciélago es un reservorio de virus. Su vida alada lleva en el planeta 64 millones de años, y forma comunidades donde lo comparten todo: cuidados, alimento, calor... Además, están presentes en todo el planeta, en múltiples hábitats, durante largos años de vida. Bueno, los humanos también nos hemos extendido por todo el mundo. Nuestros ancestros, sin pelo ni armas, sin garras ni colmillos, sin caparazón ni veneno, nos adaptamos (y alteramos también) todo tipo de entornos naturales, desde el desierto a las junglas, los océanos y el mismo continente helado. Pero eso fue hace 2 millones de años. Por eso, aun en la distancia, figuramos entre los animales más cohesionados desde el punto de vista genético. Pues bien, el 8 % del genoma humano consiste en antiguos retrovirus. De hecho, nuestro sistema inmune, el que ataca a los virus, funciona gracias a ellos. Un estudio de la universidad de Stanford, que se presentó en julio de 2016, demostró que el 30 % de las adaptaciones de nuestras proteínas, desde que los humanos nos separamos de los primates, han sido provocadas por virus. Los virus y nuestra especie también estamos en esa compleja red viva de la vida.

Murciélago viene de «murciégalo», del latín *mus*, *muris*, ratón y *caeculus*, diminutivo de *caecus*, ciego. Significa «ratón ciego». Pero no lo son. Para no chocar en la oscuridad, el principal sentido que utilizan la mayoría de los murciélagos (que no todos) es el eco, la ecolocalización, un sistema de radar o sentido sonoro.

«No hay más ciego que el que no quiere ver», me dicen que decía mi abuelo, invidente, probablemente a causa de rastros de metralla de la guerra. Y recuerdo que Eco era, en la mitología griega, una ninfa del bosque castigada a repetir por siempre el final de las palabras que escuchaba, incapaz de tomar la iniciativa en ninguna conversación. Creo de verdad que es vital salir de la cueva y tomar la iniciativa en la conversación en torno a la vida humana misma, acerca del mundo y del problema de cómo vivir una vida que merezca la pena ser vivida. No solo para los humanos, sino para todos los seres con los que

compartimos el planeta, y para las generaciones venideras.

Y para imaginar, los seres humanos tenemos predisposición. Se trata de la capacidad de cavilar sobre situaciones hipotéticas, que no tienen que ocurrir en el aquí y ahora, «dándole la vuelta» al problema a través de los símbolos, del arte, del lenguaje... Manteniendo una conversación con todas aquellas sabidurías y experiencias de vida desplegadas a lo largo de generaciones de todos los rincones del mundo, cooperando a través de la «intencionalidad compartida»: la capacidad de ponerse de acuerdo con los demás, en la misma interpretación cognitiva y en los mismos objetivos. Para, con todo ello, proyectar todas estas ideas en el mundo externo, y convertirlas en realidad, y crear así una apertura hacia una vida plena. En todo eso, los humanos somos expertos.

Y sí, también somos expertos en mentir, calculando si nos resulta más halagüeño cooperar o competir, o transmitir (o no) la información. Podemos fabular, inventar historias y hablar de cosas que no son ciertas ni nunca existieron. Pero quién sabe, quizás podrían serlo. Y hasta en eso somos unos cooperadores asombrosos.

«Todos los seres humanos son mentirosos; es cierto, tienen que creerme» nos advierte la escritora de ciencia ficción Ursula K. Le Guin (*Contar es escuchar*).

«La humanidad no está en ruinas, está en obras», nos previene el antropólogo Marc Augé en su libro *Pequeñas alegrías*. Y añade: «la humanidad pertenecerá a una historia con frecuencia trágica, siempre desigual, pero irremediablemente común.»

Al día siguiente, volví. El murciélago ya no estaba…

Capítulo 2

EL UNIVERSO: LOS FUGACES SOMOS NOSOTROS

«Hubo un tiempo en el que no había tiempo», «no había luz, pero tampoco había oscuridad», «tan solo existían inmensas masas de aguas turbias cubiertas por absolutas tinieblas», «era el caos, un inmenso vacío», «un hueco profundo, en donde nada vivía»…

«Polvo solar» es como llaman a la tierra los bosquimanos lxam (o sea, |Xam–ka!au). Así mismo, la palabra «Zulú», de Sudáfrica, significa *cielo* y *firmamento*.

Los mitos del mundo han explicado el origen de la Tierra de mil maneras, pero las personas ancianas con bocas desdentadas llamaban «aguas turbias» en lugar de «sopa primigenia», a los primeros océanos y masas de agua. Al igual que Darwin, que la llamaba «pequeño charco de agua templada». La palabra maorí para tierra, «whenua», también significa *placenta*. Se considera que toda la vida nace del útero de Papatūānuku, bajo el mar. Las tierras que aparecen sobre el agua son placentas de su vientre. La aparición de la Tierra fue hace 4500 millones de años, y la vida, hace más o menos 3900 millones de años.

Como educadora, sé que estas cifras no las podemos asimilar. Miles de millones de años son demasiados, y con esas cifras, casi da lo mismo unos centenares de años más arriba o más abajo, porque no se pueden ajustar esas dimensiones ingentes a las proporciones de lo conocido, de lo que para nosotros es la realidad.

«Los números no parecen funcionar bien con respecto al tiempo profundo», escribió John McPhee en *Basin and Range*.

«Tiempo profundo», eso es lo que es. Tiempo que aplasta el instante humano.

Recuerdo que, en mi idioma, el vasco, «mucho» se dice «hamaika», que literalmente significa «once». «Mucho» es lo que no se puede contar con los dedos. Entonces, pienso, el truco es corporizar la cifra para que «entren» las cuentas. 4500 millones de años es una cifra demasiado alta como para darle a esa cifra un sentido abstracto. Extiende los brazos el máximo posible e imagina que la extensión que abarcan es toda la historia de la Tierra. A esa escala, la distancia entre las puntas de los dedos de una mano y la muñeca de la otra es el Precámbrico. ¡Y solo el total de la vida compleja está en una mano!

Es más: la historia humana la borras con una lima de uñas. Y los humanos anatómicamente modernos aparecieron en África solo hace aproximadamente 200 000 años. «Las estrellas dicen que los fugaces somos nosotros», asegura una frase anónima.

Cuando la corteza del planeta estaba todavía en formación, sus ingredientes no harían presagiar ni de lejos una vida cómoda en la Tierra. Descórchese enormes volcanes en erupciones de lava, y alíñese al gusto con continuos y colosales terremotos y tormentas torrenciales marinadas con estimulantes rayos electrificantes... todo ello espolvoreado de lluvia de meteoritos y asteroides. La oscuridad era turbia, no existía la capa de ozono, el sol brillaba menos, las nubes eran densas... El aire era muy parecida a las emisiones de gases que salen de un volcán, perfecto para abrasar nuestros pulmones como en un horno.

Y entonces, con todo ya un poco más aplacado, en una meteorología un poco más balsámica, surgió la vida: una serie de compuestos químicos se unieron en una estructura determinada, que usaban energía del entorno para mantenerse estables y que lograron producir copias de sí mismos. Esa es la vida: replicación, metabolismo (intercambio de materia y energía entre el ser vivo y el exterior) y un compartimento (algún sistema que te permita distinguir lo que es el ser vivo y lo que es el entorno). El biólogo Humberto Maturana nos legó la palabra griega «autopoiesis»: «auto» (a sí mismo) y «poiesis» (creación). Todo ser vivo (incluido el ser humano) es un sistema que está continuamente creándose a sí mismo y, por lo tanto, reparándose, manteniéndose y modificándose para tomar sustancias del medio y expulsando lo que le sobra. «Engendramiento», «proceso», «curso de las cosas»… Ese es el sentido etimológico de la palabra «natura» latina o de la «physis» griega. Como en lengua china, *naturaleza* es «zì rán», caracteres que expresan algo así como «lo que es por sí mismo», aludiendo a su propio carácter de autocreación. La naturaleza, ya lo sabían los antiguos, es un flujo constante de múltiples modos de existencia.

Y ahora vienen los ladrillos de la vida. La base de los seres vivos son unas moléculas llamadas aminoácidos que consisten en una unión muy ordenada de átomos de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno. Ellos construyen las proteínas. Los aminoácidos se han encontrado incluso incrustados en meteoritos. ¡Y en 1987 se localizaron en la cola del cometa Halley!

Así que tenemos que los aminoácidos consisten en átomos, y todos estos átomos vinieron de estrellas como el sol. Y esto significa que cada partícula que compone la materia de nuestro cuerpo lo mismo fue antes mariposa o piedra o virus o cualquier otro polvo de estrellas.

«El verde de los árboles es parte del rojo de mi sangre», escribió Fernando Pessoa.

Paracelso (1493 - 1541), quien curó a 18 reyes y príncipes ya dados por perdidos por otros médicos, también era astrólogo, y ya lo intuyó. Escribió en *Hombre y cielo*: «Pues el cielo es el humano y el humano es el cielo. No solo las estrellas forman el cielo, sino que hay estrellas en nosotros, la fuerza del humano viene del firmamento superior, y todas sus fuerzas están en él. Tal como el mismo sea fuerte o débil, de modo que el firmamento está también en el cuerpo».

Pero aún hay más. En realidad, en escala microscópica, los átomos en sí están prácticamente vacíos. Si un átomo es como un estadio de fútbol (¡qué socorridas las comparaciones de los estadios de fútbol!), su núcleo en el centro sería una pelotita de ping pong y los pocos electrones pululando serían como cabezas de alfileres. Y entre los mismos átomos también hay distancia y tampoco hay nada. Si no atravesamos todo como fantasmas cruzando paredes, son por las fuerzas de repulsión electromagnéticas. Si recibes un buen golpe, maldícelo: «Usa la fuerza, Luke».

Pero es que el universo también está vacío. Por eso, no podemos decir que estamos hechos de la misma materia del universo. La materia de la que nosotros estamos hechos, así como la tierra, el sol, las estrellas, etc., es menos del 4 % de la materia del universo. El restante 96 % no se puede ver, pero está ahí y lo domina todo. Por él se mueven los átomos. Los cosmólogos lo llaman materia oscura y energía oscura, o energía del vacío.

«Como si todo lo que había fueran luciérnagas, y de ellas pudieras inferir el prado.

Como si, de las luciérnagas, pudieras inferir el prado, infiere el día a partir del calor vestigial».

Escribió la poetisa y física de la materia oscura Rebecca Elson.

Ese vacío o la «nada» que nuestra cultura tanto rechaza y siempre intenta llenarla. El silencio tenso que se crea en el ascensor, el hueco,

la oscuridad... «La naturaleza aborrece el vacío», escribió François Rabelais. Hasta el Premio Nobel de Física llamado Seven Weinberg afirmaba: «cuanto más sabemos del universo, más vacío de sentido se nos aparece» (Del libro *Los tres primeros minutos del universo*).

Pero para otras culturas, el vacío es primordial. Por ejemplo, para la sensibilidad taoísta china, es la madre de todas las cosas: de ahí el término «wu», o «cero», la vacuidad como manantial del que todo deviene, desde donde nacen todas las posibilidades. Lo simbolizan mediante un círculo vacío o Wu Ji.

En el idioma sánscrito, es el ākāśa (akasha), el espacio, la esencia de todas las cosas para la religión hindú.

Otro ejemplo se da en la cultura andina, que disfrutan y se guían por dos tipos de constelaciones: las que forman las estrellas y las que forman el espacio entre ellas.

En otra cultura y en otros tiempos, el filósofo persa Fakhr al-Din al-Razi (1150-1210) ya escribía en su obra *Matalib al-'Aliya* que: «Está establecido por la evidencia de que existe más allá del mundo un vacío sin fin».

Al contrario de la idea de universo (uno y todo lo que le rodea), se preguntaba si Dios creó «múltiples mundos dentro de este único universo o cosmos, o muchos otros universos o un multiverso más allá de este universo conocido».

Sí, la idea de multiuniverso no es nueva.

Así mismo, el universo no está vacío, «es» vacío. Y por ello se están alejando las galaxias unas de otras en una expansión del tejido cósmico. Un símil sería el alejamiento unas de otras de las nueces de un pastel al hornearlo con levadura: el pastel crece y las nueces se alejan (¡tendría que haber puesto más!).

Debemos empezar a considerar a la naturaleza como una «red de sentido», en la que la interconexión e interdependencia de toda vida da sentido a la nuestra. El universo será vacío, pero en nuestro entorno hay quintillones de átomos por metro cúbico. Todos los seres del planeta (bacterias, plantas, insectos, humanos) estamos hechos de muy poquitas cosas y en la misma proporción, y las «recetas» donde viene todo escrito son los nucleótidos (los ácidos nucleicos ADN-ARN). Coge un fragmento de instrucción genética de un ser humano y

añádelo a una célula de levadura (la que usaste para el pastel con nueces), y la célula de levadura tomará ese fragmento como suyo, aunque sea humano, y lo pondrá a trabajar. Bueno, en cierto sentido, también es suyo. Compartimos un 31 % de nuestro ADN con la levadura. Somos tan diferentes porque son las proteínas las que resultan bien distintas, y son ellas las que nos hacen ser como somos.

Fue en 1674. Fue al mirar hacia arriba, como si mirase al cielo, cuando el primer ser humano descubrió toda la vida microbiana que hay en una gota de agua de un lago. Tuvo que alzar la vista, sí, porque su microscopio tenía una lente casera que utilizaba luz natural, como si fuese un telescopio. Y así se dio cuenta de la enormidad de nuestra antigua ignorancia. Este comerciante, llamado Antoni van Leeuwenhoek, escribió: «diez mil de estas pequeñas criaturas juntas no equivalen en tamaño a un simple grano de arena». Curioso que utilizara la cifra de diez mil. Diez mil seres, bosque y seda son precisamente las palabras que componen el término japonés «shinra-banshō» para dar nombre a todo lo que existe en el universo (animales, plantas, creaciones humanas, y también a los planetas e incluso a lo que todavía desconocemos). Bosques que lo cubren todo y diez mil cosas.

«Los animales son como la guinda de la evolución, pero las bacterias son el pastel», afirma el paleontólogo Andrew Knoll.

Volvamos a tiempos más antiguos. Hubo un tiempo en el que existía... un planeta donde las bacterias rojas o púrpuras dominaron la superficie durante cientos de millones de años, en una atmósfera sin oxígeno libre. Comían nitrógeno, azufre, cromo... Pero el oxígeno las mataba. No eran nada grandes ni complejas. Hasta que un grupo de bacterias muy listas tuvieron una feliz idea que cambiaría el mundo. Ellas, las cianobacterias, tenían la capacidad de utilizar la luz del sol para su nutrición y producían como residuo el oxígeno. Supieron, listas ellas, utilizar las ondas de luz que ninguna otra bacteria aprovechaba, las débiles, y desechaban la más potente: la luz verde. (¡Y es que, si utilizaban esta luz, se abrasarían!) Por eso ellas mismas se veían verdes, el color del reflejo de esa longitud de onda desechada. Poco a poco, estas bacterias, cambiando los minerales muertos en cuerpo vivo, fueron cambiando la composición del aire, el agua y de la tierra. Es la maravillosa fotosíntesis, esa manera de unir la Tierra con el sol y que desde hace 2400 millones de años lanza oxígeno libre al mundo (matando al resto de bacterias competidoras, o expulsándolas a lugares anaerobios). Y así se generó la capa de ozono.

Y las plantas, el 99,5 % de la biomasa del planeta, siguen dando oxígeno. Y no solo eso, dan alimento en la cadena trófica, absorben dióxido de carbono y sustancias contaminantes, y continúan moderando el clima. Nuestra relación con las plantas es de dependencia absoluta, pero no al contrario. Si desapareciéramos, se apropiarían de todo el territorio que les hemos arrebatado en poco más de un siglo. En mi balcón ya han empezado.

Y no hay que dejar al margen las cianobacterias de la mar. No fue hasta 1988 que se descubrió al Prochlorococcus, probablemente el ser vivo más abundante de la Tierra. Se descubrió gracias a las nuevas tecnologías, y por la perseverancia de una entonces joven oceanógrafa llamada Sallie Chisholm. Son microorganismos que forman bosques en el océano y desempeñan un papel fundamental en el suministro del oxígeno que respiramos: absorben dióxido de carbono (CO_2) y producen un quinto del oxígeno mundial. Además, alimentan a pequeños crustáceos y otros animales, la base de la cadena alimenticia de los depredadores.

Sonaba muy sugerente pensar que estábamos hechos de polvo de estrellas. Nos brillan los ojos al pensarlo. Pero solo en nuestro intestino hay más microbios que galaxias en el firmamento. Microbios (incluyendo las citadas bacterias, y también los hongos, árqueas y virus) que viven en simbiosis (syn + biosis: «vida en común») con nosotros.

«Cada uno de nosotros somos un colectivo multiespecies. Todo un mundo», dice Ed Yong, filósofo y científico natural en su libro *Yo contengo multitudes*.

«Hay muchos mundos, pero están en este, hay otras vidas, pero están en ti», afirmó categóricamente el poeta Paul Éluard. Y así es: en el cuerpo, tenemos tantas células de homo sapiens como células de bacterias. Ni siquiera somos mayoría...

Y por aquí vuelve de nuevo Paracelso. Fue de los herreros, gitanos, barberos, pastores... de los que aprendió el arte de sanar, y ellos le contaron, entre otras cosas, que hay un alquimista interno que separa los alimentos beneficiosos de los nocivos. La curación consistía en ayudar a este arqueo a hacer su trabajo, a liberarlo de las fuerzas que le oprimían. «Arkhé» era la naturaleza original y duradera de las cosas.

Y es así. Aunque todas estas bacterias no nos sirvan, como los

herbívoros, para asimilar la celulosa, sí nos aportan el diez por ciento de toda la energía asimilada en los intestinos y producen importantes componentes nutritivos. Nosotros les damos alimentación y hábitat y ellos nos ayudan a digerir nuestros alimentos, producen vitaminas y minerales, descomponen toxinas y compuestos químicos peligrosos, contribuyen al almacenamiento de grasa, al revestimiento del intestino y la piel, a la protección de la barrera hematoencefálica y al desarrollo de nuestros órganos vitales. Ahí es nada.

En el apéndice es donde nuestro cuerpo cultiva microorganismos que funcionan como un reservorio para reconstruir la microbiota cuando esta se altera. Quizás somos, al fin y al cabo, «bosques animados aprendiendo a caminar por paraísos asfaltados», como asegura la paleoantropóloga y médica María Martinón-Torres.

Cuando te sientas solo, piensa en todas estas bacterias que viven en tu cuerpo: significas el mundo para ellas.

«Mis saludos a todos, levaduras,
bacterias, virus,
aeróbicos y anaeróbicos»

Escribió W.H. Auden en su poema *Un saludo de año nuevo*.

Y pasaba a ofrecerles libre elección de hábitat:

«En las piscinas de mis poros o en los tropicales bosques de axilas y entrepierna, en los desiertos de mis antebrazos, o los frescos bosques de mi cuero cabelludo».

Él les prometía el calor y la humedad adecuados, el sebo y los lípidos que necesitan:

«Con la condición de que nunca me moleste con su presencia, sino que se comporte como debe ser un buen invitado, sin amotinarse con acné, pie de atleta o forúnculos».

De hecho, en el interior de cada una de nuestras células humanas, residen bacterias capturadas y, desde hace mucho tiempo, transformadas en mitocondrias, sin las cuales no podríamos existir. También residen en nuestro cuerpo los retrovirus endógenos, que constituyen el 8 % del genoma humano, incluido el gen sincitina-2, que posibilita nada más y nada menos que la gestación humana.

Espera un momento… ¿virus que posibilitaron nuestra reproducción?

Invasiones de virus. Y no solo. Hace unos cuantos millones de años en el origen de los mamíferos, los virus generaron unas combinaciones genéticas que son las que ahora codifican nuestras inmunoglubinas del sistema inmunitario. Un sistema espectacular de defensa que ha sido equipado en el útero materno y es capaz de reaccionar de manera específica ante todos los antígenos procedentes de nuestro entorno. Miles de millones de células piden la contraseña a las otras células, y si hay duda, movilizan un poderoso ejército para destruir al intruso o antígeno. Incluso las señales inmunológicas de las regiones más remotas del cuerpo van a parar al sistema nervioso central.

Pero eso de las mitocondrias con bacterias capturadas… Esta es otra historia. Hubo un tiempo en el que... una arquea (microorganismos unicelulares) y una bacteria se unieron por una sola vez. La arquea creó el chasis, la estructura interna, y la bacteria se transformó en mitocondria para proporcionar energía. Y entonces crearon eucariotas, es decir, tú, y yo, y el resto de los animales, y plantas y hongos y algas. «La evolución se ha producido bajo el lema de la colaboración y la simbiosis», aseguraba la bióloga Lynn Margulis en *Captando genomas*. Somos «bacterias simbióticas mutantes fusionadas».

Cuando las células eucariotas evolucionaron, también cooperaron y se agruparon, crearon seres pluricelulares. Cada célula se especializó entonces en realizar distintas funciones, y en algunos casos esto dio lugar a la reproducción sexual, como en nuestro caso (aunque algunas personas piensen que nos reproducimos por esporas y los niños nacen y se crían por generación espontánea). La reproducción sexual fue ideal para crear diversidad. Gracias a este tipo de reproducción, hay células de los progenitores, las germinales, que perviven en la siguiente generación. Las otras mueren. Y aquí conviene recordar que la muerte celular, la muerte como destino, por envejecimiento, no es una consecuencia de la vida, sino de la pluricelularidad y la reproducción sexual. Por lo tanto, el origen de la muerte es 2500 millones de años posterior al origen de la vida.

Y con todos estos datos, entendemos que es peligroso afirmar que los genes de los seres humanos se diseminan «de manera egoísta». Es cierto que la competencia y la lucha existen en la evolución, y a la selección natural lo que le importa es la reproducción, pero pensar que la naturaleza tiene éxito solo cuando actúa sin escrúpulos, como una eficiente economía de mercado, no hace más que justificar dichos sistemas económicos definiéndolos como naturales.

Se tiende a pensar en los genes como programadores que «codifican» ciertos rasgos tanto en la mente (el «software» de un ordenador), como en el cuerpo (el «hardware»). «La vida son simplemente bytes y más bytes de información digital» escribió el biólogo Richard Dawkins en *River out of Eden*: «esto no es una metáfora, es la pura verdad. No sería más evidente si llovieran discos duros». Es el mismo autor del libro *El gen egoísta*.

La evolución es una serie de sistemas mucho más complejos e interconectados. No crea desde cero, no es como una fábrica de ensamblajes de piezas prefabricadas. La naturaleza es la mejor recicladora. Todos los organismos actuales tenemos en nuestras entrañas rastros de la reutilización de estructuras anteriores para nuevos fines. Los órganos vestigiales son una muestra. En la anatomía de muchos animales, descubrimos elementos que no sirven para nada, pero que siguen en el cuerpo porque son ese historial, esos recursos que provienen de nuestros antecesores y no han sido suprimidos. Por ejemplo, las ballenas tienen pelvis, aun teniendo cola, porque proviene de un ancestro que caminaba. Nosotros también tenemos huellas corporales de nuestro pasado como especies diferentes. Se han detallado hasta 86 órganos vestigiales. Esas a veces molestas muelas del juicio que nos servían para triturar vegetales. O nuestro coxis, una cola atrofiada. Y vendrán más, y otros restos quedarán. Todos los seres vivos estamos incompletos. Todos somos seres intermedios entre nuestro antepasado y nuestro futuro desarrollo, interactuando unos con otros y con el entorno tanto competitivamente como cooperativamente, en una red que se extiende en el tiempo y en el espacio.

Así pues, también podemos decir que los genes se propagan a sí mismos haciéndonos disfrutar de la vida, o como escribió el poeta Khalil Gibran, «la vida deseosa de sí misma»: los hijos, el sexo, la buena alimentación, holgazanear bajo el sol…

Y el sol, como si fuese un balón hinchable de playa que va de mano en mano gracias al viento, pasa así del reino vegetal a los herbívoros, que son la comida de los carnívoros, que reciclan los descomponedores que reciclan la materia.

Y así el sol también enterró millones de toneladas de luz, la coció, y la guardó durante 300 millones de años. Los combustibles fósiles (carbón, hidrocarburos, aceites, gas, etc.) no son más que la acumulación subterránea de energía solar que, a lo largo de varios

periodos geológicos, los organismos vegetales han introducido directamente en la biosfera mediante la fotosíntesis. Ahora, cada año, quemamos dos millones de años del trabajo que nos fue regalado.

Y los mares y océanos se afanan por absorber la mayor parte del exceso de calor y la mayor parte del dióxido de carbono por esta quemazón de energías fósiles. También son los responsables de la producción de la mitad de todo el oxígeno que respiramos y regulan el clima y la temperatura de la Tierra. El 71 % del planeta tierra está cubierto de agua, el 97 % del total lo forma los océanos y mares.

Cuando era educadora ambiental, un niño me preguntó por qué entonces este planeta se llamaba Tierra... Pues porque solo damos nombre a lo que nos incumbe, y solo un 2 % de ella es agua dulce, y la mitad, solo la mitad, es accesible para beber. La otra mitad está retenida en los glaciares. Además, está el agua subterránea. Más de la mitad de la población mundial depende de ella para consumo y agricultura, y son sus microorganismos los que se encargan de mantenerla limpia.

El capitán Nemo se lo explicaba así al profesor Aronnax en *20 000 lenguas de viaje submarino*, el libro de Julio Verne:

«¡El mar es todo! Cubre las siete décimas partes del globo terráqueo. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en el que el hombre no está nunca solo, pues siente estremecerse la vida en torno suyo. El mar es el vehículo de una sobrenatural y prodigiosa existencia; es movimiento y amor; es el infinito viviente, como ha dicho uno de sus poetas».

El mar es el infinito viviente en un planeta donde la vida se extingue con regularidad. El nuestro es un planeta que es muy bueno para promover la vida que simplemente quiere ser y perdurar (al margen de todo sentido que los humanos queramos concederle, planes, aspiraciones, deseos....) pero que también es buenísimo para extinguirla.

Las especies, cuanto mayor es su complejidad, más deprisa parecen extinguirse. Porque el nuestro es un planeta verdaderamente dinámico con al menos cinco periodos de grandes extinciones, algunos brutales, y otras crisis más pequeñas. El Ordovícico (hace 440 millones de años) y el Devónico (hace 365 millones de años) liquidaron cada uno de ellos del 80 al 85 % de las especies. Los episodios de extinción del Triásico (hace 210 millones de años) y del Cretácico (hace 65 millones

de años) del 70 al 75 % de las especies cada uno de ellos. La extinción masiva del Pérmico-Triásico o la Gran Mortandad, fue la mayor extinción ocurrida en la Tierra. En ella desaparecieron aproximadamente el 95 % de las especies marinas y el 70 % de las especies de vertebrados terrestres. Así, aparecieron los dinosaurios, y tras su extinción, casi todos los supervivientes fueron animales pequeños y furtivos, nocturnos, flexibles en la dieta, de sangre caliente. Los mejores seres para el mundo que quedó, un mundo a oscuras y hostil. Y así, aparecimos nosotros. Y aun con todo este maremágnum, por improbable que parezca, existes.

Aunque habitamos una cultura que privilegia la novedad y el crecimiento, la naturaleza es cíclica y regenerativa, y la vida en nuestro planeta siempre ha sido fluida, permutable e interdependiente. La extinción de una especie o un ecosistema apenas importa en este fluir.

A ver, resumamos: somos más microbios que persona. El agua es el principal componente de nuestro cuerpo y nuestro sistema cardiovascular es como el sistema de una cuenca fluvial. Nuestras moléculas se distribuyen de la misma manera y por los mismos mecanismos que un copo de nieve o un mero cristal. Somos de estrellas y de humus, de energía y de mierda. Gregarios y asustados, cíclicos y energívoros, deliramos e inventamos, y nos atragantamos con nuestra propia saliva. Pero siempre, y ante todo, somos ecodependientes (dependemos de la naturaleza) e interdependientes (dependemos de los demás humanos). «El mundo no está hecho de átomos, está hecho de historias». El escritor Eduardo Galeano citaba a menudo esta frase de la activista y poeta norteamericana Muriel Rukeyser. Nuestras mentes están construidas para las historias. Las anhelamos y, cuando no hay historias disponibles, las creamos. Historias, cuentos, anécdotas, chistes… sobre nuestros orígenes y destino. Sobre nuestro propósito en la vida. Sobre el orden y el caos, y por qué el mundo es como es. Las historias dan sentido a la incertidumbre y a la ambigüedad, a nuestra fugacidad.

Y aun con todo esto, se nos ocurre dibujar las redes tróficas en forma de pirámide, y erigimos en su cúspide al ser humano.

Capítulo 3

LAS NECESIDADES HUMANAS Y LA PIEL DEL DESEO

En una entrevista de trabajo, me pidieron que dibujara las necesidades humanas en un folio en blanco. Fue un desastre. Coloqué sin ton ni son palabras que iban apareciendo en mi cabeza, ¿no llaman a eso lluvia de ideas?: alimento, vestido, familia, seguridad, ocio… No había ningún orden, era toda clase de lluvia: una lluvia finita que pinchaba, una lluvia que caía de lado o que subía desde abajo… Mi necesidad humana en ese momento era recibir una estupenda sonrisa de aprobación de mi examinador, felicidades, un apretón de manos y bienvenida mañana nos vemos. No. No fue así. Me mostró una pirámide: así se ordenan las necesidades del homo sapiens. Las necesidades físicas estarían antes que las relacionales, y estas antes que las de autorrealización. ¿No me lo habían enseñado ya?

Sí, claro, dije. Sin un trozo de pan que llevarte a la boca, no piensas más que en buscar alimento. Pero también, me atreví a alegar (de perdidas, al río), que a mi entender, las necesidades humanas se interrelacionan. Hay casos de trastornos del comportamiento alimentario que por ejemplo tienen su origen en problemas en esa área que describió como autorrealización. O cuando una madre le da el pecho a su bebé, el bebé recibe alimento, pero también protección, afecto, identidad... Era todo más complejo… ¿No?

Fácil. Así lo entienden en Bengala. La palabra tradicional «shohoj» (también escrito como «shohoz») literalmente significa eso, «fácil», pero su sentido resume esta idea. «Implica aprender a relacionarse con las realidades internas y externas mediante todas nuestras facultades humanas en una unidad, sin permitir jerarquías entre nuestras facultades sensuales, intelectuales o imaginativas», así lo explica el bengalí poeta y activista Farhad Mazhar. A todo eso lo llaman «fácil».

Hay un cuento popular indio que narra la historia de un ermitaño que habitaba en el bosque y que no tenía posesiones ni problemas, excepto que un ratón mordisqueaba su taparrabos. Compró un gato para mantener alejado al ratón, luego una vaca para darle leche al gato. Luego contrató a un hombre para que recolectara forraje para la vaca. Sintiéndose solo, el hombre llevó a su familia a vivir al bosque con él. El proceso continuó hasta que un día el ermitaño se encontró casado y viviendo en una casa. El singular apego del ermitaño a su taparrabos condujo a una cascada de otros apegos y deseos que trajeron consigo una montaña rusa de altibajos emocionales.

Para esta cultura, el desapego de las cosas no es una meta sino una vía para conseguir el desapego del propio ego y de la identidad social. La simplicidad no es una manera de simplificar sus vidas hacia un mayor control y autosuficiencia en sus vidas, sino precisamente para rechazar todo esto al verlo simplemente como una ilusión. ¿Auto… qué?

Mientras, el taoísmo en china promueve un uso moderado de los deseos y el placer, a través de la «no acción» o «wuwei» (no inmiscuirse demasiado en la armonía natural de la vida), y el «pensar menos, desear menos» que es el «shaosi guayu».

Una vez constatado que vivimos en un planeta limitado, y que una epidemia nos puede poner todo patas arriba, parece relevante volver a preguntarse qué es lo necesario y qué no lo es, qué es necesario producir y qué es necesario consumir. Un debate que suspendimos por ese mito del progreso, del crecimiento a costa de todo. (Curioso es, por cierto, que llamemos *vandalismo* a la destrucción de las cosas hechas por el ser humano, y *progreso* a la destrucción de las cosas hechas por la naturaleza).

Cuando se vino la epidemia del Covid-19, la palabra «esencial» estaba en boca de todo el mundo, y apareció el debate sobre las prioridades, sobre qué contribuye a nuestra supervivencia y a mantener la convivencia básica. ¿De verdad eran tan necesarias las peluquerías? En fin, somos la única especie a la que el pelo de la cabeza le crece siempre: para peinarnos... y para que otros nos peinen. ¿En un largo tiempo, no es eso esencial?

«Esencial» llamaba el filósofo de la antigua Grecia, Aristóteles, a la parte primera o la que tiene el primer puesto en el universo, pues «de ella viene la cualidad y después la cantidad». Pero en el momento álgido de la epidemia, cuando me acerqué a las estanterías de baño e higiene, ya no había papel higiénico por el universo. «Mejor prevenir que lamentar», «cuando el río suena agua lleva», y una serie de proverbios más pululaban por el supermercado. Los medios explicaban el fenómeno como si de agujeros negros de la psique humana se tratara: que si era una señal del innato egoísmo del ser humano, que si era un caótico «sálvese quien pueda», o a lo peor, un simple «efecto de arrastre»: compramos papel higiénico porque los demás también lo hacían (como damos todos también, desdichados, ese toque en el tubo de cartón para que dé vueltas cuando nos percatamos demasiado tarde de que no disponemos de papel higiénico). Nadie dijo nada del cuidado. No somos seres que reaccionamos únicamente a estímulos,

por sobresaltos y sesgos. También procedemos según estrategias y acciones planificadas, tejidas en la cooperación y en el cuidado (incluso cuando competimos).

«Lo primero que nos enseñan los desastres es que todo está conectado. Por mi propia experiencia en una catástrofe de tamaño medio y otras mucho mayores, he descubierto que los desastres son cursos intensivos de identificación de conexiones», explica la escritora Rebecca Solnit (*Un paraíso en el infierno*). «Es en los momentos de grandes cambios cuando observamos con renovada lucidez los sistemas políticos, económicos, sociales, ecológicos, en los que estamos insertos y cómo se transforman a nuestro alrededor: vemos lo que es fuerte, lo que es débil, los elementos corruptos. Lo que importa y lo que no».

Recolectamos papel higiénico y otros productos básicos para nosotros y para los nuestros. Con o sin lista de la compra, nos acordamos pensando en sus necesidades. Por algo la palabra en latín «memoria», se asocia con el indoeuropeo *(s)mer- , que significa *recordar* y también *cuidar*. «Recordar» es, literalmente, hacer que algo vuelva a pasar por el corazón (re-cordis).

Y por algo, el pueblo Baining de Papúa Nueva Guinea lo mismo hablan del alimento como del cuidado, en una sola palabra: «anaingi» (o «aisicki»). Cuenta la antropóloga Jane Fajans que esas palabras significan por igual «hambre» y también «sentirse abandonado» (*They Make Themselves. Work and Play among the Baining of Papua New Guinea*).

La escritora de ciencia ficción Ursula K. Le Guin lo explica de esta manera: el mayor invento de nuestros antepasados, antes de los palos y las espadas, fue el recipiente. Para meter algo que quieres y guardarlo o disfrutarlo o compartirlo. El recipiente como una canasta de mimbre, ideal para dispersar las esporas de las setas que contiene. Recipiente también es el hogar mismo, o el bloque de vecinos, que resulta ser el recipiente de personas. Recipiente es el carro de la compra, que, en el tiempo de aguardar mejores tiempos, nos dicen los medios, se llenó de cosas como cervezas, chips, harina y levadura…

¿Chips, bebidas? Eso no se considera esencial, es cierto, pero lo es para desarrollar lo que mejor sabemos hacer los seres humanos: rituales. Antídotos para espantar todo lo que nos aterra, el cataclismo inherente a la Historia, contra todo ese caos que cuentan los mitos sobre diluvios, guerras… o epidemias... ante los peligros externos y el

paso del tiempo. Todas estas cosas nos parecen irreales cuando llegan. Porque siempre llegan, la realidad es tenaz y «no están hechas a la medida del ser humano», como afirmaba Albert Camus en su libro *La peste*: «por lo tanto el hombre se dice que la plaga es irreal, es un mal sueño que tiene que pasar. Pero no siempre pasa, y de mal sueño en mal sueño son los hombres los que pasan». Decía el historiador Paul Veyne que «a veces las grandes revoluciones son tan simples como el movimiento de darse la vuelta en la cama». Las plagas vienen y se fraguan desde abajo, más que como revolución, como visita, que es el significado original de la palabra «epidemia» en griego antiguo, «visita», llegada a un lugar. Una visita no bienvenida, que irrumpe en las rutinas de la gente común mientras los hombres pasan por ellas intentando que no pase nada. De hecho, en los incendios y otros peligros naturales, lo que reina no es el caos o las reacciones exageradas. Las personas tienen más probabilidades de morir por no responder a las señales de peligro hasta que sea demasiado tarde: porque asumimos que hay otros que tienen la responsabilidad de solucionarlo, por no hacer algo inadecuado, o porque simplemente vemos que los demás tampoco hacen nada y pensamos que no es nada grave.

Al contrario, cuando se trata de una situación en la que alguien corre peligro de muerte, y los espectadores pueden comunicarse y coordinarse, la respuesta es inmediata, y la ayuda es absoluta.

En los vecindarios, surgieron redes horizontales de solidaridad como si fueran rizomas, un tallo subterráneo con varias yemas que crecen de forma horizontal emitiendo raíces y brotes. En mi barrio, unimos hilos y cuerdas que pasamos de balcón a balcón, engalanando así las calles. Reina el caos, pero ahora —era como si quisieran decir los hilos— estamos todos juntos en esto. Es lo que los antropólogos llamamos liminaridad: espacios intermedios fuera del tiempo ordinario, y por ello transformadores. El antropólogo Victor Turner afirma que es en estos espacios donde se da la «communitas», los lazos que se crean cuando todo el resto de sistemas y estructuras se vuelve inexistentes o irrelevantes. El sociólogo Émile Durkheim llamó a los rituales colectivos que surgen en este momento «efervescencia colectiva».

«Todos estamos juntos en esto», compartiendo la amenaza del mismo desastre y la misma incertidumbre, los objetivos personales y grupales están imbricados, y crece la empatía y la generosidad hacia los demás. Y también el consuelo y el apoyo físico y emocional.

«Ananque» es una diosa del griego antiguo, significa *necesidad*, pero también *protección*. Cuando el mundo se hace añicos, la necesidad constriñe, pero también da luz a los vínculos que nos unen a los otros. Los griegos contaban que los brazos de Ananque abarcaban todo el universo. Sus hijas eran las moiras, que son las que hilan el destino.

Es el tiempo del cuidado, de la atención, de la palabra, del aguardar, de la espera que ritualizamos con sucesiones rítmicamente regulares, con rutinas y repeticiones: tiempo de ejercicio, de reposo y tomas de temperatura, de videollamadas, de hacer pan, de charla y bebidas, de juego... Ese orden y esa armonía de la que, a decir verdad, ya no estábamos acostumbrados. En las redes se leía: «os habéis conocido a vosotros mismos sin salir de casa, eso que os ahorráis del viaje a la India». Como la plena consciencia de la alternancia regular del día y la noche, o el ciclo de las estaciones (y todos fuimos conscientes de los trinos de los pájaros o del olor de las flores). Todo esto significa «cosmos», del griego κόσμος (*kósmos*): orden que implica belleza.

También es remarcable en estos rituales las apariciones estelares de políticos y científicos explicando y motivando a la ciudadanía a seguir los nuevos protocolos, a través de la repetición, el ritmo, la gesticularidad... y lo que se hace llamar la técnica del «cuentacuentos» («storyteller»): comunicar las ideas en forma de narrativa o relatos para movilizar nuestras emociones y que pudiésemos sentirnos reflejados. Una manera de conjurar la fatalidad. O el empeño de las fuerzas de seguridad a presentarse más cercanos al vecindario, haciendo labores sociales o artísticas para alegrar el ánimo. Ya lo decía el célebre antropólogo Lévi-Strauss: «Nada se parece más al pensamiento mítico que la ideología política».

Y también Lévi-Strauss afirmó que los antropólogos eran «los traperos de la historia» que encontraban su objeto de estudio en el cubo de la basura de los historiadores y de los sociólogos. Quizás también en los propios cubos de basura de los seres humanos en general: no solo tubos de cartón del papel higiénico, latas de bebidas y bolsas de chips; también podríamos encontrar cuadros viejos, carnets caducados, cartas amarillas…

Lo esencial para los seres humanos, o las necesidades humanas, son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos. Pero, eso sí, la manera o los medios para resolverlas son diferentes.

Así dividen las necesidades humanas Manfred Max-Neef, Antonio

Elizalde y Martin Hopenhayn en *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro* (y así las explico yo con ejemplos dentro de los paréntesis):

Las necesidades alimenticias (la recolección o el supermercado), la protección térmica (un rascacielos o la sombra de un árbol), las necesidades de protección (una compañía de seguridad privada o una ronda vecinal), la curación de la enfermedad (parteras o laboratorios), las necesidades de afecto y relación (Internet o las fiestas de tu barrio). Las necesidades de entendimiento (bocas desdentadas alrededor de un fuego... o presentar una tesis). La participación (una asamblea o un foro de internet), el entretenimiento, la creación (tambor o juegos virtuales, crear páginas web o esculturas, contar cuentos...), la identidad (tu árbol genealógico o un club de fútbol), la libertad (luchando contra la censura o en bici). La equidad (ayuda mutua, o nacionalización de los recursos petroleros). Y vivir en un medio vivo (rehabilitando un pueblo abandonado o intercambiando esquejes).

Las necesidades humanas no son insaciables e infinitas, como vocifera la publicidad, sino finitas y bien clasificables.

Como el agua cuando tienes sed. La palabra «agua» fue de las primeras palabras que tuvo que aprender mi abuelo cuando llegó de Escocia. Él pedía agua en inglés y nadie le daba, me contaba mi madre. Y «agua» fue también la palabra que aprendieron en inglés las mujeres procedentes de Japón que llegaron a San Francisco hace casi un siglo en busca de una vida mejor, según la escritora Julie Otsuka (*Buda en el ático*). Mujeres desarraigadas en un país extraño, sin más apoyo que la ilusión y la esperanza en un buen matrimonio. «Agua», les dijeron. «Grítala cuando te sientas mareada en el campo. Aprende esta palabra —nos recomendaron— y te salvará la vida».

Son los deseos, y no las necesidades, los que nos hunden en una cadena infinita. La capacidad humana de desear es muy elevada: desear cosas, experiencias, oportunidades... no es malo, si lo que deseas es, por ejemplo, tener un buen trabajo, estar en una buena comunidad segura, o disponer de un clima sano… El problema es cuando el deseo es sobreestimulado y se le cubre de valores monetarios y consumistas y de sumisión depresiva: más ingresos, mejores rendimientos, mejores inversiones, un coche y un móvil más caro...

Hay un cuento turco que dice así:

Un campesino, arando su campo, jadeaba de cansancio, cuando el diablo se le apareció y le dijo:

«¡Ay, pobre hombre! te quejas de tu suerte, y con justicia; porque vuestro trabajo no es el de un hombre, sino el de una bestia de carga. Ahora he hecho una apuesta a que encontraré un hombre satisfecho; dame, pues, tus herramientas de trabajo, que yo haré el trabajo por ti.

El campesino, feliz por su buena suerte, le cedió todo al diablo, quien con solo tocar los bueyes, solo en una vuelta de arado, abrió todos los surcos del campo y terminó en un santiamén toda la obra.

—¿Está bien hecho?, preguntó orgulloso el diablo.

—Sí —respondió el hombre—. Pero la semilla es muy cara este año.

En respuesta a esto, el diablo agitó su larga cola en el aire, y he aquí, pequeñas semillas comenzaron a caer como granizo del cielo.

—Ahora sí que habré ganado mi apuesta —sonrió el diablo.

—Bah —respondió el campesino—, ¿de qué sirve eso? Estas semillas podrían perderse. No tomas en consideración las heladas, los vientos devastadores, la sequía, la humedad, las tormentas, las enfermedades de las plantas... y tantas otras cosas. ¿Cómo puedo juzgar todavía?

—He aquí en esta caja están el sol y la lluvia —replicó el diablo, que ya empezaba a sentirse irritado—, tómalo y úsalo como quieras.

El campesino así lo hizo y con muy buen propósito, porque su maíz maduró pronto y hasta ese momento nunca había visto una cosecha tan buena. Pero el maíz de sus vecinos también había prosperado con la lluvia y el sol.

A la hora de la siega vino el diablo, y vio que el hombre miraba con ojos envidiosos los campos de su vecino donde el maíz era tan bueno como el suyo.

—¿Has podido obtener lo que deseabas?, preguntó el diablo.

—¡Pobre de mí! —se lamentó el hombre—, todos los graneros se derrumbarán bajo el peso de las gavillas. El grano se venderá a bajo precio. Esta excelente cosecha me hará yacer sobre cenizas.

Mientras hablaba, el diablo había tomado una mazorca de maíz de la tierra y la estaba machacando en su mano, y tan pronto como sopló sobre los granos, todos se convirtieron en oro puro. El campesino tomó uno y lo examinó atentamente por todos lados, y luego en un tono desesperado gritó:

—¡Oh, Dios mío! Debo gastar dinero para fundir todo esto y enviarlo a la casa de la moneda.

El diablo se retorció las manos con desesperación. Había perdido su apuesta. Tenía todo el poder del mundo, podía conseguirlo todo, pero no podía conseguir a un hombre satisfecho.

Más o menos así lo contaban en una cafetería de Constantinopla, uno de los tantos cuentos que escucharon Cyrus Adler y Allan Ramsay recopilado en *Told in the Coffee House. Turkish Tales*.

Quizás sea tarea difícil satisfacer a un ser humano, pero hay una solución: «los deseos pueden satisfacerse con facilidad, bien sea produciendo mucho o deseando poco», escribe el antropólogo Marshall Sahlins en *Economía de la edad de piedra*.

Benjamin Franklin contaba en una carta a Peter Collinson, en 1753, que mientras él y los colonos eran prisioneros de «infinitos deseos artificiales, no menos intensos que los de la naturaleza», que eran difíciles de satisfacer, los «indios» tenían pocos deseos y se satisfacían fácilmente con «la producción espontánea de la naturaleza, y la adición de muy poco trabajo» Y puntualizaba: «si cazar y pescar pueden, de hecho, llamarse trabajos cuando las presas son tan abundantes.»

«Hacen falta muy pocas cosas aquí para crear humanidad», escribía el antropólogo Claude Lévi-Strauss en su trabajo de campo (*Tristes trópicos*) ante el espectáculo de las muchedumbres de la India. «Veamos a un artesano instalado él solo en una acera, donde ha dispuesto algunos trozos de metal y herramientas: se ocupa de una tarea ínfima, de la que obtiene su subsistencia y la de los suyos. ¿Qué subsistencia? En las cocinas al aire libre, pedazos de carne aglomerados alrededor de unas varillas se asan sobre las brasas; preparados de leche van apocándose en baldes cónicos; rodajas de hojas dispuestas en espiral sirven para envolver el chicote de betel; los granos de oro del gram se achicharran en la arena caliente. Un niño pasea algunos garbanzos en una palangana: un hombre compra el equivalente de una cuchara sopera y se agacha en seguida para comerlo, en la misma postura indiferente a los transeúntes que adoptará un instante después para orinar. Los ociosos pasan horas y horas en tabernas de madera bebiendo un té cortado con un poco de leche.

Se necesitan pocas cosas para existir: poco espacio, poca comida, poca alegría, pocos utensilios o herramientas; es la vida en un pañuelo. Pero, en cambio, parece haber mucha alma».

El gran problema es que el eje de nuestra economía no es la manera de proporcionarnos lo que necesitamos para estar vivos sino, precisamente, la insatisfacción crónica: produciendo mucho y deseando más. Porque cuando estás satisfecho por haber cumplido un deseo, te ofrecen otra cosa aduciendo que es mejor, que está a la moda, o que será la última oportunidad de obtenerlo (¡no dejes que te lo cuenten!). O no te dejan otra opción de conseguirlo, porque el producto se ha vuelto obsoleto y no operativo («Las actualizaciones están listas para instalarse», y ya no encuentras ni el botón de encender). O a lo peor: convertir algo vital, abundante y gratuito, en escaso y trabajoso de obtener. Ponerlo en el mercado, ponerle un precio y considerarlo así riqueza. Como el agua embotellada.

En nuestra sociedad, es fácil convertirse en un necesitado (que precisamente es como antes se denominaba a una persona pobre), y por eso se compite por acortar el tiempo entre la formulación del deseo y su consecución. Por ejemplo, a través de la venta por internet o el algoritmo de Google... En poco tiempo y sin esfuerzo (los que pueden) ya has llegado al resultado de tu búsqueda o tu producto. Lo hacemos para ganar tiempo, aunque cada vez lo consumamos más y nos quede menos. Y así, los ansiosos, los que tienen baja tolerancia a la frustración, son el grupo más efectivo de presión sociopolítica. Son los que ignoran la dicha y el disfrute del esfuerzo y la espera, y a Kairós, dios griego del momento oportuno, y sus nudos en el tiempo.

¿No conoces a Kairós? El nieto de Cronos en la mitología griega, e hijo de Zeus, que acabó con la tiranía de Cronos. Hijo también de Tijé, que es la diosa de la suerte y de la fortuna. Responde al «momento adecuado para hacer algo», el tiempo en el que sucede algo especialmente importante, de los grandes acontecimientos. Por eso Kairós tiene alas: es rápido porque su mente está educada y el tiempo es un péndulo caótico. Además, porta una balanza desequilibrada, porque es caprichoso como el tiempo. A veces nos agrada, y otras veces, no. En cualquier caso, son los hechos que nos marcan, o esos momentos que nos obligan a tomar decisiones importantes.

Y no hay nada peor para tomar decisiones importantes que convertir la vida en un *scroll* infinito, o eso que hacemos con el dedo gordo cuando lo deslizamos hacia abajo para actualizar el contenido de una aplicación. El dedo gordo como varita mágica para intentar descubrir siempre algo mejor. La aleatoriedad en la recompensa hace el resto, como la caja de Skinner: la frecuencia de una conducta está directamente vinculada a si el sujeto es recompensado o castigado, es

decir, si tiene un refuerzo positivo o negativo. Si un comportamiento es recompensado, es más probable que se repita. Si algo nos produce dopamina, lo consumimos hasta que se acaba (es el eslogan ¡cuando haces pop, ya no hay stop!).

«Es como si estuvieran tomando cocaína conductual y la rociaran por toda la interfaz, y eso es lo que te mantiene con ganas de regresar una y otra vez», explicó Aza Raskin, diseñador de interfaces.

Cuidado: una investigación de Nora Volkow, neurocientífica, explica que, a causa de la adicción, tus zonas cerebrales para tomar decisiones pueden disminuir su función. Y precisamente la impulsividad es lo que prima cuando se trata de crear necesidades superfluas. «¡Cómpralo ya! La oferta se acaba».

Y si ya has decidido comprar, en el mismo proceso de compra, nuestro cuerpo libera energía y nos hace sentir bien para afrontar un esfuerzo al creer que la recompensa está cerca. Lo que crea más enganche, y más deseo sobrestimulado.

«La enfermedad de la aspiración infinita» es lo que Durkheim llama «anomia», y sobre ella escribió en *El suicidio*: «porque ha dejado de saber qué es posible y qué no lo es, qué es justo y qué es injusto, qué reivindicaciones y expectativas son legítimas y cuáles excesivas». Y cuando contempló las posibles soluciones, una de ellas fue la formación de gremios de trabajadores, o «consciencia colectiva». Porque el sentirse abrumado por expectativas inalcanzables era una aberración social en ese momento de la historia, la Revolución Industrial. No era un problema individual, o una dislocación personal.

Hay mucha diversidad de cosas para elegir, y mucha diversión. Todas palabras del étimo *vers*, presente en *vertere* (girar, volver) y en su frecuentativo *versare* (dar vueltas). Vértigo, dispersión, desaparecer en los placeres a veces perversos, consumir mucho y variado por diversas tentaciones. Pero tratar de utilizar la compra para superar el hastío y la insatisfacción que produce la sociedad de consumo no da felicidad. Al contrario, es un bucle que intensifica la decepción, la frustración y la insatisfacción, la «saciedad de consumo».

Un inciso: algo que tener en cuenta es que la historia, la tradición, la cultura, la política, es algo creado y recreado por las personas, es decir, es algo que sirve a las personas, y no al revés. Es algo a recordar, especialmente, cuando parece que el capitalismo es una economía que tiene una sociedad, no una sociedad que tiene una

economía.

El poeta Antonio Machado lo explicaba así: «tampoco es el ser humano para la cultura, sino la cultura para el ser humano, para todos los seres humanos, para cada ser humano».

Hay otros tipos de economía. En una economía de regalos o de dones, los objetos de valor no se comercializan o se venden, sino que se entregan sin un acuerdo explícito de recompensas inmediatas o futuras. La riqueza se entiende como tener suficiente para compartir, y la práctica para lidiar con la abundancia es regalarla. De hecho, el estatus no está determinado por cuánto uno acumula, sino por cuánto regala. «Yo guardo la carne en la barriga de mi hermano. Ahí es donde la dejo. La guardo con mis amigos», le espetó un nativo pirahã, desconcertado, al lingüista Daniel Everett cuando estudiaba esta comunidad de cazadores-recolectores en la selva brasileña. El investigador le había preguntado cómo almacenaría el exceso de carne.

«Cuando tengas más de lo que necesitas, construye una mesa más larga, no un muro más alto», pude leer en redes sociales de Latinoamérica.

«En el lugar donde nací, la verdad es que la gente no tiene gran cosa, pero lo poco que tiene es suyo y vive en paz», cuenta el senegalés Mahmud Traoré (*Partir para contar*). «Desde chico, he sido testigo de la solidaridad en mi pueblo. Cuando las cosechas han sido malas o las lluvias han sido demasiado fuertes, algunas familias se veían en situación difícil. Pero la comunidad le ponía remedio. Con el pretexto de evitar que las reservas se pudran y para que se aireen, los habitantes de Temanto acostumbraban a colocarlas en los umbrales de sus puertas. En realidad, se trata de ofrecer el excedente a los menesterosos. Al ofrecer una parte de la cosecha, muestras que eres capaz de compartir y los demás ven que no tiene nada que esconder. Es un signo de armonía y de apoyo, y la garantía de que a ti también se te ayudará si algún día eres tú el que está pasando necesidad».

Cada cultura entiende a su manera lo que es el buen vivir, una vida deseable. Y hay muchos órdenes morales diferentes sobre una vida digna. Pero incluso en esto se han encontrado similitudes. El equipo del Instituto de Antropología Cognitiva y Evolutiva de Oxford realizó la encuesta intercultural sobre moral más grande y completa. Son más de 600 individuos representativos de hasta 60 sociedades de todo el

mundo. Oliver Scott Curry, autor principal de la investigación, explica que todos están de acuerdo en que cooperar, promover el bien común, es lo correcto. Correspondemos favores, sentimos culpa y gratitud, reparamos relaciones y perdonamos, y formamos grupos y coaliciones que nos aportan fuerza y seguridad.

Así, aseguran, compartimos siete reglas morales básicas, siete formas de afrontar los mismos problemas que nos encontramos todos a lo largo de la vida: ayudar a la familia, asistir al grupo, devolver favores, ser valiente, obedecer a los superiores (gente respetada, ancianos, chamanes, líderes...), dividir los recursos de manera justa y respetar las propiedades de los demás.

«Estos siete tipos de cooperación explican siete tipos de moralidad: amor, lealtad, reciprocidad, valentía, deferencia, equidad y derechos de propiedad».

Aunque todas las sociedades parecían estar de acuerdo con estas reglas morales básicas, variaba la forma en cómo las priorizaban o clasificaban según la condición social.

El antropólogo Colin M. Turnbull cuenta un ejemplo ilustrativo en el libro *The Forest People*. Es la historia de Cephu, un jefe mbuti de cinco familias que en otros tiempos era muy respetado, pero que cae en desgracia por su mala suerte en la caza. Transgrede las reglas de la solidaridad tendiendo en secreto su red por delante de las redes de los demás participantes en la cacería. Esa tarde, nadie habla con él y ni siquiera le ofrecen un sitio en la reunión nocturna de los hombres. Le pide a un joven que se aparte para hacerle sitio, pero el chico no le cede el lugar, y otra persona empieza una canción burlona sobre Cephu en la que dice que no es un hombre sino un animal. Desalentado, Cephu les comunica que renuncia a la carne de las presas que ha cazado. Su oferta es aceptada y saquean su casa cogiendo incluso la carne que ya se está guisando. Más tarde, uno de los parientes lejanos devuelve a Cephu y los suyos un puchero lleno hasta el borde de carne y salsa de champiñones. Esa misma noche vuelve a verse a Cephu sentado en el círculo de los hombres que cantan en torno al fuego.

«Si en una comunidad tradicional preguntas qué es lo que te hace feliz, te van a hablar de la familia. A medida que están más cerca de la economía de mercado, la felicidad se vuelve más cercana a lo material. Podemos construir otro mundo diferente cambiando nuestras

prioridades», asegura la antropóloga Victoria Reyes. Ella hizo trabajo de campo con la comunidad tsimane' en el Amazonas boliviano.

A lo largo de los siglos, muchas culturas se han preocupado de dirimir qué es importante, para poder alimentarse, reproducirse y para aprovechar nichos ecológicos. Para ser otro eslabón más en la cadena de la vida. Para encontrar una buena vida, deseando y consumiendo la menor cantidad de cosas posible. Las más de las veces, son un conjunto de códigos y reglas tradicionales, generalmente no escritos, que rigen las relaciones entre los seres humanos y su biosfera, la explotación moderada de los recursos naturales.

Algunas perlas sobre la sostenibilidad en diferentes culturas pueden ser:

> *«Lagom» es una palabra de origen sueco que significa suficiente, adecuado. Lo justo. El diccionario de la Real Academia Sueca explica que proviene de la palabra lag (ley), en el sentido de «como tiene que ser». Hay un proverbio que dice «lagom är bäst»: la cantidad correcta es la mejor.*

> *En Malasia e Indonesia, el «adat» (sistema de prácticas y tradiciones locales comunes) explica que todas las cosas están, tanto física como espiritualmente, interconectadas. Esta relación debe ser equilibrada para crear un ambiente armonioso para todos los seres. Se espera que, con arreglo al concepto de «gompi-guno» (uso y cuidado), todo usuario proteja los recursos comunes hasta que se hayan regenerado. Los penan de Malasia, además, practican el «molong», una práctica que consiste en no tomar más de lo necesario, y también una noción de propiedad. «Molong» es, por ejemplo, trepar a un árbol para recolectar fruta en lugar de talarlo, dejando los brotes más pequeños, y además, colocarle una señal de identificación, un marcador de madera o un corte de machete. La marca establece públicamente que el producto debe conservarse para su posterior recolección.*

> *La palabra japonesa «mottainai» significa algo así como la exclamación «¡qué desperdicio!». Es el sentimiento de necesidad de aprovechar algo de alguna manera. Cuando un utensilio alcanza los 100 años, se convierten en espíritu «tsukumogami». Es necesario insuflarles vida o deshacerte de ellos antes.*

> *En lengua inglesa, «thrift» es el nombre de la flor llamada clavelina de mar, y también significa «ahorro». Pero no para los escoceses. Esta palabra señalaba la necesidad de administrar cuidadosamente*

los recursos limitados, de la persistencia, resiliencia y no tomar más de lo necesario, como lo hace esta clavelina tan común en Escocia. Allí crece en lugares muy duros, suelos poco profundos y pobres en nutrientes y poca agua dulce.

> *La milenaria tradición de pesca en los archipiélagos de la Micronesia, que se expresa en la palabra «bul» (prohibición), consiste en detener la pesca por varias temporadas para dejar que las poblaciones de peces se recuperen, y apostar por las prácticas pesqueras sostenibles. Es por eso por lo que ahora es uno de los lugares con la mayor biodiversidad marina del planeta, el santuario acuático más grande del planeta (del tamaño de España). Los habitantes de las islas Palau, en la micronesia del mar de Filipinas, tienen una comunión ancestral con el mar, y sienten que las cosas están cambiando: fuertes tormentas, reubicación de los hogares en terrenos más altos, arrecifes de coral dañados… Los isleños ya no debaten si hay un impacto real del calentamiento global o el cambio climático: está ahí y lo sufren.*

> *En las comunidades maoríes, la costumbre de «rāhui» se emplea para restringir el uso de ciertos recursos (ríos, bosques, pesquerías) con el fin de permitir que los ecosistemas se recuperen y por respeto a otros seres vivos. Un «kaitiaki» es un tutor, y el proceso y las prácticas de protección y cuidado del medio ambiente se conocen como «kaitiakitanga».*

> *En hawaiano, la palabra «kuleana» es un valor y una práctica que se traduce vagamente como «responsabilidad». «Mālama ʻāina» expresa la responsabilidad para cuidar la tierra y administrar adecuadamente los recursos y los dones que proporciona.*

> *El año sabático de la Torá de la religión judía, es una práctica que consiste en que cada séptimo año, toda la sociedad deja de producir bienes y se concentra, en cambio, en homenajear la vida. Se trata de paralizar casi todas las formas de producción de bienes (menos las esenciales), todas las ventas y todo uso de dinero, y todos los bienes se distribuyen equitativamente.*

> *La Cosecha Honorable nativa americana es un código colectivo sobre tomar solo lo que se da, usarlo bien, estar agradecido por el regalo (expresar gratitud significa recordar que ya tienes todo lo que necesitas) y corresponder el regalo. Tomar solo lo que necesitas, nunca más de la mitad. El «wendigo» (que puede derivarse de las*

raíces para «exceso de grasa» y «pensar solo en uno mismo»), es en la mitología algonquina, un espíritu malvado cuya avaricia ha desbordado su capacidad de autocontrol hasta el punto de la autodestrucción. Personificaciones de la glotonería, la codicia y los excesos, es descrito simultáneamente como un ser glotón y a la vez demacrado por la inanición.

Un poco al modo de Erisictón, príncipe de Tesalia. Su historia se cuenta en *Las metamorfosis* de Ovidio. La diosa Deméter, diosa de la agricultura, la fertilidad y la tierra, protectora de los cultivos y las cosechas, tenía un bosque sagrado, un santuario ancestral. En él resaltaba una gran encina donde vivía una ninfa hamadríade, ninfas tan conectadas con su árbol que mueren si éste se corta.

Un día Erisictón decidió cortar su árbol a pesar de las advertencias, y es que deseaba construir con su madera un techo para su sala de banquetes. Tras muchos hachazos, Erisictón consigue que la encina caiga y, así, la ninfa muere.

Deméter, enfadada, decidió que Erisictón pasara un hambre atroz, pero ella no podía inculcarle tal maldición, porque su trabajo era precisamente el contrario: dar alimentos a todos los seres del planeta. Por eso, le pidió el favor a la diosa Limos, personificación del hambre y engendro de Eris (la discordia). Esta diosa visitó a Erisictón mientras dormía y cumplió el deseo de Deméter: penetró en sus entrañas de tal forma que desde entonces nada saciaría sus ganas de comer, y cuanto más engullera, más crecería su hambre.

En ese momento, Erisictón despertó de hambre y empezó a comer todo lo que podía. Sin poder dejar de comer, Erisictón gastó toda su fortuna y vendió todos sus bienes, incluyendo a su hija Mnestra, que consigue escapar e intenta, en vano, ayudar a su padre que no para de comer, ya hasta las basuras que encuentra. Su apetito infinito lo devora todo… incluido a sí mismo. «(…) su organismo, con lacerante mordisco a desgarrar empezó, e, infeliz, minorándolo, su cuerpo alimentaba», escribió Ovidio con horror.

No sabría decir en qué nivel de la pirámide de Maslow se encontraba Erisictón.

Capítulo 4

EL CUIDADO Y EL FÉMUR ROTO DE MARGARET MEAD

Esta es la historia de Benjamina, que significa «la más querida» en hebreo, de alrededor de 10 años y que tenía craneosinostosis, es decir, los huesos del cráneo se fusionaron prematuramente. Probablemente nació con trabas psicomotrices, y tenía su rostro deformado, por lo que era claramente diferente del resto de los demás niños y niñas. Pero esto no fue un impedimento para que los demás del grupo le dieran una atención especial y cubrieran las mismas necesidades humanas que la que tenía cualquier otro niño del género Homo del Pleistoceno Medio. Porque Benjamina fue una niña de lo que ahora es la sierra de Atapuerca (Burgos), y de hace 530 000 años. En este lugar se viene excavando desde hace casi cuatro décadas la mayor colección de fósiles humanos del planeta (¡y es una maravilla visitarlo!). Allí también se descubrió el caso más antiguo de homicidio intencionado (no necesariamente asesinato) que se conoce en la historia de la humanidad.

Y también es la historia del anciano que pasó muchos años de su vida sin gran parte de su dentadura, en el yacimiento de Dmanisi, en la actual Georgia. Tenía ya perdido el hueso dental o alveolar. Fue hace cerca de 1,8 millones de años. Alguien tuvo que machacarle a ese anciano la carne, que era ya un aspecto primario de la dieta de este grupo.

Y también es la historia de una hembra adulta, homo ergaster, de hace 1,6 millones de años, en el lago Turkana (Kenia). Tenía hipervitaminosis A debido a consumir mucho hígado de carnívoros que a su vez también consumieron mucho hígado. Así se produce un exceso de vitamina A que se acumula y produce pérdida de pelo, de piel, del periostio de los huesos y otras muchas dolencias. A esta mujer la tuvieron que cuidar y movilizar cuando se requería, y es que eran grupos nómadas.

Todas son historias que tienen en común el cuidado, la compasión.

Hace unos años recibí en las redes sociales una anécdota que se le atribuía a la antropóloga Margaret Mead. Vi que se viralizó con mucha rapidez, incluso fuera de los perfiles académicos y divulgativos de antropología o arqueología:

«Una estudiante le preguntó una vez a la antropóloga Margaret Mead: "¿Cuál es el primer signo de civilización?" La estudiante esperaba que

ella dijera una olla de barro, una piedra de moler o tal vez un arma. Margaret Mead pensó por un momento, luego dijo: "Un fémur curado". El fémur es el hueso más largo del cuerpo y une la cadera con la rodilla. En sociedades sin los beneficios de la medicina moderna, se necesitan unas seis semanas de descanso para que sane un fémur fracturado. Un fémur curado muestra que alguien cuidó de la persona herida, cazó y recolectó, se quedó con ella y le ofreció protección física y compañía humana hasta que la lesión pudo curarse. Mead explicó que donde rige la ley de la jungla, la supervivencia del más apto, no se encuentran fémures curados. El primer signo de civilización es la compasión, vista en un fémur curado».

Hay muchas frases y anécdotas virales que recorren internet, que dicen que dijo Margaret Mead, y que no se han podido verificar. Tampoco es extraño que ocurra esto, ya que era una prolífica divulgadora. Busqué el origen de la cita, y no aparecía en sus libros. La principal fuente fue en 1980, por parte del cirujano Paul Brand, que describió una conferencia dada por la antropóloga a la que asistió. Eran sus primeros años de carrera:

«Para ella, la evidencia de la primera civilización verdadera era un fémur curado, un hueso de la pierna, que nos mostró en la sala de conferencias. Explicó que tales curaciones nunca se encontraron en los restos de sociedades competitivas y salvajes. Allí abundaban los indicios de violencia: sienes atravesadas por flechas, cráneos aplastados por garrotes. Pero el fémur curado mostró que alguien debe haber cuidado a la persona herida: cazó en su nombre, le trajo comida y le sirvió en sacrificio personal».

Seguí indagando en internet, buscando una respuesta documentada de la propia antropóloga.

«¿Cuándo una cultura se convierte en una civilización?», le preguntaron en 1968 (*Talks with social scientists*).

«Mirando al pasado, hemos llamado civilizaciones a las sociedades cuando han tenido grandes ciudades, una elaborada división del trabajo, alguna forma de mantenimientos de registros. Esas son las cosas que han hecho la civilización».

Nada de ningún fémur.

También encontré el artículo de un arqueólogo que pensaba que quizás Mead, en esa conferencia de la que habla Brand, se refería a

Jebel Sahaba, en Sudán, que es además la evidencia más antigua de guerra. Ahora se sabe que este cementerio tiene 13 000 años, pero en el año de su descubrimiento (1968), se pensaba que era de hace 15 000 años. Las personas enterradas allí muestran evidencia de heridas curadas repetidas. Quizás Margaret Mead indagó sobre estas excavaciones por sus críticas después de escribir que «la guerra es solo un invento» en su libro sobre los isleños de Samoa, y quiso recalcar que aun en la guerra el cuidado estaba presente. Los huesos fracturados eran capaces de sanar solos, si no había infección, con inmovilización y reposo. Pero alguien tuvo que ayudarle a cuidar de que se mantuviera en esa posición y cumplir además con todas sus necesidades humanas.

Que es, precisamente, lo que hicieron con Stephen, miles de años después. «Nosotros nos encargamos de tu trabajo mientras tú descansas ahí como el mismísimo rey Taufa'ahau Tupou», le dijo Sione, un niño de Tonga, a su amigo y compañero del internado Stephen, cuya pierna se le había roto al caerse por un acantilado. El trabajo de Stephen era, como el del resto de sus 5 compañeros, mantenerse vivo en la isla desierta en la que habían naufragado, llamada 'Ata, tras una tormenta en medio del mar. Tenían entre 13 y 16 años y estuvieron ahí unos 15 meses. Hasta que un capitán de barco les rescató, y vio que se las habían arreglado muy bien para alimentarse, recoger agua de la lluvia, mantener un fuego, divertirse al final de la jornada y aplacar los conflictos. Estaban bastante bien de salud y a Stephen la pierna ya se le había curado. Sí, una historia real muy distinta de la que narra el libro *El señor de las moscas*.

Me pregunto por qué se viralizan tan rápido estas historias sobre la compasión y el cuidado, si llevamos medio millón de años haciéndolo, si incluso los neandertales se trataban con hierbas medicinales y enterraban a sus seres queridos. Si se ha observado a chimpancés tratando heridas a otros miembros de la comunidad aplicando insectos.

Quizás sea porque ahora la industria farmacéutica gasta el doble en publicidad que en investigación, porque la salud no les da beneficios monetarios pero la enfermedad sí.

Asclepio era el dios de la medicina y la curación, hijo de Apolo y Corónide. Los templos de Asclepio estaban llenos de serpientes. Precisamente, el emblema de la medicina y la farmacología son dos serpientes en torno a un bastón (con una balanza al fondo en el caso

de los últimos). Es el báculo o vara de Asclepio para los griegos, o Esculapio para los romanos, pero es un símbolo arcaico de Mesopotamia. La serpiente es un reptil que muda de piel escabulléndose de la vejez y, en su justa medida, con el don de sanar. Pero también de matar. Remedio y veneno, las dos serpientes enfrentadas son el equilibrio de estas dos fuerzas. Al igual que «pharmakon», que significa *remedio*, pero también *veneno*. Con el tiempo, pasó a ser una sola serpiente. ¿Será la del veneno?

O quizás sea porque se ha disociado la compasión del cuidado, que se ha «biologizado» tanto que todas las soluciones pasan por tecnificarlo en exceso y por despolitizarlo, sin propósito humanizador. Porque es más fácil, rápido y rentable atender que acompañar.

Y aun así, no hay nada más humano que el cuidado. Nuestros ancestros pudieron esparcirse por la Tierra porque vivíamos en grupos cohesionados que compartían las responsabilidades de amamantar y criar familias, viviendo en grupos y cuidando de sus comunidades. Totalmente dependientes de la aloparentalidad: la ayuda de otros miembros de la comunidad para criar a los niños. La reproducción y el cuidado de los niños estaban en el centro de sus vidas. Sin embargo, en muchas naciones industrializadas hoy en día, la reproducción y el mantenimiento de la vida es vista como un inconveniente para nuestro sistema económico y nuestro entorno profesional, aunque evidentemente, sigue siendo parte de nuestras rutinas diarias. Todos hemos sido, somos y seremos cuidadores y recibidores de cuidados. La especie humana se forjó dentro de este compromiso, en la mejor manera de proporcionarnos lo que necesitamos para estar vivos. Cuidamos y nos cuidan, por ejemplo, cuando nos duele la espalda.

Y el horóscopo casi siempre acierta cuando te advierte que hoy vas a tener dolores de espalda. Claro, es que nadie se libra de estos males tan recurrentes: dolores de cuello, ciática, hernias discales, lumbalgia... Los problemas de espalda entran dentro de las enfermedades crónicas más frecuentes, especialmente a partir de cierta edad. Es el precio que pagar por ser bípedos, de cuando «miramos hacia el cielo y levantamos la cabeza en dirección a las estrellas», como lo describe el poeta romano Ovidio en *Las metamorfosis*. Nos pusimos en pie y forzamos la columna, que no pudo adaptarse a la misma velocidad que el bipedismo. A veces los dolores de espalda son tan agudos que desearías poder reptar, lo sé. Pero caminar sobre dos pies compensa: libera las manos para manipular de manera más eficaz objetos y eleva nuestra visión. Así, estimulamos la

inteligencia, ya que, al tener las manos libres, interactuamos con las cosas, experimentamos con el entorno, las sostenemos, las miramos, comprobamos sus cualidades, su aplicación... Inventamos, imaginamos, jugamos, creamos herramientas para racionalizar el mundo. Nos adornamos, pintamos en las paredes o enterramos nuestros muertos, y damos rienda suelta al pensamiento abstracto. Y migramos.

Nuestro corazón y nuestro sistema linfático también tuvieron que trabajar más arduamente para impulsar la sangre y los líquidos hacia arriba al estar erguidos. Es un bombeo constante vertical que causa las enfermedades cardiovasculares que padecemos, la primera causa de muerte en el mundo.

La pelvis tampoco tuvo tiempo de modificarse lo suficiente al andar sobre dos piernas. Nuestro canal de parto terminó siendo estrecho y retorcido. Por eso los nacimientos humanos son tan dolorosos.

Nacemos extremadamente vulnerables y frágiles, siendo aún fetos. Sin colmillos, garras o caparazones, sin pinchos o la capacidad de fotosintetizar. Necesitamos uno o dos años de lactancia intensiva. Tardamos un año en levantarnos, dos en comunicarnos mediante el lenguaje y cuatro en poder vestirnos solos para protegernos de la intemperie. La niñez se prolonga hasta los siete años, la fase juvenil hasta los diez u once años, y hasta los 14 años no afrontamos la madurez sexual. Y hasta nuestra vejez, todavía no sabemos de qué va la vida («pero estoy aquí porque me gusta comer», se consolaba alguien en un grafiti).

Por eso vivimos en comunidad, y crecemos y aprendemos en contacto directo con el mundo. Nuestro cerebro se ajusta a esta historia. Nacemos con un cerebro totalmente inmaduro que se va desarrollando asombrosamente.

El cerebro cabe en la palma de una mano, pero es el órgano más complejo. Un conjunto de proteínas, lípidos grasos y miles de millones de células cerebrales, que son más numerosas que las estrellas que forman una galaxia mediana. Cada segundo, nuestros sentidos transmiten aproximadamente 11 millones de bits de información a nuestros cerebros. Ríete del 5G. El cerebro, como dice un poema de Emily Dickinson, es más vasto que el cielo y más profundo que el mar... (pero ante una puerta que pone «tira», tú empujas).

Los seres humanos somos flojos. No le provoques a un chimpancé a

una pelea cuerpo a cuerpo, que saldrás perdiendo. Nacemos totalmente indefensos y somos muy lentos para subirnos a un árbol. ¡Ah! Pero somos «Sapiens», somos los más inteligentes. Tenemos un cerebro voluminoso que consume un 20 % de las calorías que ingerimos, y eso que es solo el 2 % de nuestro peso.

Pues tampoco.

Se han hecho múltiples investigaciones científicas sobre nuestra inteligencia comparándola, especialmente, con otros simios. Spoiler: quedamos en evidencia. En una de las pruebas, a los chimpancés o a los humanos se les mostraba varios números del 1 al 9 sobre un monitor de pantalla táctil. Estas cifras eran reemplazadas por cuadrados en blanco y el sujeto tenía que recordar qué número aparecía en cada localización y tocar los cuadrados en el orden apropiado. Según el estudio de la Universidad de Kioto, publicado en la revista *Current Biology*, los humanos adultos fueron más lentos que los tres monos jóvenes en sus respuestas. Además, el porcentaje de aciertos disminuía cuando los números se mantenían menos tiempo en pantalla. En memoria somos peores que los chimpancés.

Un equipo de investigadores de Alemania desarrolló 38 pruebas para comparar los resultados entre niños de entre dos y tres años, chimpancés y orangutanes (*Humans have evolved specialized skills of social cognition: the cultural intelligence hypothesis*. E. Herrman *et al*.) Medían la inteligencia espacial, la capacidad de cálculo, la correcta comprensión de relaciones de causa y efecto y el aprendizaje social. Y aquí viene el quid de la cuestión: en lo que somos especiales es en el aprendizaje social. En crear relaciones con los demás, a colaborar, a transmitir y compartir información. En definitiva, somos expertos en hacer «cultura» que adquirimos al ir creciendo, básicamente aprendiéndolas de otras personas.

Dale, piensa en todo lo que sabes, y confiesa: todas esas cosas las has aprendido de otras personas. Sabes contar o leer, pero tú no has creado el sistema numérico ni la escritura. Toma un bolígrafo. No hay un humano hoy en día que tenga todos los conocimientos necesarios para fabricar algo tan sencillo como un bolígrafo. Tal es así, que cuando no escribe, seguimos echando aliento a la punta.

El antropólogo Roger Bartra define en su libro *Antropología del cerebro* a la cultura misma como una suerte de exocerebro, que a su vez está estrechamente vinculado al entramado neuronal, el endocerebro. La

cultura en minúscula, no la que sirve para darse ínfulas en los medios y en el bar contestando a todo lo del concurso de la tele. La cultura como el conjunto de valores morales, creencias, lenguajes, normas de conducta… para el funcionamiento de una sociedad. Todo eso es social, y se aprende.

El cerebro también tiene lo suyo, es la estupenda plasticidad neuronal: nuestras neuronas cambian su estructura y funcionamiento, se regeneran y forman nuevas conexiones a lo largo de su vida y en contacto estrecho con las interacciones del entorno, ambientales, sociales, culturales. En la evolución de nuestra especie, el lóbulo frontal creció en proporción con el tamaño cerebral, pero está más conectado con el resto del cerebro comparando con otros primates.

Y la corteza prefrontal es la zona del cerebro donde se producen más cambios durante la adolescencia. En la adolescencia, esta parte del cerebro está «en obras», y es justo donde se generan y gestionan los comportamientos más complejos: la reflexibilidad, la capacidad de planificar a largo plazo, de decidir basándonos en nuestros propios intereses y motivaciones... De interiorizar, reconocer y gestionar nuestro estado emocional. Por eso es tan importante el acompañamiento en este momento tan vital.

La mielinización del área frontal (esencial para las relaciones sociales complejas) se prolonga nada más y nada menos que hasta la treintena. Mucho después de haber alcanzado la madurez física. Somos hipersociables e interdependientes: potenciamos los lazos y la socialización, y los cuidados y la atención. Las neuronas espejo se descubrieron en 1996 en el macaco. Son neuronas que se activan en el individuo cuando ejecuta una acción y también cuando observa a otra persona realizando esa misma acción, haciendo propias las acciones, sensaciones y emociones de los demás.

La empatía es una de las habilidades cognitivas más importantes para navegar en la vida (aunque a veces coloca el foco en un punto sombreando al mismo tiempo los alrededores). Consiste en comprender el estado de ánimo de los demás, ponerse en su lugar y acercarnos así a experimentar sus emociones, impulsándonos a la compasión: aliviar, remediar o evitar, si lo hubiese, el sufrimiento o dolor. Nadie pone en duda que lo que nos ha hecho sobrevivir y evolucionar ha sido el hecho de haber desarrollado unas enormes capacidades para la sociabilidad, para la construcción de soluciones colectivas, para un buen vivir. Un «hacerse cargo» de la reproducción

de la vida y la tierra en un espacio de protección y seguridad.

«Cogito ergo sum» es el precepto cartesiano del «pienso, luego existo». Pero si buscamos la etimología de «cuidado», podemos leer que viene de «cogitatus», reflexión, pensamiento, interés reflexivo que alguien pone en algo o alguien. Que a su vez viene de *co-agitare*, acción de agitar, mover o dar vueltas a las cosas. Con raíz indoeuropea *ag-, *conducir*. «Pienso y cuido, luego existo».

Una psicóloga llamada Carol Gilligan comenzó en 1964 a trabajar como asistente de investigación de Lawrence Kohlberg, psicólogo conocido por su teoría del desarrollo moral. Su equipo había entrevistado a cientos de personas en diferentes países exponiéndoles algunos dilemas morales y recogiendo sus argumentos ante esos dilemas. También los catalogaba, según si esos razonamientos eran convencionales o no, en tres niveles: el preconvencional, el convencional y postconvencional. En cada uno de ellos había, a su vez, dos etapas. Y Gilligan se dio cuenta de algo: casi todos los sujetos estudiados eran varones. Y las pocas mujeres y niñas que sí habían participado, se situaban en un desarrollo moral más bajo. Como buena científica, se preguntó por qué.

Así que comenzó a entrevistar a mujeres, y se percató de que estaban acostumbradas a enfrentarse a dilemas morales reales, y no tanto a dilemas hipotéticos o abstractos. Acudió a clínicas donde había mujeres embarazadas que estaban en el periodo de reflexión sobre si abortar o no y escuchó sus argumentos. El eje que manipulaban no eran los derechos (de la madre, del feto, etc), sino las responsabilidades. Ellas se preguntaban cómo podrían cuidarlo y cumplir con todas sus responsabilidades, y como afectaría eso en su vida y a las otras personas implicadas. Y todo eso sin dejarse de cuidarse a sí mismas, sin dejar de proteger su individualidad. Sus dilemas morales consistían en razonamientos que superaban lo abstracto, lo aislado y lo instrumental. Eran problemas de cuidado y de responsabilidad en las relaciones, en lo contextual y los vínculos, y no en problemas que se podían solucionar aplicando principios, normas o reglas convenientes. Así dio comienzo a lo que llamó la «ética del cuidado». Resultó que lo vivo no es neutral, que está hecho de redes, de vínculos y que, por lo tanto, no es lineal. Que los dilemas morales en la vida no funcionan de manera automática, que a la misma causa no le sigue el mismo efecto, ni suceden en secuencias. Que siempre sopesamos y aprendemos desde un contexto, un punto de referencia: un cuerpo, un tiempo y un lugar. Al igual que el mundo

natural, con sus infinitas variedades y complejidades, un mundo donde, como nos dice la física moderna, incluso el espacio vacío es curvo.

Si se catalogaron como desarrollo moral más bajo es por el mismo motivo por el que el conocimiento femenino se considera intuición, o la conversación entre mujeres únicamente cotilleo. «Las mujeres se ocupan de lo perpetuamente concreto: experimentan la realidad día a día, hora a hora, en sus funciones de servicios a otros (preparando la comida y quitando la suciedad); en su tiempo continuamente interrumpido; en su atención dividida. ¿Puede alguien generalizar cuando lo concreto le está tirando de la manga? Él es quien fabrica símbolos y explica el mundo y ella quien cuida de las necesidades físicas y vitales de él y sus hijos: el abismo que media entre ambos es enorme», escribe la historiadora Gerda Lerner en el libro *La creación del patriarcado*.

Obviamente, tanto las mujeres como los hombres necesitamos y nos preocupamos por el cuidado, la conexión y las relaciones. Todos y todas construimos vínculos, redes de cuidados y somos plenamente conscientes de que nuestras emociones y nuestra red de apoyo personal privada nos son indispensables para una vida plena y segura.

«Ningen» es el equivalente en japonés de ser humano. Esta palabra se compone de «nin» que significa «ser humano», y «gen», que significa «relación». La misma palabra que designa la especie humana, resalta la inseparabilidad de lo individual y lo social. El ser humano es humano solamente en la relación humana.

La arqueóloga Almudena Hernando escribió un libro con título ya de por sí esclarecedor: *La fantasía de la individualidad*. Se refiere a la ficción moderna que desea convencernos de que el ser humano puede emanciparse de la comunidad, y que puede relacionarse con el mundo al margen de las emociones relacionadas con el vínculo y el amor.

Por eso, potencia la autonomía, la rivalidad, la individualidad sin ataduras: la figura del «hombre hecho a sí mismo».

También potencia las emociones acordes a ellas: la agresividad, el enfado, la rabia. Pero no estimula las relacionadas con el cuidado, la paciencia, la cercanía o la empatía.

Por ejemplo, la socióloga María Ángeles Durán cuenta en *El valor del tiempo. ¿Cuántas horas te faltan al día?*, que fue cuando su tercer hijo

recién nacido tuvo diarrea, cuando empezó a resultarle incomprensible que en la facultad de Económicas en la que enseñaba, se concediese más importancia analítica al nacimiento de ovejas y de vacas que al de niños. No había información sobre «el esfuerzo y tiempo que era necesario aplicar para mantener en condiciones de funcionamiento normal, esto es, de bienestar medio, la vida dentro de los hogares». Bastante paradójico, siendo la palabra «economía» un préstamo del latín «oeconomia» y este del griego *oikonomía*: dirección o administración de una casa.

El gran problema es que todo esto queda en el ámbito de lo privado, invisible y desvalorizado, y que son saberes que se encargan nada más y nada menos que del mantenimiento de la vida, y no por eso se llaman conocimiento. Son permanentes, cíclicos y tildados de aburridos (malo es cuando se vuelven trepidantes), pero vitales. Y son los que están en el núcleo de la vida moral de las mujeres. Continúan teniendo a la mujer como responsable principal, no solo en la cantidad de horas dedicadas a poner el cuerpo en la tarea, sino también en su planificación, gestión y organización. En la carga mental.

Y son vitales no solo para la supervivencia digna, sino también para la producción capitalista. La disciplina del trabajo capitalista exige cuerpos emprendedores, flexibles, innovadores, creativos, resilientes, y profundamente competitivos (por eso da la espalda a la vejez o a la discapacidad). Pero la maquinaria de trabajo son los cuerpos, y su regeneración y reproducción ya no es responsabilidad de la economía, sino subproductos desafortunados, así que las relega al espacio doméstico, que exige altruismo, equidad, apoyo mutuo, cuidadores abnegados.

En mi profesión como cuidadora y educadora, aprendí que el cuidado no tiene atajos sino miles de caminos como el delta de un río. Innovación, creatividad, resiliencia… todo eso está a la orden del día. No cabe la burocracia ni el trabajo mecánico, si hay que reconocer y comprender las peculiaridades y necesidades, ya sean a niños, adultos, animales o plantas, para apoyarles o proporcionarles lo que necesitan para prosperar, o si hay que hacer frente a las necesidades más urgentes. También percibí otra idea de noción del tiempo, no el que marca el reloj, sino tiempo humano, es decir, vida. Acompañar significa estar con la otra persona, respetar su proceso vital, escuchar y crear vínculo afectivo y efectivo: lo que nuestro sistema económico y social llamaría «perder el tiempo». Porque no es rentable, especialmente si el éxito no está garantizado, si empleamos recursos y

tiempo a aquellas personas que el sistema ya las ha declarado residuos no reciclables, y ni sabe en qué contenedor depositarlos.

Y que de nada vale explicar qué sentido tiene todo esto. Que las relaciones humanas (en igualdad) son beneficiosas por sí mismas, no por lo que cuestan o el rendimiento que dan (y mucho menos por caridad o tolerancia nihilista). Porque ya hasta nos da «no sé qué» hablar del amor, pero no de la «toxicidad» de las personas. Como dice la antropóloga Yayo Herrero, «no es el amor cursi-romántico, sino como capacidad de hacerte cargo de los demás, de sentirte vulnerable y saberte necesitada de otras personas. Como prioridad al organizar las relaciones sociales». Y advierte: «O los sueños de la razón se pueden transformar en situaciones monstruosas destructoras del conjunto de la vida».

«Aroha» es una antigua palabra maorí y forma de pensar que significa amor, bondad, respeto y empatía. Todo eso en una palabra, y más. «Aro» es pensamiento, principio de vida, poner atención, enfocar, encarar o al frente. «Ro» es introspección. «Ha» es fuerza vital. «Oha» es generosidad, prosperidad, abundancia, riqueza.

Por algo dicen los maoríes que su idioma es su despertar y su ventana.

«El jeong asusta más que el amor», dicen en Corea. «Jeong» o «jung» 정

es todo lo que engloba un vínculo afectivo con alguien: cariño, admiración, respeto, cuidado, ternura…

En China, el amor (a una persona, a los dioses o a la patria) es ài. 爱

El ideograma tiene cuatro elementos. La parte de abajo es el que se usa para amistad o filia (aunque en su manera original fuera una marcha con tropiezos). La parte de arriba es la que se usa para mano. Y la del medio, es el tejado.

En Ifaluk, un atolón en las Islas Carolinas del Pacífico, conservan en su lengua una palabra capaz de describir una emoción que aúna amor y la convicción de que algún día, perderemos a esa persona: «fago». «El fago reconoce que hay sufrimiento en todas partes, pero está imbuido de un espíritu optimista y vigoroso que cree que el esfuerzo humano, sobre todo en forma de preocupación por los otros, puede controlar dicho sufrimiento», escribió la antropóloga Catherine Lutz (*Unnatural emotions: everyday sentiments on a Micronesian atoll and their challenge*

to western theory).

«Hub» حُب que en árabe significa amor, es de la misma raíz que «habb» حَبَّة : semilla o grano.

La novelista nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie explicó en un potente discurso en un evento humanitario que en su idioma Igbo, la palabra *amor* es *ifunanya* y su traducción literal es *ver* («ifu», ver; «na», en; «anya», «ojos»). En igbo, para decir «te amo», dicen «afurum gi n'anya», que se traduce como «te tengo en mis ojos».

No es de extrañar que haya múltiples expresiones de amor en diversos idiomas del mundo que aúnan el amor o cariño y los ojos. «Eres la niña de mis ojos», decimos en español. En idioma pastún, dicen «de stargo tora» que significa «eres el negro de mis ojos», o en farsi «nūr-e chashm», la luz de mis ojos. Hay ancianos y ancianas de Irán, que para saludar a alguien a quien aprecian, tapan sus ojos con sus manos y dicen en farsi: «tú eres mis ojos». En flamenco dicen: «Ik zie u graag», que se traduce como «me gusta verte».

La mirada, el ojo, era otra de las tantas cosas que le fascinaban a Darwin: «Suponer que el ojo con toda su inimitable complejidad para ajustar su centro focal a distintas distancias, para reconocer distintas cantidades de luz, y para corregir las desviaciones esféricas y cromáticas, pudiera haber sido formado por la selección natural, parece, y lo confieso francamente, absurdo en sobremanera», para luego puntualizar que existen «numerosos cambios graduales de un ojo sencillo e imperfecto a uno complejo y perfecto».

Nuestro ojo es otro diseño anatómico perfecto para cooperar. La parte blanca del ojo, la esclerótica, es una buena ayuda para saber a dónde están mirando los demás, y somos capaces de leer las señales de los ojos de los demás cada vez que nos encontramos en una situación social. Usamos esta información para mantenernos informados sobre las relaciones que existen entre nuestros compañeros, sobre quién está más interesado en quién y quién se siente más amenazado por quién. Todos los demás primates, que son más de doscientas especies, tienen sus ojos oscurecidos, como si portaran gafas de sol naturales. Nuestros ojos, decimos, «son el espejo del alma». Somos un libro abierto. Además, se nos aplanó esa cuña de hueso tan pronunciada sobre los ojos que tenían nuestros ancestros, y así la mirada se hizo clara y las cejas, que levantamos cuando saludamos, muestran simpatía por los demás. Si vemos algo que nos gusta, las pupilas se dilatan más de lo

que deberían, y si vemos algo irritante, las pupilas se contraen.

El cerebro también reacciona naturalmente a las imágenes de rostros y ojos, y diversos estudios descubrieron que es menos probable que las personas sean egoístas o antisociales si sienten que están siendo observadas por otras personas. Un estudio de la Universidad de Newcastle descubrió que las personas ponían casi tres veces más dinero en una «caja de la honestidad» (donde dejar el dinero cuando nadie está verificando) cuando un par de ojos imprimidos en un cartel les observaban, en comparación con un cartel que presentaba una imagen de flores. Los investigadores añadieron que el cerebro reacciona naturalmente a las imágenes de rostros y ojos, porque a las personas les preocupa lo que piensen los demás. (*Los ojos de «Gran Hermano» fomentan la honestidad, muestra un estudio*. Ciencia diaria. ScienceDaily, 28 de junio de 2006).

No lo intentes, tu cara nunca será de póquer. Y mejor así. Las aptitudes sociales nos son imprescindibles.

Escribía el poeta Miguel de Unamuno.

Hay ojos que miran, —hay ojos que sueñan,
hay ojos que llaman, —hay ojos que esperan,
hay ojos que ríen —risa placentera,
hay ojos que lloran —con llanto de pena,
unos hacia adentro —otros hacia fuera.

La raíz indoeuropea «weid», significa tanto «saber» como «ver». De aquí vienen las palabras «idea» («eido» yo vi), envidia («in videre», poner la mirada sobre algo), o respeto («respectus», mirada atrás, atención intensa, consideración hacia uno). «Intuición» viene del latín «intueri», es decir, contemplar, para presentir la realidad.

«Diquelar», en idioma caló (pueblo gitano), significa atender y comprender, percatarse, a través de la vista. «Diquela y dicarás», dicen: mira y verás. Parecido a la palabra del español «amaitinar»: mirar queriendo adivinar.

Muchos son los proverbios que hablan de la sabiduría en la mirada: «el ojo del anciano no sale temprano, pero sale para mirar», dicen los tutsi de Ruanda y Burundi, porque «la piel de una persona vieja está llena de ojos», dicen en Somalia.

Los guaraníes explican que su palabra para la escucha con atención, «japysaka» o «apysa», sugiere «ver con los oídos» («a» es cabeza, «py» significa centro, y «sa» ojo).

«Nayra», en aymara es «ojo», órgano que sirve para ver, pero este mismo término puede indicar el tiempo, el pasado, relacionado con el espacio. Un pasado que se ve y que orienta.

En Maya Kaqchikel, Guatemala, pueden preguntar «Utz a vech»: literalmente, ¿está bien tu ojo? Con el fin de conocer el estado de ánimo de alguien.

«Sawubona», dicen en isiZulu cuando se saludan de manera tradicional, y significa: te veo. La otra persona debe responder: «yebo, sawubona»: sí, también te veo. En la tradición zulú, el yo como persona singular está conectado y envuelto con un antiguo linaje de ancestros. Cuando alguien saluda, no solo reconoce a esa persona individual, singular, también debe demostrar que ve todo el linaje que representa, toda su historia vital y ancestral. Se trata de un reconocimiento profundo de la dignidad de la otra persona y una manera activa de explorar e interrogar la conexión con los demás. Los xhosa han definido esta característica del ser africano como «ubuntu». El filósofo y politólogo Saiba Bayo explica que el concepto de otredad en el pensamiento tradicional africano (akan, mandinka, yoruba, dogon, etc…) «no es dualista ni antagónico, sino holístico, complementario y cooperativo». La humanidad no es una sustancia abstracta, sino una relación, todo el entramado social y vivencial del que forma parte. Incluida la tierra.

«El espejo es único, pero en el ojo del observador las imágenes son múltiples», anotó Ibn´Arabi, sufí andalusí (1185-1240) en su libro *Las joyas de la sabiduría*. Es decir, aunque haya diversidad de los seres humanos, hay una única esencia, una única humanidad.

«El único viaje auténtico, el único baño de juventud, no consiste en ir hacia nuevos paisajes sino en tener otros ojos, ver el mundo con los ojos de otro, de cien otros, ver los cien mundos que cada uno de ellos ve», escribió con acierto Marcel Proust (*Un amor de Swann*).

«El poder o fuerza del ojo» lo definen en Korea: es el «nunchi» o «nunch'ŭi». Esa habilidad imprescindible para ser alguien en la sociedad coreana, la de «leer la mente» y anticiparse a las necesidades de los demás. En Japón, también. Con la gente más próxima, del propio círculo («uchi»), pueden mostrarse tal y como son, mientras

que con la gente menos próxima («soto») deben seguir las estrictas pautas de los códigos sociales establecidos. Por eso se le da tanto valor a la habilidad «kikubari», la atención a la sensibilidad de aquellos que nos rodean, con tacto y discreción. Viene de los términos *ki* (espíritu, fuerza vital, corazón) y *kubaru* (propagar, extender). Son plenamente conscientes de que el ser humano es un ser multisensorial que solo algunas veces verbaliza. Y aquí reside el arte de la comunicación no verbal, a lo que los japoneses llaman «harageі» o el arte del vientre. El valor a lo que no se dice o se insinúa que, lejos de nuestro amor por la retórica, los japoneses saben que es la base de la comunicación.

Lo que es cierto es que el lenguaje es la espuma del pensamiento. Todavía me pregunto qué hacían los militares en tareas sanitarias y de cuidados. El problema es que si nos viene al pensamiento una guerra en lugar de un virus, para combatirlo anunciamos sacar los tanques y las armas y terminamos queriendo matar moscas a cañonazos, o como diría un tailandés de manera mucho más visual, como montar un elefante para atrapar a un saltamontes. En los tiempos del cólera, contaba el escritor Gabriel García Márquez, lanzaban un cañonazo cada quince minutos para purificar el aire.

El doctor puso freno a esa costumbre de la Edad Media con una frase certera:

«economice esa pólvora para cuando vengan los liberales».

Los medios de comunicación hegemónicos no se quedaban atrás y se ocupaban de hacer hincapié en el caos y en la necesidad de un control social más estricto, que reforzaba el discurso político que reclamaba a los militares, policías o patrullas urbanas en la gestión de la pandemia. Y es que las élites estaban más preocupadas de proteger las propiedades y sus negocios lucrativos, que de proteger la vida de nadie. Mientras, a los sanitarios les etiquetaron como héroes de guerra, cuando fueron uno de los colectivos que más padecieron los estragos de la pandemia y de la falta de recursos.

«Si los soldados de primera línea no necesitaran máscaras y guantes, sino armas, bombas inteligentes, búnkeres, submarinos, aviones de combate y bombas nucleares, ¿habría escasez?», se preguntó en un artículo Arundhati Roy, activista y escritora (*The pandemic is a portal*).

Elizabeth Povinelli, antropóloga, ya lo advertía mucho antes. Se habla mucho de la «biopolítica», que trata del poder sobre la vida: la regulación de la fecundidad, la sexualidad, el manejo de las

poblaciones, la higiene... Pero ¿qué sucede con la biopolítica cuando algo es considerado vital únicamente bajo el prisma de la acumulación de riqueza? En *Geontologías: un réquiem al liberalismo tardío*, escrito en 2016, asegura que el capitalismo es como un virus, ni está vivo ni muerto (está hecho de trabajo vivo y trabajo muerto), pero, a la vez, necesita replicarse: «Al igual que el Virus que se aprovecha de la diferencia entre Vida y No Vida para extenderse a sí mismo, el Capital ve todos los modos de existencia como si fueran vitales», pero solo para extraer valor y expandirse.

Y Povinelli añade:

«El virus también es el ébola y el vertedero de desechos; la infección bacteriana resistente a los medicamentos que se cuece dentro de las granjas masivas de salmón y aves de corral, y la energía nuclear...»

Leemos en los titulares: «La pandemia se ceba con los más vulnerables».

Pero es que también «el cambio climático se ceba con los más vulnerables», o «los incendios, terremotos, etc., se ceban con los más vulnerables». Y así damos agencia e intención a la naturaleza (¿no es esto animismo?), pero para acusarle de alimentar la vulnerabilidad de las personas. Y así decimos que es «cosa natural» la vulnerabilidad de esas personas. El origen de «vulnerabilidad» es el término latino «vulnus», que significa herida, golpe, punzada, y también desgracia o aflicción. Naturalizar la vulnerabilidad de algunos grupos, como si fuese un desastre natural incontrolable, no es otra cosa que naturalizar la desigualdad.

Somos vulnerables, sí, con cuerpos finitos y lleno de constricciones. Nuestros sueños siguen siendo sueños de animales. Sufrimos por los virus o por las ventosidades, y se nos eriza la piel. Es algo que insisten en recordarnos. Pero no somos un planeta de pacientes enfermos frágiles y enfermeras abnegadas.

La precariedad en la que vivimos descompone las comunidades y hace que nos veamos envueltos en ensamblajes cambiantes, que nos rehacen continuamente y nos muestran vulnerables. Se nos expulsa a la multiplicidad sin capacidad de acuerdo, sin códigos de interacciones, sensaciones, experiencias comunes. Sin una vida reflexiva y comunal tejida en el cuidado. Un cuerpo social que, sin reflexión ni atención, es incapaz de encontrar una narrativa o estrategia de solidaridad común, de compromisos comunes, y que solo

reacciona a estímulos, no a acciones planificadas.

¿Amamos al mundo lo suficiente, cuestiona Hanna Arendt, como para asumir una responsabilidad por él? Y añade: «la educación también es donde decidimos si amamos a nuestros niños lo suficiente como para no expulsarlos de nuestro mundo y dejarlos librados a sus propios recursos, ni robarles de las manos la posibilidad de llevar a cabo algo nuevo, algo que nosotros no previmos; si los amamos lo suficiente para prepararlos por adelantado para la tarea de renovar un mundo común». El título de su libro ya vislumbra sus dudas: *La crisis de la educación*.

La vulnerabilidad y la interdependencia es la primera condición para crear comunidad, para nuestra gran potencia colectiva, y gracias a ella tenemos la capacidad de imaginar a lo grande en qué mundo queremos vivir dignamente y ser grandes cocreadores para la resolución práctica de nuestros problemas comunes.

Como siempre hemos hecho.

Capítulo 5

SE NECESITA UN MUNDO PARA CREAR HUMANIDAD

«Pius, un anciano conocido por su extenso conocimiento del mito y el ritual Marind, de repente me agarró del hombro. Señaló con asombro el horizonte, donde se estaban acumulando densos racimos de nubes oscuras. Los truenos reverberaron entre los rituales de los tambores y los cánticos y pisadas de los bailarines. En el apogeo de la danza de la lluvia final, las nubes estallaron sobre el pueblo, liberando una fuerte caída de lluvia que duró más de dos semanas». Así cuenta la antropóloga Sophie Chao el ritual para convocar a la lluvia. Pero esta vez, no lo estaban realizando la gente Marind-Anim, sino representantes de una empresa de palma aceitera de Indonesia. Ellos acudieron a la aldea a ofrecer su ayuda, y comenzaron un ritual bajo las miradas incrédulas de la comunidad.

Pero funcionó, y se puso a llover.

Algunos alegaron que la compañía ya había verificado el pronóstico y simplemente apareció justo cuando sabían que iban a llegar las nubes con la lluvia prometida. Otros sospechaban que les habían filtrado los pasos a dar a cambio de dinero y alcohol. Algunos decían que era cosa del azar.

Pero para la gran mayoría de asistentes, este hecho no hacía más que confirmar el verdadero poder de las empresas extranjeras, sobre lo que ya existían rumores generalizados. Chao no desestimó esta conclusión: «dada la capacidad de las corporaciones para transformar los entornos naturales y las sociedades humanas en todo el mundo, es una perspectiva que vale la pena considerar». Su poder letal se propaga como la palma de aceite, transformando bosques diversos en plantaciones homogéneas y desviando cursos de agua para riego. También pueden sembrar conflictos entre comunidades debido a diversas acusaciones por traición, e incluso provocar huracanes y sequías a causa del calentamiento global.

Pero el gran problema es que la comunidad no fue capaz, a lo largo de todos esos años, de atraer la lluvia. Sus rituales, sus tradiciones, ya no funcionaban para nada. Además, el mismo gobierno de Indonesia niega a los ciudadanos de Papúa Occidental su derecho a la autodeterminación política y cultural. Los Marind decidieron, frustrados, abolir los rituales, y muchos decidieron, además, entregarles sus tierras.

Sophie Chao escribe en su libro *In the Shadow of the Palms* que la tierra no es solo su subsistencia diaria, sino la riqueza integral cultural. Los diferentes clanes comparten ascendencia con diferentes plantas, especies y lugares con el paisaje, y son responsables de su salud y bienestar. El medio ambiente es una fuente de conocimientos tradicionales, historias transmitidas entre generaciones, mitologías sagradas y sistemas de creencias animistas. Dañar el medio ambiente, entonces, también significa dañar el sentido de identidad cultural, pertenencia y orgullo de los habitantes locales.

Tampoco el ser humano occidental concebía una separación entre lo que era natural y lo que era sociocultural. Eso es relativamente reciente. Tradicionalmente, lo considerábamos todo un gran sistema de vida. A partir del siglo XVII y en particular desde la edad de la Ilustración, se comienza a ver paulatinamente una separación entre las cosas consideradas naturales y aquellas socioculturales.

«Cada una de las revoluciones intelectuales son para abstraer la mentalidad europea aún más, para eliminar la maravillosa complejidad del universo y reemplazarlo con una secuencia lógica. Lo que sea, si es mecánico, es perfecto», denunciaba el activista nativo lakota Russell Means (del libro *Acusación a la Sociedad Industrial*, de 1980).

En los pueblos originarios tradicionalmente no existen términos para separar naturaleza y cultura, y no conciben esa ficción que asegura que el ser humano puede emanciparse de la naturaleza y sus límites, como también de la vulnerabilidad del propio cuerpo y de los vínculos con los demás. Como si no fuésemos parte de esa compleja trama de la vida. Lo peor es que nos hemos tomado tan en serio esta fantasía, que todo el sistema legislativo, económico, político, ético y religioso es coherente con esa idea de estar desgajados de los demás, de los cuerpos y de la tierra. Y así justificamos su dominio y sometimiento.

La escritora de ciencia ficción Ursula K. le Guin escribió en el prólogo del libro The Next Revolution de Murray Bookchin:

«Todo lo que tenemos lo hemos tomado de la tierra y, así como tomamos con creciente velocidad y codicia, ahora le devolvemos casi nada, excepto lo que es estéril o está envenenado. (…) El imperativo capitalista de crecer o morir choca de plano con el imperativo ecológico de la interdependencia y los límites. Estos dos imperativos ya no pueden coexistir, y tampoco puede esperar sobrevivir una

sociedad fundada en el mito de que se los puede reconciliar. O bien establecemos una sociedad ecológica, o la sociedad se irá al traste para todos y cada uno, cualquiera sea su condición».

Según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), entre 1990 y 2020 se han perdido 178 millones de hectáreas de bosques. Son plantaciones de palma aceitera de más de tres mil hectáreas en Indonesia, o miles de hectáreas de ranchos de ganado en Brasil. Malasia e Indonesia producen el 90 % del aceite de palma de todo el mundo.

«Cuando los árboles caen y los animales autóctonos mueren masacrados, los gérmenes nativos flotan como el polvo», explicaba David Quammen en su libro Contagio. *La evolución de las pandemias*.

Los bosques fragmentados aceleran la evolución de los patógenos, ya que los encierran en espacios aislados que mutan a su manera. Las empresas de deforestación acaban con esas fronteras naturales, con la biodiversidad, vacuna natural que evita que el virus acumule una capacidad de contagio suficiente. La biodiversidad es el seguro de vida para todo lo vivo. Si la biodiversidad es como un tapiz o un tejido lleno de conexiones entre especies, hábitats, microbios… ya está empezando a perder esos hilos que se entretejen, y la proximidad entre las personas y los vectores de los virus (virus que siempre han estado en la naturaleza sin que nos haya pasado nada) es cada vez mayor. La probabilidad de zoonosis aumenta.

Los focos de transmisión y los focos de deforestación están ubicados en los trópicos. Y una cuarta parte de los murciélagos del planeta viven en el sudeste asiático y, expulsados de sus hábitats, buscan cobijo y alimentos en graneros, plantaciones, cerca de los humanos. En el caso de Brasil, el murciélago vampiro se ve obligado a atacar al ganado. Y en el caso de Nigeria, la deforestación por madera y cacao crea las mejores condiciones para las larvas de mosquito, que no solo reciben más luz solar, también ven desaparecer sus depredadores. Así, la malaria causa estragos en ese país.

Según la FAO, los pueblos indígenas de todo el mundo viven en un 22 % de la tierra, pero gestionan hasta el 80 % de la biodiversidad, que luchan todos los días contra la invasión de los agricultores de palma aceitera, caucho, pulpa y otras plantaciones, los madereros ilegales, los cazadores furtivos, los incendios intencionados…

En la Tierra, 7,8 millones de primates humanos solo representamos el

0,01 % de la biomasa terrestre. Y aun así, en el año 2020 supimos que la antropomasa, todas nuestras cosas, superó a la biomasa. Los productos e infraestructuras de origen humano (sin contar con sus desechos) ha superado la biomasa total del planeta. Hay más cosas hechas por el ser humano que naturaleza misma. Desde 2010, más de la mitad de la población mundial comenzamos a vivir en ciudades. Los campesinos acuden a las ciudades, expulsados por la agricultura moderna de exportación y la erosión de sus tierras, a buscar un porvenir en las grandes urbes.

La hipótesis de Gaia desarrollada por el fisiólogo y químico inglés James Lovelock (y acuñado en un pub por el físico y nobel de literatura William Golding, autor de *El señor de las moscas*), concibe el planeta Tierra como un sistema automantenido que regula su propia bioquímica. No se trata de dar vida a la tierra como un organismo vivo, sino comprender que los seres vivientes son participantes activos, con capacidad de actuar en la evolución de los fenómenos terrestres. Los seres humanos somos los responsables del desequilibrio de los límites planetarios en los procesos biofísicos.

«Los humanos siempre han modificado su medio ambiente, pero ese término solo designaba su entorno, lo que les rodeaba. Hoy el escenario, los bastidores, el proscenio, el edificio entero se ha subido a las tablas y les disputa a los actores el papel principal» escribe Bruno Latour, en *Dónde aterrizar*. Estos límites planetarios están marcados, y son la regulación del clima, el ritmo de extinción de la biodiversidad, los ciclos del nitrógeno y el fósforo, el agotamiento del ozono estratosférico, la acidificación de los océanos, la utilización de agua dulce, los cambios de uso de suelo, la contaminación atmosférica por aerosoles y la contaminación química de suelos y aguas. Los cuatro primeros límites ya se han sobrepasado. (Johan Rockström *et al., Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity* publicado en *Ecology and Society*).

En los últimos 30 años, más de la mitad de los bosques de Sumatra han desaparecido. Los orang batin sembilan (orang rimba o anak dalam) tienen su hogar ahí. Su sistema tradicional, llamado «adat», les recuerda que garantizar la salud, la armonía y equilibrio de los bosques es garantizar la fortuna del grupo, de la aldea. Steven Sager (*The Sky is our Roof, the Earth our Floor*), escribe que cuando alguien goza de buena salud, se dice que está «floreciendo» (bungohon) y si está enfermo, está «marchito» (layu) porque se ha «calentado» y el «huluy» o espíritu ha huido del cuerpo, liberando el aliento o fuerza

vital (nyawoh, nafai). También son «calientes» e insalubres los claros o lugares abiertos en la tierra, como los causados por la deforestación, mientras que los bosques maduros (rimba godong) se denominan como «florecidos» (rimba bungahon), saludables, y son buenos lugares para vivir, dar a luz, abrir un jardín o realizar actividades rituales.

Hace tiempo ya sabían que, bajo los bosques, la tierra que pisamos (tanoh) se mantiene unida por una red viva de raíces de los árboles, plantas del bosque, hongos…

Los hongos se entrelazan entre las células de las plantas suministrándoles nutrientes y defendiéndolas de las enfermedades. El suelo sería rápidamente desparramado por la lluvia si no fuera por ese denso tapiz vivo por la cuales gran parte de la vida está cosida en relación.

Aseguran los orang bati, y bien lo saben, que cuando los bosques se talan a gran escala, también son sensibles al «calor», las lluvias pueden hacer que la tierra se rompa, causando inundaciones. Por eso, es tradición que cuando nace un bebé, se deben plantar tres árboles, uno para la placenta, uno para el bebé, uno para el nombre.

No son los único que siguen esta tradición. Por ejemplo, los basha miao y los dong de China plantan un árbol por cada bebé; y en la India, en Piplantri, aseguran que, por cada niña, son 111 árboles los que plantan y cuidan.

Son muchos los pueblos originarios que no separan la idea de bienestar para la vida humana del bienestar del resto de comunidades no humanas. Se trata pues de una relación con el mundo que no es mecánica, sino que está cargada de un fuerte contenido emocional. La palabra «paisaje» para los ju/ʼhoan, es «rostro de la tierra», de donde forman parte en la misma medida que todas las demás criaturas.

El nativo oglala lakota sioux, Luther Standing Bear, escribió que «el corazón del ser humano alejado de la naturaleza se endurece; la falta de respeto por los seres vivos conduce también a una falta de respeto por los humanos» (*Land of the Spotted Eagle*). «Su corazón está lleno de olvido» dijo en una entrevista Davi Kopenawa, yanomami. En el momento de explicar a su comunidad nuestro concepto de «naturaleza», la describió como: «naturaleza es lo que queda». Algo así como decir que nos atrevemos a llamar «naturaleza» a lo que queda (aunque naturaleza lo sea todo) mientras nosotros nos empeñamos en hacer otros planes, arrasándola.

En nuestras sociedades, aseguramos, hay una naturaleza y varias culturas o modos de percibirlas e interactuar con ella. En estas sociedades, al contrario, existe una unidad cultural, que es la humanidad (la única que conocemos, nuestro punto de partida, nuestro anclaje), pero la misma humanidad está vinculada de naturalezas, de percepciones, de cuerpos, con las que acceder y experimentar esa unidad cultural, y con el que relacionarse. «El ser humano es un ser social por naturaleza» es una cita del filósofo Aristóteles. También podemos decir que el ser humano es un ser natural por interdependencia con el mundo.

Son responsabilidades y esfuerzos para lograr un bienestar global. No le hacemos cosas al mundo, en realidad nos movemos con él, somos parte y parcela de un mundo que se transforma a sí mismo. Somos naturaleza.

En estas sociedades, la humanidad no es una categoría, sino una condición. Y además, las nociones dentro de esta condición ni siquiera son cerradas ni estáticas, es un continuo esfuerzo. Y es que se necesita a todo el mundo para crear humanidad.

«Él tātai whetū ki te rangi, ko te ira tangata ki te whenua» es un proverbio maorí que significa «como la miríada de estrellas en los cielos, así es la esencia de la humanidad esparcida por la tierra».

Es todo a la vez: miríadas de especies componen y sostienen a la humanidad, y también, la persona es biosfera. El cosmos es una madeja de responsabilidades entre los seres humanos y todas las otras entidades, todas necesarias para la formación de una persona.

Yǎng Shēng es una expresión china que significa «cuidar la vida», o «nutrir el vivir». Hace referencia a la salud. Y es que el ideograma chino para la palabra «vivir», o mejor dicho «viviendo», 生, «shēng», se compone de unos trazos que representan el suelo (el trazo horizontal inferior) del cual crece una planta de cuyo tallo central salen dos ramificaciones (el trazo vertical y los dos trazos horizontales superiores). Además, de la ramificación de más arriba, aparece un pequeño trazo que representa un nuevo brote (una comilla arriba a la izquierda). Así escriben la vida como un brote primaveral, un renacimiento continuo.

«Hurai» («todas las mejores cosas») es una noción de bienestar de la cultura tuva en China, que implica que cuando la naturaleza, los animales y los dioses se sienten felices, los humanos son capaces de

experimentar la felicidad naturalmente.

«K'aax» en lengua maya significa «monte», pero también significa «amarrar». Porque no solo el monte se considera territorio, también es toda la vida del maya, su cultura, su lengua. Sin amarrarse o arraigarse con las raíces de la cultura, no existe territorio donde vivir, dicen.

La palabra hawaiana para tierra es «'aina», que se traduce como «el que alimenta». 'Ai significa comida y kalo. Por eso también implica a la mar, y la idea de origen, madre, inspiración o medio ambiente.

«Swaraj» es una antigua filosofía de la India sobre autodeterminación y toma de decisiones colectiva. Sus orígenes etimológicos en sánscrito son simples y obvios: swa (yo) + rajya (gobierno) = swaraj (autogobierno). Con el adjetivo «prakritik», que significa naturaleza, «prakritik swaraj» incluye la conciencia y el poder sobre la responsabilidad que tenemos como seres humanos con la Tierra.

El pueblo tao de Isla de las Orquídeas (frente a la costa sureste de Taiwán) mantiene su «ahehep no tao» (la noche de la gente), que es un ecocalendario que sigue la relación y observancia profunda de los ciclos ambientales de su territorio. Junto con un sistema de normas «makaniaw» que aseguran la sostenibilidad de la isla y de sus habitantes, son la base para su cultura, incluidas la institución de gobierno y la implementación de los derechos.

«Minobimaatisiiwin» es una palabra ojibwe de las culturas de América del Norte llamadas anishinaabe y cree. Transmite el vivir una buena vida y también renacimiento, e implica vivir en términos respetuosos y recíprocos con todos los demás «parientes» (animados y no animados, y con los antepasados y los que aún están por venir). Porque nuestra salud implica que todos ellos estén saludables también.

La quechua diplomada en derechos humanos y gestión ambiental Paty Gualinga escribe que la selva viviente (Kawsak Sacha) es un espacio donde fluye la vida de una gran cantidad y multiplicidad de seres, desde el más pequeño hasta el ser más grande. Provienen de todos los mundos: animal, vegetal, mineral y del cosmos, que se equilibran y son a la vez parte vital fundamental de todos los demás.

La filosofía hoti (o jotï), un pueblo amerindio que vive en la Amazonía venezolana, está codificada en los términos «jkyo jkwainï» que lo explican como el respeto a todos los componentes vivos y no vivos.

Todas las criaturas en el mundo poseen sus puntos de vista, sus perspectivas, sus pensamientos, sus vidas, todas inmersas en una extensa red de relaciones.

Como bellamente escribía la antropóloga Zora Neale Hurston: «no hay una sola cara en la naturaleza, porque cada ojo que la mira, la ve desde su propio ángulo. Así que la caja de especias de cada ser sazona su propia comida».

Al fin y al cabo, nuestro ángulo, regido por nuestro mundo sensorial natural, es lamentablemente pequeño. Creo que todo el mundo hemos tenido experiencias extrañas en ese sentido con el resto de los animales. (¿Por qué mi mascota me estaba llamando, si estaba todavía en el portal? No, en serio… ¿los mosquitos tienen el Anillo Único para ser invisibles?). «Si crees que eres demasiado pequeño para hacer grandes cosas, intenta dormir con un mosquito en una habitación cerrada», dice un proverbio a lo largo y ancho del continente africano.

El entomólogo y biólogo Edward O. Wilson nos da una lección de humildad en su obra *La conquista social de la tierra* y nos explica, por ejemplo, que nuestra visión se halla limitada a un minúsculo segmento del espectro electromagnético. Por ejemplo, los insectos pueden ver el ultravioleta, y nosotros no. ¡Las libélulas tienen una vista de 360 º! Las frecuencias sonoras a las que podemos acceder también son muy escasas. No podemos oír los sonidos de alta frecuencia de los murciélagos (por suerte, porque si estuvieses durmiendo con un mosquito en la habitación, chillaría más fuerte que una alarma de incendios). También es inaudible los gruñidos a frecuencias demasiado bajas de los elefantes. Tampoco tenemos la capacidad para emplear pulsos eléctricos como algunos peces, u orientarnos gracias al campo magnético, como algunas aves migratorias (algunas personas, como yo, ni con mapa). Tampoco somos capaces de comunicarnos u orientarnos con sustancias químicas, como la gran mayoría de las especies vivas, y nuestro gusto y olfato es bastante deficiente.

«Nos vemos obligados a movernos tropezando a través de nuestra vida puesta continua y químicamente en tela de juicio por una biosfera quimiosensorial, basándonos en el sonido y la visión, que evolucionaron primariamente para la vida en los árboles», escribe.

Y qué decir de los vegetales, además de que tienen el superpoder de animar lo inanimado, la fotosíntesis, un «invento» de millones de años atrás por las plantas. También que aprenden sin cerebro y sin centro,

sin necesidad de tener cerebro que las dirija. Porque los vegetales no son «individuos», del latín «in-dividuus» (*no divisible*). Se pueden dividir y cada una de sus partes sobrevive de forma autónoma, pero uniendo sus partes, desarrollan una inteligencia colectiva muy superior.

Y no solo eso. Aunque crípticos para nosotros, los árboles lanzan a la atmósfera señales, códigos químicos, demandando polinizadores, comunicando la presencia de defoliadores o alertándose de potenciales peligros. Además, no solo compiten entre ellos por los nutrientes, por ejemplo, en una guerra química llamada «alelopatía» para inhibir el crecimiento de adversarios. También cooperan entre sí a través de una compleja red de micorrizas (asociación simbiótica entre un hongo, micelio, y la raíz de una planta). Gracias a ellas, alimentan a plántulas de la misma especie e incluso a tocones cortados para que cicatricen y continúen viviendo.

Y también podemos decir que el hongo, a través de esta red de micorrizas, protege sus propios intereses, cultivando múltiples huéspedes para asegurar su suministro futuro de nutrientes.

Y así se entiende que el ser vivo más grande del planeta sea un bosque: se llama Pando, y es el bosque de álamos clonados de las raíces de un solo árbol, que ocupa 43 hectáreas. Un solo ente de unas 47 000 especies. Tiene más de 80 000 años, aunque hace más de 10 000 años que no se reproduce. Al contrario, va disminuyendo.

Cualquier ecosistema en el que estemos insertos se mantiene gracias a los flujos mundiales de aire, agua y otros elementos. Por ejemplo, el polvo arrastrado por el viento de la Depresión de Bodélé en el centro-norte de África llega hasta el Amazonas y siembra la selva tropical con los minerales que necesita para sustentar su rica panoplia de vida. Dicen que los bosques son los pulmones del planeta. En realidad, son las glándulas sudoríparas del planeta. Es el océano el que produce más de la mitad del oxígeno que respiramos (¡y eso que si el planeta fuera un balón de baloncesto, todo el mar cabría en una pelota de ping pong!). Pero los bosques producen lluvia. Los árboles del Amazonas, por ejemplo, capturan el agua del suelo y, por el calor tropical, lo suben hasta las hojas donde hay una evapotranspiración. Ese vapor de agua se escapa a la atmósfera, así se enfría y vuelve a caer como lluvia. ¡Y hay algo sorprendente!: la cantidad de agua en forma de vapor de agua que está transpirando el bosque y llega a la atmósfera es mayor que la que tiene los propios ríos del Amazonas.

En fin, que un ecosistema comprende una diversidad siempre cambiante de organismos que tienen una variedad siempre cambiante de interacciones, positivas y negativas, desde la competencia más feroz a la cooperación más inaudita. En la biología, la colaboración y la cooperación son tan frecuentes como la competencia. Los organismos compiten a escala local, pero sus interacciones, desde lo global, hacen que el medio ambiente esté más adaptado a la vida y les sea más favorable. La vida es una red encarnada. La lucha por la supervivencia a menudo resulta no en la evolución de un yo más fuerte y más desconectado, sino en la disolución del yo en una relación.

Como el cerezo. Este árbol genera néctar en la base de la hoja únicamente para atraer a las hormigas, que les encanta. Las hormigas, entonces, serán las encargadas de eliminar al árbol cualquier bicho que le ataque, como un ejército. Pero más que un ejército, son pastoras, y también les gusta tener rebaños de pulgones. Eso al cerezo no le gusta nada, porque los pulgones se alimentan de su savia. Entonces es cuando los cerezos producen toxinas en sus hojas, para defenderse. Los pulgones tampoco se quedan atrás. Transmiten señales vibratorias a través de la hoja para avisar a su descendencia del peligro de las toxinas. Las hormigas suspiran, tendrán que emigrar, y finalmente se marchan para llevar sus pulgones a otro lugar. Todo eso y más pasa en un cerezo.

Como en el manzano. Este árbol emite una señal de alarma, a través de sustancias volátiles, para protegerse de las arañas rojas cuando lo atacan. Estas sustancias atraen a unos ácaros depredadores de esas arañas que se las devoran… y asunto arreglado. Todo eso y más pasa en un manzano.

«Los árboles ¿serán acaso solidarios?» se preguntaba Mario Benedetti en un poema.

¿Sabrán los cedros del Líbano
y los caobos de Corinto
que sus voraces enemigos
no son la palma de Camagüey
ni el eucalipto de Tasmania
sino el hacha tenaz del leñador
la sierra de las grandes madereras
el rayo como látigo en la noche?

Mucho nos pueden enseñar las ciencias terrícolas.

Ahora que está de moda la palabra simbiosis, no está de más recordar que el primer uso de este término fue de Teofrasto en *De causis plantarum*: «Pues no es absurdo que aquella planta haya crecido sobre otra planta, cuando en la tierra no crece. Quizás sea que las plantas, como los animales, se hayan hecho cercanas y vivan juntas (σύν, juntos; βίωσις vivir).»

Las simbiosis son básicas para todas las formas de vida, incluida la nuestra. Para las plantas, trata de la comunicación y reconocimiento con las bacterias, con otras plantas e incluso con los animales. Para la reproducción, utilizan insectos, aves e incluso murciélagos como polinizadores.

Dentro de la simbiosis, en el mutualismo, ambas especies se benefician; en el comensalismo, una especie se beneficia mientras que la otra no es afectada. En el parasitismo, la especie parásita se beneficia, mientras el huésped es dañado.

Y hay animales que hacen fotosíntesis, por «cleptoplastia», es decir, roban cloroplastos, especialmente de las algas. Las algas también quisieron viajar a tierra cediendo su superpoder de la fotosíntesis a un hongo, y el producto fue el liquen.

También hay plantas que no hacen fotosíntesis, porque parasitan.

O seres que no son ni animales, ni hongos, ni plantas (protistas). Como «physarum polycephalum», que literalmente quiere decir «moho de muchas cabezas». Un tipo de moho mucilaginoso que no tiene ojos, ni boca, ni estómago, pero detecta el alimento y lo digiere. Tampoco tiene brazos ni patas, pero puede moverse y en un solo día duplicar su tamaño. Se une en grandes comunidades moviéndose como un solo individuo «pensante» pero sin cerebro. Una especie de «mente colmena» con memoria y capaz de resolver problemas y de aprender y transmitir su conocimiento a otros. Es capaz de resolver laberintos siguiendo el camino más corto para llegar a la salida, donde le espera su alimento. Si es cortado por la mitad, en dos minutos está listo para seguir. No es de extrañar, pues, que el naturalista Minakata Kumagusu (1867-1941) fuera recordado por ofrecer al emperador de Japón una caja de estiércol de caballo, con interesantes especímenes de moho mucilaginoso.

«Obras maravillosas de la naturaleza», así podría definirlo Leonardo

Da Vinci (1452-1519) y escribía que «nunca se encontrará invento más bello, más sencillo o más económico que los de la naturaleza, pues en sus inventos nada falta y nada es superfluo».

La bióloga nativa potawatomi Robin Wall Kimmerer, en su libro *Una trenza de hierba sagrada*, describe a las especies veceras. Son las especies leñosas que dan mucho fruto en un año, y poco o ninguno en otro. Por ejemplo, el nogal. El año que no dan nueces, los animales que las consumen tienen que buscar alimento cada vez más lejos, exponiéndose más a la vista de los depredadores. Y así, cuando esta población se ha desplomado, los árboles veceros, todos a la vez, «saben» que es el momento para una nueva y extraordinaria producción. Todo eso y más pasa en el nogal.

Y reflexiona: «cuando los nogales sacian tanto a las ardillas como a la gente, los árboles aseguran su propia supervivencia». «La prodigalidad mutua podría parecer incompatible con la evolución y la supervivencia individual, pero es un error separar en este proceso el bienestar individual, de la salud del conjunto.» Por ejemplo, «el huerto no solo da de comer a los humanos. Y siempre hay suficiente para todos».

En la agricultura indígena, explica, era habitual la rotación de cultivos: consiste en alternar plantas de diferentes familias y con necesidades nutritivas diferentes en un mismo lugar durante distintos ciclos, evitando que el suelo se agote y que las plagas se perpetúen. Es decir, lo habitual era modificar las plantas para que estas se adaptaran a la tierra. Y no al revés, no se alteraba la tierra para obtener grandes producciones y de gran tamaño. La suya no era una ciencia de dominación, sino de persuadir a la naturaleza (como se persuadía a las demás personas de la comunidad en las asambleas), engatusándola y nutriéndola, para que la tierra hiciera gran parte de este trabajo por ellos. Y para eso era vital la observación y experimentación minuciosa a toda la red de interacciones en torno a ella. Como en las asambleas, era un proceso de deliberación extremadamente lento y altamente sujeto a reglas.

«Algún día, pienso, el monocultivo intelectual de la ciencia será reemplazado por un policultivo de conocimientos complementarios. Y entonces habrá suficiente para todos», escribe esperanzadora Wall Kimmerer. Con los policultivos, «había multitud de insectos y hierba, pero nadie necesitaba insecticidas». «La diversidad vegetal favorece a una amplia variedad de insectos. Algunos de ellos tratan de

alimentarse de los cultivos, pero también aparecen otros que se alimentan de estos».

En 1955, en su obra *Tristes Trópicos*, el antropólogo Lévi-Strauss se lamentaba de que hemos uniformizado el planeta con un pensamiento único. «La Humanidad se instala en la monocultura, civilización en masa, como si fuese remolacha. Su ordinario no conllevará más que este plato».

La antropóloga Anna Tsing nos previene en *La seta del fin del mundo*, de que en este planeta «estamos rodeados de numerosos proyectos de creación de mundos, humanos y no humanos [...] y en ese proceso cada organismo transforma el mundo de todos los demás».

La transmisión de otras visiones y prácticas del mundo están muy alejadas de nuestra idea de «desarrollo» y de su crecimiento ilimitado, y parecen afirmar: «no solo sabemos cómo vivir mejor, sabemos cómo saber mejor».

Decir que los indígenas son «los guardianes de la Amazonía» o «la clave para proteger la biodiversidad» es pensar a estas comunidades desde la productividad, la utilidad y el beneficio. De hecho, mientras les otorgamos ese rol de «cuidadores del planeta», en muchos casos no ven otra opción que sobrevivir con trabajos asalariados para industrias, precisamente, de extracción de recursos naturales.

Lejos de pretender revivir el mito del buen salvaje, o de «romantizar la pobreza», se quieren destacar aquellas otras maneras actuales y humanas de relacionarnos con la tierra. Se trata de ser consciente de la responsabilidad que tenemos en la reproducción de la vida. Ya es suficientemente visible que las teorías existenciales de nuestra era moderna han llevado al mundo al borde del abismo. Necesitamos discurrir sobre sendas alternativas y practicables al problema de cómo vivir.

«Alguien dijo que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Ahora podemos revisar esa frase y atestiguar el intento de imaginar el capitalismo por medio de imaginar el fin del mundo», Fredric Jameson, crítico y teórico literario.

Capítulo 6

LA GUERRA: ¿ESTÁ EL ENEMIGO? QUE SE PONGA

El glaciar Siachen de Cachemira es el segundo glaciar más grande del mundo fuera de las regiones polares, tiene setenta y cuatro kilómetros de largo. Y también es el campo de batalla del mundo situado a más altura. Ahí están los soldados de Pakistán y la India en guerra intermitente desde 1984, soportando y muriendo por los vientos helados y temperaturas que bajan a menos 40 grados centígrados.

Y el campo de batalla se deshace a sus pies. Este glaciar ya ha perdido una tercera parte de su masa, derramando aparatos militares, artillería, bidones, botas, tiendas de campaña… y cadáveres. Según la escritora india Arundhati Roy, esta guerra «es la metáfora más apropiada de la locura de nuestros tiempos». Los gobiernos de India y Pakistán continúan gastando miles de millones de dólares en material bélico y logístico para esta guerra, que viene de esos países de democracias prósperas y pacíficas, como explica en su artículo *¿Qué le hemos hecho a la democracia? Del progreso miope, aullidos salvajes, consenso, caos y una nueva guerra fría en Cachemira*.

La mayoría de los glaciares del mundo se están derritiendo. Por ejemplo, los campos de hielo del Himalaya y del Hindú Kush podrían perder entre un tercio y dos tercios de su volumen en el año 2100. Y son los que proporcionan agua a 1600 millones de personas. «El derretimiento de los glaciares provocará graves inundaciones en el subcontinente y, finalmente, una grave sequía que afectará la vida de millones de personas. Eso nos dará aún más razones para luchar. Necesitaremos más armas», ironiza Roy.

El filósofo y político Benjamín Constant aseguraba, hace más de 200 años, muy cándido, que la guerra y el comercio no son más que dos medios diferentes de poseer aquello que se desea, y que el comercio, un medio «más suave y seguro de comprometer el interés de otro a consentir lo que conviene a su interés», reemplazará a la guerra.

Hoy, las armas son una de las industrias que más ingresos genera, después de las drogas, la prostitución y la banca. Y la compraventa está aumentando, igual que el gasto en defensa. Tanto, que se asemeja a los niveles de la Guerra Fría. Viajan del norte al sur global, y las exportan EE. UU., Rusia, Francia o Alemania. Arabia Saudí fue el país que recibió más armamento.

El 13 de marzo de 2017, en un recinto portuario, el bombero Ignacio

Robles se negó a participar en el embarque de un cargamento de centenares de toneladas de armamento con destino a territorio saudí. Su trabajo consistía en vigilar su seguridad. Alegó «objeción de conciencia», la negativa a acatar órdenes, leyes o a realizar actos o servicios invocando motivos éticos o religiosos, y regresó a la base. No quería ser cómplice de la matanza de civiles en la guerra de Yemen. Un mes después, recibió un expediente sancionador que suponía la pérdida del puesto de trabajo durante un tiempo de entre 3 y 6 años. Finalmente, por vía judicial, consiguió que se quedara en una sanción leve.

Ese cargamento, supo después, acabó destruyendo un almacén de alimento, barcos de pesca y una emisora de radio. Y por supuesto, civiles. Esas bombas eran inteligentes, explicaron desde el gobierno, y «no se van a equivocar matando a yemeníes». Un mes después, una bomba inteligente cayó sobre un bus escolar. Les dicen «daños colaterales». Las bombas, según los titulares, tuvieron alma y agencia (animismo), y «se cebaron con los más vulnerables».

Un dato escandaloso: durante la I Guerra Mundial, el 10 % de todas las bajas eran civiles.

En la Guerra en Iraq, los civiles representaron más del 90 % de todas las muertes.

Y aún hay algo más escandaloso. Explica Didier Fassin, antropólogo, sociólogo y médico (*Por una repolitización del mundo*): «en la segunda guerra del Golfo, la vida de un militar de la coalición fue el equivalente de cien civiles iraquíes», «(…) esas bajas fueron una suerte de costo a fin de mantener lo más reducido posible los índices de mortalidad de los militares». Eso es el concepto de «guerra con cero bajas»: «durante la intervención de las fuerzas de la OTAN en Kosovo en 1999, los aviones volaron a 5000 metros de altitud, lo cual tornaba bastante imprecisa la determinación de los blancos. Mientras ningún piloto de la OTAN murió en las operaciones militares, se calcula que sus ataques mataron a quinientos civiles. Una vez más, evitar bajas en un lado implicaba poner en riesgo muchas vidas en otro».

Basta apretar un botón para descargar drones, bombas y misiles, como si de un videojuego se tratara, sin tener ni idea de las consecuencias de nuestros actos. Se trata de una tecnociencia desgajada de la naturaleza, de la comunidad, sin estar sujeta a ninguna moral.

«No me gusta esa palabra, bomba. No son bombas. Son artefactos que

explotan», declaró el embajador francés en Nueva Zelanda en 1995, cuando las explosiones nucleares de Francia en el Pacífico sur.

Hay un dicho rumano que dice: «si aletea como un murciélago y chilla como un murciélago, probablemente sea un murciélago».

No es que las máquinas hayan tomado el control: los seres humanos nos comportamos como máquinas. La cosa cambia cuando hay distancia. Hemos llegado a atar explosivos en miniatura a murciélagos para que corrieran a ocultarse en viviendas de los enemigos (spoiler: la base militar acabó en llamas, y un pequeño alado explosivo se colgó a descansar bajo el coche del general. Como reza el refrán wolof de Senegal: «el estiércol del murciélago cae sobre su propia cabeza»).

Enterramos minas, y lanzamos bombas, de lejos. No vemos las consecuencias. No las miramos a los ojos. Sin contacto visual, somos menos capaces de detectar señales emocionales. Tampoco vemos sus pantalones a medio caer, como le ocurrió al escritor y entonces soldado George Orwell en la guerra:

«En aquel momento, un hombre salió escopetado de la trinchera (…) Estaba a medio vestir y corría sujetándose el pantalón con las dos manos. Me abstuve de disparar,» confiesa en *Looking Back on the Spanish War*. Un hombre que corre sujetándose el pantalón, escribió, es claramente un ser humano, alguien similar a ti, y se te quitan las ganas de disparar.

El pueblo Samburu, pastores que viven en las tierras semiáridas del norte de Kenia, tienen una rica tradición oral que cuenta historias de sus antepasados. Y una de las historias narra que, a fines del siglo XIX, mientras un grupo de guerreros Samburu atacaba las granjas de los pastores borana, una familia borana tomó una decisión difícil: dejó atrás a un abuelo que estaba demasiado débil para correr, junto con su nieto adolescente para ayudar al anciano. Temiendo por su nieto, el hombre se acercó a sus enemigos y les dijo: «hagan lo que quieran conmigo, pero por favor, adopten a mi nieto». Ambos se salvaron.

Los humanos son únicos en actuar por empatía durante la violencia organizada en grupo, incluso en una zona de guerra. Es más, existe la teoría de que esa capacidad humana altamente desarrollada para la empatía puede haber proporcionado los lazos sociales intensamente emocionales necesarios para la matanza letal y coordinada. Dicho de otra forma, las mismas capacidades de comunicación y sociabilidad que dieron lugar a la violencia socialmente cooperativa, o «guerra

emergente», también permitieron la elaboración de la paz, la resolución de conflictos y la evasión.

Sí, la guerra y la violencia se pueden rastrear muy, muy atrás en la historia de nuestra especie, pero no son más inevitables que los períodos de paz. Los períodos de violencia y guerra van y vienen, así que no se puede decir que seamos belicosos y competitivos por naturaleza, como tampoco se puede decir que seamos altruistas y cooperativos por naturaleza. Más que animales cooperantes, lo que tenemos es una gran versatilidad cooperativa: negociamos y competimos, como las dos caras de una misma moneda. Pero podemos decir que tenemos una profunda aversión instintiva a la violencia, y que ser altruistas, incluso con extraños, nos produce una extraña satisfacción.

Cuando las bombas son las «inteligentes», los seres humanos son los idiotas. Del griego ιδιωτης (*idiotes*), aquel que no se ocupaba de los asuntos públicos, sino solo de sus intereses privados. Para nuestro sistema económico, fabricar armas que matan niños se considera productivo, pero no que los mismos niños se desarrollen sanos. La filósofa Simone Weil ya lo dejó claro: «lo que un país llama sus intereses vitales no son las cosas que hacen posible la vida de sus ciudadanos, sino las que le capacitan para la guerra. Como el petróleo». Uno de los principales derivados del petróleo es la guerra, y las armas que la alimentan.

El PIB, ese indicador que mide el valor monetario de todos los bienes y servicios producidos por un país o región, no distingue entre la buena actividad económica y la mala actividad económica. No distingue entre la producción que salva la vida a niños y que los mata, o entre bombas de racimo y racimo de uvas, o entre música de cámara o cámara de gas.

Pero es que, además, hay estudios muy detallados en EE. UU. que demuestran que si la inversión en la industria armamentística se realizara en cualquier otro sector productivo, la generación de empleo y la ética empresarial sería mucho mayor.

¿Entonces es que la guerra es necesaria? ¿Tenemos los seres humanos una capacidad innata al exterminio mutuo?

Silencio…

Imágenes de simios rabiosos en la mente, golpeándose el pecho con

aires de furia. Lucecitas verdes surcando cielos de noche, ciudades arrasadas, personas anónimas aterrorizadas. Otra guerra más que pasa lejos, suspiramos mientras engullimos todas las «fake news», noticias falsas.

Emma Goldman, anarquista perseguida toda su vida por su lucha por la libertad e igualdad, escribió: «pobre naturaleza humana, cuántos crímenes terribles se han cometido en tu nombre(…) Cuanto más eminente el charlatán, mayor su obsesión con la maldad y la debilidad del ser humano».

Las guerras no están hechas a la medida del ser humano, escribió Albert Camus. Los antiguos griegos ya nos advirtieron de la «hibris», la desmesura del orgullo y la arrogancia que es capaz hasta de transgredir los límites impuestos por los dioses a los mortales y terrenales. «Aquel a quien los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco», reza un proverbio griego antiguo. No debemos transgredir el destino que nos guardan que, recordemos, no es más que lo que hilaban las moiras, hijas de Ananqué: la necesidad.

Y por necesidad, hace 100 000 años éramos interdependientes con nuestro pequeño grupo cultural, pero también fuimos creando extensas e intrincadas redes de sociedades (coaliciones o confederaciones) por las que se movían diversas experiencias, historias, objetos, ideas, canciones... Y al mismo tiempo, desconfiamos de los desconocidos, y la cooperación también resultó imprescindible si había que enfrentarse a ellos, en los conflictos.

Si el ser humano hubiese sido tan belicoso por naturaleza siendo cazadores recolectores, en grupos tan pequeños, no habría sobrevivido. «Los yanomami dormían en la misma cama hasta con 10 personas. Si fueran realmente feroces salvajes, no existirían los yanomami, porque se hubiesen asesinado por roncar», explicaba con sorna el antropólogo David Graeber.

La guerra permanente consistía, y consiste hoy en día, en algunas comunidades, en limitar el conflicto por muy pequeño que fuese, en mantener la armonía social. Especialmente dentro del propio grupo. La vanidad y la avaricia han existido siempre, por eso se hacía todo lo posible por reprimir esos instintos. Las estrategias van desde el ostracismo, rechazar al que alardea, e incluso el humor. Todo para constreñir el poder y la violencia (el humor para constreñir la violencia, no al revés). Quien se comportaba de manera arrogante y

egoísta podía ser expulsado del grupo, y en casos inmanejables, se llegaba a la muerte de ese individuo. Los que viven en la isla del Pacífico de los Ifaluk, incluso tienen en su lengua una manera de nombrar el sentimiento de ira que surge cuando alguien no comparte o no lo hace de forma adecuada: «song». Con este sentimiento, tienen justificado rechazar socialmente, criticar e incluso amenazar al perpetrador, y se espera que el egoísta lo intente remediar de alguna manera.

«No hay pelea sin importancia, de la misma forma que no hay fuego sin importancia. El fuego y las peleas son las dos únicas cosas que pueden engendrar hijos mayores que ellos». Así habló en 1969 el etnólogo malí Amadou Hampaté Bâ, ante el Consejo ejecutivo de la UNESCO del que formaba parte.

Hay una historia del reino de Bunyoro, en África Oriental, que cuenta John Beattie en su libro *Bunyoro: an African Kingdom*:

> *«Una vez un hombre se mudó a una nueva aldea. Quería saber cómo eran sus vecinos, así que en medio de la noche simuló dar una paliza a su mujer, para ver sí sus vecinos acudían y le reprendían. Pero en realidad no la golpeó: golpeaba una piel de cabra, mientras su mujer lloraba y gritaba que la iba a matar. Nadie acudió, y al día siguiente el marido y la mujer empacaron sus pertenencias y abandonaron esa aldea, en busca de otro lugar donde vivir».*

Y aun con todas estas estrategias, nos hemos convertido en la única especie animal especializada en la guerra total.

«Os pregunto: ¿queréis una guerra total? Y si fuera necesario, ¿queréis una guerra aún más total y radical que cualquier cosa que podamos imaginar hoy en día?», preguntó el nazi Joseph Goebbels en un mitin, en 1943. «Guerra, guerra», clamaron todos, con fervor unánime.

El auge de la guerra completa, explica el antropólogo Agustín Fuentes (*La chispa creativa*), coincide con el aumento en la desigualdad económica, política y social. Un apunte clave, explica, es el almacenamiento y todo el sistema de mantenimiento, gestión, y vigilancia de lo almacenado. El apoyo mutuo y la reciprocidad en las relaciones sociales deja de ser el eje, la banca o la garantía de supervivencia de estas sociedades. Las relaciones humanas han sido reducidas a relaciones entre cosas. La deuda deja de ser una manera de crear lazos con los demás (como cuando decimos «en la próxima cita, pago yo»). El «te debo una» ya no se sostiene en base a la

armonía en las relaciones sociales. Peor todavía: la tacañería de tu compañero no es algo abstracto, sino cuantificable. Se convierte en una deuda que es calculada con precisión, y debe ser saldada. La palabra inglesa que designa la culpa, *guilt*, tiene su origen del inglés antiguo «gylt», que, dicen, proviene del alemán «geld» (pagar). Según el antropólogo David Graeber (*En deuda*), el dinero y los impuestos emergen de este tipo de situaciones, y especialmente de la guerra y el saqueo, del conteo y control de los botines y la esclavitud.

Así aumentó, explica Fuentes, la posibilidad de conflicto intergrupal y la diferenciación de papeles, los clanes y los linajes, y por todo ello, la justificación para que una comunidad atacara a otra, a pensar en grupo o conjunto de grupos como «el enemigo». El resto es «fuego amigo».

Porque incluso cooperamos para deshumanizar creativamente a otros. Y tenemos mucha imaginación para eso.

«Las guerras se venden mintiendo, como los autos», aseguraba Eduardo Galeano. «De aquellos supuestos, estas guerras. De aquel supuesto ataque al acorazado estadounidense Maine, guerra de Cuba. De aquel supuesto ataque en Tonkín, guerra de Vietnam. De aquellas armas de destrucción masiva, guerra en Irak».

«Estábamos todos equivocados», confesó ante el Senado David Kay, el responsable de buscar armas de destrucción masiva en Iraq. «Es muy improbable que haya largas reservas de armas químicas», puntualizó.

«Tú pon las ilustraciones, que yo pondré la guerra», le pidió en 1897, en un telegrama, el publicista editor de prensa W. R. Hearst al ilustrador Frederic Remington. Él le había pedido regresar de Cuba, ya que no había nada para ilustrar, todo estaba tranquilo: «no hay conflicto aquí. No habrá guerra».

«Permanezca en Cuba», le pedía el editor de prensa, ilustra lo que no ves. Poco después, el acorazado Maine fue atacado, y fue España, aseguraban sus periódicos. Y vino la guerra.

«Guernica está destruida por el incendio y la gasolina. La han incendiado y la han convertido en ruinas las hordas rojas al servicio criminal de Aguirre, presidente de la república de Euzkadi», aseguraban las noticias tras el bombardeo de Gernika perpetrado por la Luftwaffe alemana, en 1937. Aquel que ilustró Pablo Picasso en un mural.

Hay que presentar la guerra muy camuflada para que la gente la confunda con el bien y la acepte. «El camino al infierno está pavimentado con el asfalto de las buenas intenciones», dicen. No faltan eufemismos para eso: una palabra o expresión menos ofensiva que sustituye a otra de mal gusto que puede ofender o sugerir algo no placentero o peyorativo: «minas mariposa» o «minas pétalos», en vez de «antipersona». «Fuego amigo», «apremios ilegales», «misiones de pacificación»… O ejemplos de oxímoron, complementar una palabra con otra que tiene un significado contradictorio u opuesto: «guerra justa», «guerra humanitaria»...

Y también está el miedo.

«Te regalan miedo y te venden seguridad», como afirma Gavin de Becker, el que fuera asesor de seguridad de la Casa Blanca, en su libro *El valor del miedo*: «Infundir temores y dar seguridad ante ellos es lo más importante que ocurre en las relaciones humanas».

Hoy en día, el estado de emergencia no es la excepción, sino la regla. Miedo a las enfermedades, a la desocupación, a los asesinos en serie, a perder nuestras propiedades. Y así, a los seres humanos nos dejan desnudos sin nuestras principales armas: sin memoria, sin imaginación y sin comunidad. Vulnerables, maleables y totalmente precarios.

Cuando hay crisis y sin fe en el futuro, el individuo tiende a buscar la seguridad en una identidad tradicionalista, fija y adscripta. Los mundos sociales de la mayoría de las personas se vuelven más pequeños, circunscritos por fronteras de cultura, clase e idioma. Y ocurre la alienación del individuo a unos dogmas y la alta competencia entre estos colectivos herméticos. El estado de emergencia permanente lleva continuamente a la guerra al desorden amenazante, al Otro amenazante. El terror es la bala más destructiva que se dispara.

«Se le pide a la gente que esté alerta pero no se le dice en contra de qué, de modo que cualquiera tiene la libertad de imaginar e identificar la fuente del terror» escribe la filósofa Judith Butler en *Vida precaria*.

En lo que llevamos de siglo, se levantaron el mismo número de muros fronterizos que durante los 55 años del siglo pasado tras la Segunda Guerra Mundial.

«En tiempo de crisis, el sabio construye puentes; el necio construye muros», recuerda un proverbio Yoruba e Igbo, Nigeria.

Y esos muros están protegidos y gestionados por multinacionales de seguridad privada. Mientras que el dinero se mueve por todas partes, las personas lo hacen entre alambradas. Estas multinacionales también se ocupan de eso mismo, de la detención y repatriación de las personas inmigrantes, o de cárceles privadas en todo el mundo. Durante la pandemia de Covid-19, en España, se dio la paradoja de que mientras los militares estaban vacunando, fue una de estas empresas privadas la que protegía sus cuarteles.

Espera un momento… ¿militares vacunando?

Catherine Lutz es una antropóloga que estudió bases militares estadounidenses en el exterior. Se percató de que en casi todas estas bases, los soldados hacían actividades sociales, como reparar las aulas de las escuelas o realizar chequeos dentales gratuitos en pueblos y aldeas cercanas. Rara vez conseguían mejorar sus relaciones con las poblaciones, pero los soldados no dejaban de repetir: «por eso me uní al ejército», «el servicio militar no solo se trata de defender al país, ¡se trata de ayudar a la gente!», y volvían a alistarse.

Una anotación: la paz no es lo contrario de la guerra, sino de la violencia. La pregunta que realmente surge es por qué en ciertos momentos de la historia la violencia tiene un efecto más profundo y duradero que en otros. Porque la violencia no siempre se vuelve estructural, no siempre se incrustan en la vida social, familiar, política. Paro, hambre, des-accesibilidad a la educación, a la vivienda… Por ejemplo: ¿desde cuándo hemos interiorizado como común, y por lo tanto, normal, que miles de personas que migran se ahoguen en las aguas del Mediterráneo? ¿Desde cuándo hemos normalizado que le puedan echar a alguien de su casa por deudas? ¿Desde cuándo hemos normalizado definir a un ser humano no ya como «tóxico», sino como «ilegal»?

Y mientras, los periodistas, los políticos o los portavoces de la policía hablan de «crímenes de odio» cuando conviene. «Violencia avivada por el odio», dicen. Es más fácil culpar y castigar a alguien por sus emociones irracionales que por sus creencias. Pero son los mismos los que siguen avivando los prejuicios de manera incendiaria.

«La doctrina del shock» es una teoría propuesta por Naomi Klein, publicada en el año 2007 en su obra homónima. Explica que, en casos de shock o huracanes mentales (como los desastres naturales, bombardeos, torturas), el shock en sí no es la única razón por la que

se consigue quebrar la voluntad de cualquier ser humano y que reniegue de sus valores y fe, sino que también es debido al aislamiento que se produce o se crea una ruptura violenta entre los individuos y su capacidad para entender el (nuevo) mundo que les rodea y actuar. Un ejemplo: «En Sri Lanka, en los días que siguieron al tsunami del 2004, a la gente que había vivido en la costa desde hacía generaciones, se le había prohibido volver a fin de privatizar los terrenos y venderlos a hoteles de lujo. A esto justo me refiero con la expresión "doctrina del shock", al saqueo sistemático del sector público después de un desastre, cuando la gente está demasiado ocupada haciendo frente a su emergencia», explica Klein.

Bertolt Brecht también nos advertía de las muchas maneras de matar: «Pueden meterte un cuchillo en el vientre. Quitarte el pan. No curarte de una enfermedad. Meterte en una mala vivienda. Empujarte hasta el suicidio. Torturarte hasta la muerte por medio del trabajo. Llevarte a la guerra, etc… Solo pocas de estas cosas están prohibidas en nuestro Estado». Es la violencia que «no estalla como las bombas, ni suena como los tiros», escribió Eduardo Galeano. El hambre, la pobreza, que «mata callando, mata a los callados». Es la guerra callada, y la desigualdad que crece: «su hambre nos da de comer, y su desnudez nos viste». Y nos interpela: «¿Qué sería de nosotros sin ellos?»

Se refiere a la guerra de cero bajas en la que todos participamos. Muchos de nuestros actos cotidianos tienen consecuencias, a veces abismales, que desconocemos. Algo peligrosísimo, porque la moral se basa en poder anticipar las consecuencias de nuestros actos, y decidir sobre ello. No se trata de colocar minas o lanzar bombas mediante un dron, sino de cosas tan triviales y rutinarias como comprar un móvil o elegir una marca de playeras, que pueden devorar territorios y vidas humanas. Considérese el trabajo que realizan las mujeres jóvenes en los talleres clandestinos de Bangladesh para producir moda rápida para el consumo del Norte, o el trabajo realizado por los mineros congoleños para desenterrar coltán para teléfonos inteligentes que están diseñados para ser desechados cada dos años. Esas guerras calladas y que callan son el arma de destrucción masiva más poderosa de todas. Un sistema económico que tampoco está hecho a la medida del ser humano, que está en guerra con la humanidad.

La humanidad no es algo que se hereda. Muchas comunidades explican que se necesita al mundo entero para crear humanidad.

Antes de debatir sobre si la guerra y la violencia es innata en las

sociedades humanas, debemos saber que lo que sí heredamos, y es innato, es esa capacidad humana para la moral (aunque hay primatólogos como Frans de Waal que señalan que el fundamento de la moralidad, mezcla de empatía y cierto sentido de la justicia, la compartimos con otras especies de animales). También esa gran capacidad para hacernos y rehacernos a nosotros mismos, para la educabilidad, todo lo que sabemos y hacemos como ser humano hemos de aprenderlo de otros seres humanos. Y así resulta que nuestras sociedades banalizan y tienden a normalizar la violencia. Por ejemplo, no existe algo así como la Ciencia para la paz, o investigaciones exhaustivas sobre estrategias en cómo educar para la paz. En realidad, se educa en la competición.

«Los niños bosquimanos San no juegan a ningún juego que tenga ganador o perdedor», escuché que contaba el periodista Xavier Aldekoa en un programa de radio. «Era muy curioso porque, por ejemplo, en el fútbol, nunca hay portería porque nadie gana, no entienden que se pueda ganar y perder».

Hay sociedades en las que el asesinato es inconcebible. Ni siquiera mostrada como ficción. Tras la Segunda Guerra Mundial, los marines norteamericanos mostraron a los isleños de Ifaluk, en el Pacífico, películas de Hollywood. Mucho más tarde, a la antropóloga Catherine A. Lutz le contaron que la violencia que vieron les causó tanto horror, que estuvieron días enfermos.

Para los batek de Malasia, su palabra «sakel» significa tanto golpear como matar, un concepto abominable para ellos. Y no es que vivan en un lugar inmutable y seguro. Su hogar, «Taman Negara», podría ser la selva más antigua del planeta, con una edad de unos 130 millones de años, y hogar de más de 300 especies animales (*The Headman Was a Woman: The Gender Egalitarian Batek of Malaysia*).

Un último ejemplo: los jainistas (doctrina de la India) son muy conscientes del poder y las consecuencias de nuestros actos, pensamientos y palabras, y lo trabajan permanentemente. El término «ahimsa» es el principio de no violencia hacia uno mismo, hacia los demás y también hacia la naturaleza. Aunque saben que la no violencia completa no es posible, intentan siempre minimizar cualquier daño o perjuicio.

Todas estas ideas o creencias nos parecen muy alejadas de nuestras costumbres. Y, aun así, también hemos sido capaces de crear

situaciones, instituciones sociales, que reúnen a personas anónimas en entornos colaborativos.

Un gran ejemplo es el dinero. Cooperamos a gran escala y con desconocidos de casi todo el planeta para compartir su valor y confiar en algo que, realmente, no tiene esencia.

Pero esto se puede extrapolar a cualquier incentivo para cooperar con muchas personas extrañas: las religiones, los países, incluso los clubs de fútbol… todo son construcciones sociales. Puede ser que alguien asegure que tenga a su país corriendo por sus venas, o que acudamos al estadio como una especie de devoción, pero no dejan de ser vínculos imaginarios.

«Si el dinero y la deuda son simplemente una colección de promesas que nos hacemos el uno al otro, ¿no podríamos hacer promesas diferentes fácilmente?» Fue la sugerencia del antropólogo David Graeber poco antes de su fallecimiento.

Y esto implica defender cada kilómetro cuadrado de suelo vivo, cada gota de agua; y también cada centro cultural de apoyo mutuo o cada centro de salud, cada hogar amenazado por desahucio, cada persona que migra y todo lo que aumenta las posibilidades de un buen vivir, una vida digna.

Tristes guerras, repetía el poeta Miguel Hernández, tristes guerras, si las armas no son palabras, y el amor la empresa.

Tengo recuerdos de mi infancia, delante del televisor, asombrada ante la imagen de un hombre con ropa militar y casco, acercándose con pasos desairados y encogidos a un teléfono negro, disculpándose por tener que hacer una llamada importante:

«¿Es el enemigo?

Perdone, ¿podrían ustedes parar la guerra un momento?»

Así empezaba el humorista Miguel Gila su monólogo más conocido. Con razón aseguraba que el humor es la maldad de los hombres dicha con la ingenuidad de niño. Con el poeta Miguel Hernández estuvo preso, y como el escritor George Orwell, él también fue soldado, y en sus memorias contaba que a él le fusilaron al anochecer y mal, un piquete de ejecución «con el estómago lleno de vino».

«Y, podría parar la guerra una hora o así, porque se nos ha «atrancao» el cañón… El sargento… que ha metido la cabeza dentro para pasar revista y no la puede sacar...» «Pues es verdad, a lo mejor disparando se desatranca, no se nos había ocurrido.»

«¿A qué hora piensan atacar mañana? ¿no puede ser por la tarde, después del fútbol?».

«Mis guerras son absurdas porque lo es la guerra en sí», explicaba Gila. Ese es el recuerdo de la infancia que debería siempre ser: las explosiones, de alegría y los ataques, de risa.

Capítulo 7

LA DESIGUALDAD Y LA ECONOMÍA DEL DON

«No, no, usted primero», se decía la gente mientras las Torres Gemelas de Nueva York ardían tras el atentado terrorista. Se daban paso unos a otros. «Adelante, por favor. Era algo irreal». Es el recuerdo que narraron algunas víctimas a la escritora Rebecca Solnit.

«La comunicación es el soporte más amplio de toda comunidad humana», escribió el sociólogo George Simmel. Por eso tenemos esa necesidad de hablar en el ascensor con extraños. Cuando los humanos nos encontramos con desconocidos en sitios cerrados y estrechos, tenemos una necesidad de establecer una relación. Ya sea con palabras o con miradas o gestos. Incluso en situaciones en las que nadie se imaginaría que estamos dispuestos siquiera a mirar más allá de nuestras narices, como cuando un avión se estampa en la torre donde te ubicas.

Todavía hoy, en las sociedades igualitarias, sin Estado ni poder coercitivo, es la comunicación la que constriñe al poder y su violencia. Las palabras tienen gran poder, las que persuaden.

«La gente debería pensar en sus palabras como si fuesen semillas; deberían plantarlas, y luego permitirles crecer en silencio. Nuestros ancianos nos enseñaron que la tierra siempre nos está hablando, pero que debemos guardar silencio para escucharla. Trato de ser de esa manera. A mis hijos les enseñé a ser así. ¿Oyes el sonido de la pradera? Es un gran sonido. Pero cuando estoy hablando no puedo escucharlo», le decía un hombre anciano lakota al escritor Kent Nerburn (*Ni lobo ni perro. Por senderos olvidados con un anciano indio*).

«Es la gente más locuaz que conozco» observó Lorna Marshall sobre los san !kung. El tema principal de su incansable conversación es la comida. Pero quizás el segundo tema más frecuente sean los regalos:

«Hombres y mujeres hablan de las personas a quienes han hecho o se proponen hacer regalos. Expresan satisfacción o rechazo por los obsequios que han recibido. Si alguien se demora de forma inesperada en devolver un regalo, la gente lo comenta. Los amigos de un hombre le excusaron porque su mujer, decían, se había apoderado de todas sus cosas y le había empobrecido, de manera que ahora él no tenía nada que regalar. A veces, en cambio, la gente era acusada de tener un "corazón distante" (tacañería) o de ser incapaz de manejar su vida, y nadie disculpaba estos defectos ni solicitaba paciencia a los demás».

Otra manera de constreñir el poder es la reciprocidad como norma común y espontánea, no como algo medido y provocado.

El antropólogo Dennis Sonkoi es miembro de los maasai y estudió el sistema de ayuda mutua de su cultura, que se llama «osotua». La palabra *osotua* significa *cordón umbilical* en su idioma. Explica que un amigo casual puede convertirse en osotua a través de un proceso de intercambio de regalos, y se oficializa con el intercambio de ganado, que es el bien más preciado de la tribu. Las personas también pueden heredar las relaciones osotua de su familia, algo que Sonkoi conoce personalmente. Desde que su padre falleció, ha mantenido sus conexiones osotua. A menudo recurre a esos ancianos en busca de consejo como si hablara con sus tíos.

«Siempre tengo la seguridad de que recibiré ayuda, esté donde esté, en cualquier rincón de la comunidad», dice Sonkoi.

Más ejemplos. En Fiji, las familias extensas en las aldeas practican el «kerekere», el acto de compartir recursos cuando se les solicita, sin esperar un reembolso a corto plazo.

En el árido y semiárido suroeste de los EE. UU., los rancheros se ofrecen como mano de obra gratuita en caso de que un compañero ranchero se esté recuperando de una enfermedad o lesión. Llaman a esta práctica «vecindad».

El término en China es «guanxi» (*relaciones*): una red de relaciones y contactos entre personas, que cooperan entre sí e intercambian favores, y que se consolida a través del respeto, la lealtad y la confiabilidad.

El «ayni» andino es un sistema de trabajo de reciprocidad familiar entre los miembros del ayllu o aillu (una comunidad que trabaja con propiedad colectiva). Como un banco del tiempo. Lo más común es intercambiar trabajos en labores agrícolas, pastoreo, cocina o en la construcción de casas. Por eso, la manera de expresar regularmente que alguien es pobre, es «waxcha» (o «waqcha», en quechua), que literalmente significa «huérfano, abandonado».

En África central, en la lengua de la etnia fang, emplean el mismo término «nkukuannem» (enfermo del corazón) para designar a un mendigo. Y es que siempre hay algún pariente que acoge a los que tienen dificultades económicas, y les ofrece cama y comida.

Entre el pueblo saharaui erguibat existía una especie de acto de caridad llamada «miniha». Un hombre llamado Ismail explicó a la antropóloga Sophie Caratini lo que significaba este sistema: «no hay pobres entre los erguibat. Si alguien no tiene nada, cada uno le da uno o más animales para que de nuevo tenga la posibilidad de salir adelante; no hay otra solución». También cuenta una anécdota que le ocurrió en el mismo libro *Hijos de las nubes*. Durante su trabajo de campo, descubrió que era muy común hacer regalos para establecer y reforzar relaciones sociales, pero jamás había que confundirlo con un intercambio, es decir, intentar responder inmediatamente con otro regalo. Y mucho menos confundir la caridad o el regalo con el comercio, que tiene sus propias reglas y su relación de fuerzas. Se dio cuenta cuando, ante su sorpresa, un amigo comerciante intentó venderle una tela al doble de su precio. Ella se sintió defraudada y mantuvo su enfado con él durante dos días. ¡Su amigo había intentado estafarle! Él justificaba su comportamiento:

—Si me la hubieras pedido, te habría dado la tela.

—Yo no quería que me la regalaras, yo quería comprártela, pero a su precio.

—¡Pero el comercio es así! O regalas o vendes, no hay término medio. Y cuando vendes, tienes que sacar el máximo beneficio.

—En mi país, cuando se vende algo a un amigo, no se infla el precio.

—Aquí no es igual. En el comercio no hay hermanos ni amigos. Aunque hubieras sido mi hermana, habría tratado de aumentar su precio. Y tú eres como mi hermana. Pídeme lo que quieras y te lo daré de corazón. Pero si quieres comprar, entonces es otra cosa, hay que cumplir las reglas.

Cuando te ofrecen ayuda en estos sistemas de reciprocidad, no debes mostrar que esperabas la generosidad del otro. La resistencia es una fórmula, resultaría de mala educación aceptar, sin haberte negado antes enérgicamente. Y lo que es peor, no debes mostrar que lo estás calculando.

Hay una anécdota muy explicativa del filósofo Lucién Lévy-Bruhl en su libro *Mentalidad primitiva* de 1922:

«Nlemwo (un nativo que acompañaba al misionero W. H. Bentley) nos cuenta que un día llegaron a un pueblo donde había una persona muy

enferma. El médico le dio un remedio a este hombre. En el camino de regreso, pasando nuevamente por este lugar, le preguntó a este paciente si estaba mejor. El hombre respondió que estaba bastante bien y le pidió al médico que le pagara por tomar su remedio».

Sí, no está mal escrito. El hombre anteriormente enfermo le pidió al médico que le pagara por tomar el remedio que le prescribió para curarse. En lugares como EE. UU., donde la sanidad está privatizada, deberían tomar ejemplo.

«Uno podría pensar que los misioneros estaban tratando con un bromista aquí; pero otros hechos similares no son infrecuentes», escribe el filósofo. Y pasa a narrar otro ejemplo en el que el paciente, disgustado ante la negativa del médico de no darle algún regalo, le espeta:

— ¡Cómo! ¡Cómo! Blancos, ¿no tenéis vergüenza? Tomé tu medicina, comí tu sopa, hice todo lo que me dijiste, ¡y ahora me niegas una bella ropa para usar! ¡No tienes vergüenza!

Y es que, para las comunidades de las economías humanas, lo central no es la transacción en sí, ni mucho menos los productos, sino las relaciones humanas. Los seres humanos ayudamos con mucha más frecuencia cuando tenemos una relación personal con la persona que solicita las donaciones. Por eso, la creación de alianzas, de redes sociales, es un auténtico seguro de vida. En estos ejemplos, regalarles algo o pagarles por haberles salvado la vida sería un insulto: una manera de decirles que, aunque les ha salvado la vida, no quieren saber nada de ellos. Una manera de zanjar la relación y quedar en paz (que para eso es el dinero, para quedar «en paz»), pero también de acabar con la relación, que en ese momento es crucial. Al fin y al cabo, no todos los días te salva la vida alguien, y mucho menos si no es de tu círculo cercano. «Es como si el hombre blanco, después de haberlo comprometido irremediablemente (…) lo abandonara», aclara. «Cuidándolo, dándole alojamiento, alimentándolo, hospitalizándolo o salvándolo, el hombre blanco ha asumido una carga. Asumió una responsabilidad, se comprometió».

En estos sistemas, no siempre obtienes algo a cambio. Existe la posibilidad de que obtengas algún tipo de beneficio, como resultado de tu acto de generosidad, pero en realida, es posible que no. Encontramos bastante satisfactorio emocionalmente tener lazos de amistad y de parentesco en los que ayudamos a otras personas. Es

satisfactorio, y también una buena estrategia.

Para los pueblos indígenas, el valor de algo aumentaba debido a las relaciones que creaba por su circulación, y la afrenta se producía cuando no existía esta reciprocidad y no volvían de nuevo a sus manos. Como un informante bosquimano dijo a Lorna Marshall: «Lo peor de todo es no hacer regalos. Si dos personas se desagradan mutuamente pero uno hace un obsequio al otro y este se ve obligado a aceptarlo, la paz reinará en ellos».

Por eso, no es cierto que el tener posesiones sea la razón principal por la que se crea la desigualdad. No, si las posesiones sirven para establecer buenas alianzas. Los !Kung San de Botswana, los aborígenes que viven en el interior de Australia, las comunidades en zonas remotas de la selva amazónica... En todas ellas, la sociabilidad es la mejor estrategia y la más sofisticada para la resolución de conflictos, y sobre todo, para prevenirlos. El bienestar de uno está vinculado al bienestar de todos, y al bienestar de la tierra. Acumular u ocultar alimentos, por ejemplo, se considera un comportamiento profundamente vergonzoso.

Porque el azar que te depara la vida viene también acompañada de la periódica escasez severa o la susceptibilidad a una gran cantidad de infecciones y enfermedades, desastres naturales... Por eso, mantienen un constante acoso y amenaza para forzar el intercambio, y las envidias y los celos dirigidos hacia aquellos que acumulan o no aceptan las normas comunitarias. Un anciano bosquimano le pidió una manta al antropólogo Richard Lee, y este le respondió que se la regalaba. El anciano respondió:

«Toda mi vida he estado dando, dando; hoy soy viejo y quiero algo para mí mismo».

Charles Darwin visitó Tierra del fuego en el año 1833, y escribió sobre los indios Yaghán:

«Son los hombres más desgraciados del mundo… [a causa] de la perfecta igualdad que reina entre ellos… En realidad, si se le da a uno de ellos una pieza de tela, la desgarra en pedazos y cada miembro del pueblo recibe su parte. Nadie puede ser más rico que su vecino… Parece imposible que el estado político de Tierra del Fuego pueda mejorar en tanto no surja un jefe, provisto de poder suficiente… Por otro lado, es difícil que surja un jefe mientras todos esos pueblos no adquieran la idea de propiedad, que les permitiría manifestar

superioridad y acrecentar el poder» (*Diario a borde del Beagle*, 1833).

Sí que había en estas comunidades propiedades exclusivas y privadas, más vitales y sagradas que las propiedades materiales. Eran las oraciones rituales, historias, conocimientos médicos, el derecho a realizar una determinada danza o tocar un determinado instrumento o melodía, a entablar ciertas alianzas o conocer cierto patrón en un tejido.

«En el mundo de los inuit, un hombre puede poseer una historia», cuenta el artista James Houston en *Memorias del Ártico*. Eran las historias personales. Contar la historia de otros suponía una suerte de violación, aunque se podía pedir permiso y tratar de negociar los «derechos de autor» ofreciendo algo a cambio.

La mayoría del tiempo de nuestra especie lo hemos pasado en pequeños grupos sociales como estos, pero con una amplia red social establecida en otros territorios de las que nos llegaban noticias y conocimientos. Y no eran sociedades cerradas y estáticas, sino dinámicas y fluidas, adaptadas al entorno y sus recursos. Esta era otra estrategia para constreñir el poder y la desigualdad.

El antropólogo Marcel Mauss observó que los inuit, y también muchas otras sociedades, «tienen dos estructuras sociales, una en verano y otra en invierno, y que en paralelo tienen dos sistemas de ley y religión». Podían ser autoritarias o, al contrario, igualitarias, de manera esporádica y funcionando sobre una base estrictamente estacional y temporal. O, dicho de otra manera, se permitía el surgimiento de estructuras autoritarias durante ciertas épocas del año, con la condición de que no fueran estables. Conscientes de las posibilidades y peligros del poder autoritario, también tuvieron cuidado de rotar: cualquiera que tuviera la soberanía un año, estaría sujeto a la autoridad de los demás en el siguiente.

Por ejemplo, los cazadores-recolectores indígenas de la costa noroeste de Canadá. En invierno, se presentaban los grandes banquetes conocidos como potlatch. Un potlatch consistía en regalar o destruir riquezas o artículos valiosos para demostrar la riqueza y el poder de un líder. Aunque también se negociaban recursos, matrimonios, herencias… Implicaban sobre todo el intercambio de objetos simbólicos cuyo objetivo era comprar la paz mediante la satisfacción de deudas morales. Y (por eso) siempre incluían música, baile, canto, narración de cuentos, juegos…

La bióloga potawatomi Robin Wall Kimmerer explica en su libro *Una trenza de hierba sagrada*: «la riqueza entre la gente tradicional se mide por tener suficiente para regalar», y añade que «la diferencia fundamental entre el regalo y el intercambio de mercancías es que un regalo establece un vínculo afectivo entre dos personas».

Sin embargo, en la temporada de pesca, estos grupos aristocráticos protagonistas de los potlatch pasaban a segundo plano, y toda la comunidad volvía a formar clanes más pequeños. Al igual que el ejemplo que contaba Mauss sobre los inuit, construían en una sola comunidad, diferentes sistemas sociales, políticos y económicos, con el fin de cubrir las necesidades humanas reales, acorde a la finitud de los recursos naturales en una época determinada. Eran actores políticos conscientes con pensamiento crítico, imaginación política y acción colectiva.

Los colonos no tardaron en considerar el potlatch totalmente improductivo y, por lo tanto, inútil. El misionero William Duncan escribió en 1875 que el potlatch era «con mucho el más formidable de todos los obstáculos en el camino para que los indios se hicieran cristianos, o incluso civilizados». Llegó a ser ilegal en Canadá, en 1884, y en la enmienda la describían como «una costumbre peor que inútil» y contraria a los valores civilizados de acumulación.

Adam Smith creía que nuestro deseo de intercambio o trueque de mercancías era propio de la naturaleza humana, la «consecuencia necesaria de las facultades de la razón y el lenguaje», o quizás de nuestra naturaleza materialista: «nadie ha visto jamás un perro realizar un intercambio honesto y deliberado de un hueso por otro con otro perro», escribió en *La riqueza de las naciones* en 1776. Y es que Smith era alguien que vivía en una bulliciosa ciudad portuaria llena de comerciantes y mercaderes de una industria manufacturera: la costa escocesa de Fife.

Nuestro sistema económico, el capitalismo (que tiene solo 500 años), no está diseñado para satisfacer las necesidades humanas; está diseñado para facilitar la extracción y la acumulación de capital. El capitalismo surgió sobre la base de la violencia organizada, el empobrecimiento masivo y la destrucción sistemática de las economías de subsistencia autosuficientes. Se trata de un esfuerzo sistemático de las élites para restringir el acceso de las personas a los bienes comunes y la subsistencia independiente, a fin de que dependan del trabajo asalariado para sobrevivir. Y se ha conseguido

gracias a la privatización de bienes comunes, el despojo forzoso, y la destrucción de economías de subsistencia.

Un claro ejemplo es la historia de las colonias en Nueva España (actualmente México). Se lamentaba el geógrafo Alexander von Humboldt de que en Nueva España no había industria de balleneros, y en cambio, en la costa este de EE. UU. era una industria muy pródiga. El esperma de ballena se cotizaba muy alto en los mercados. Pero los estadounidenses tenían el problema de que, para llegar al Pacífico, que era donde estaban los cachalotes, tenían que ir por el Cabo de Hornos o bien por el Cabo de Buena Esperanza. Un rodeo extremadamente largo. Pero los de Nueva España no tenían ese problema, ya que colindaba y podían salir directamente a la mar en busca de estos animales. Y, sin embargo, escribe Humboldt, «en esas tierras calientes», daba la impresión de que no había mucho interés por la industria ballenera. Y agregaba, además, que todo el mundo vivía conformándose con tener una hamaca y una guitarra. Eran tan negados al comercio, que intercambian la hamaca por otra cosa, aunque por la noche la volvieran a necesitar. Y para mayor desgracia, se quejaba Humboldt, la tierra les provee de muchos alimentos, especialmente plátanos, de grandes cualidades nutritivas y de fácil cultivo. Parecía una vida placentera, por lo que creía que era necesario infundirles el espíritu de sacrificio, el anhelo por el trabajo, a estos indios perezosos por naturaleza. La solución, quizás, radicaba en destruir las plataneras, y todas las existencias de condiciones más elementales para la vida de la población. La población debía ser expropiada, lógicamente con violencia, de sus condiciones de existencia. Producir un hambre artificial, una escasez de bienes esenciales como vivienda, atención médica, educación, movilidad, etc., para que surja la dependencia al sistema capitalista y a su mercado de la fuerza de trabajo.

En algunas colonias, tuvieron que reclutarles en el sistema monetario y tributario, de los que eran totalmente desconocedores, para inducirles a buscar salarios en esa moneda.

Un nativo norteamericano dene le dijo a Justice Thomas Berger:

«Los blancos siempre tienen el dinero en el banco. Yo no lo haría nunca. Todo lo que podría guardar aparte está en la naturaleza. Ella es mi banco» (*Northern Frontier, Northern Homeland: The Report of the Mackenzie Valley Pipeline Inquiry*).

Conchas cauríes, anillos de hierro, dientes de perro o ballena y otros objetos eran utilizados para sus intercambios. ¡Incluso cabezas de pájaros carpinteros! Pero no funcionaban igual que nuestro dinero, que hacía posible el canje de un objeto cualquiera por otro. Por ejemplo, en la Isla Salomón y sus vecinos, empleaban las conchas únicamente para dos fines esenciales: para procurar una mujer en matrimonio y para adquirir aliados en las batallas y pagar compensaciones por los muertos. Es decir, este tipo de «monedas sociales» estaban destinadas al cumplimiento de ciertas funciones sociales. Para crear, mantener y reorganizar relaciones sociales. Para convertir a las personas que las manejaban en adecuados seres sociales, dignos y decentes ante sus iguales. Por eso eran objetos que servían también de adornos: conchas cauríes como brazaletes, tocados de plumas (que desde luego no los utilizaban para las batallas), piedras preciosas como plata y oro... El objetivo era mantener la armonía social y «quedar en paz».

Al contrario: «Si Kim Kardashian camina por las calles de París con un collar de diamantes valorado en millones de dólares, no solo está mostrando su riqueza, también está haciendo alarde de su poder sobre la violencia, ya que todos asumen que no sería capaz de hacerlo sin la existencia, visible o no, de un destacamento de seguridad personal armado, capacitado para tratar con posibles ladrones», escriben David Graeber y David Wengrow en *The Dawn of Everything: A New History of Humanity*.

El capitalismo está organizado en torno a la expansión perpetua, y depende de ella, lo que significa una producción cada vez mayor de bienes mercantilizados. En el momento en el que no se expande, aparece una crisis. Para sostener este crecimiento ilimitado (recordemos: en un mundo limitado), el capital requiere una cantidad cada vez mayor de insumos (trabajo y naturaleza), y requiere también que se obtengan lo más rápido y barato posible. Lo consigue deprimiendo los salarios reales y atacando las protecciones laborales y ambientales siempre que sea posible. Es decir, desigualdad y ruptura ecológica.

«Trabajo no es más que un sinónimo de ser humano, y tierra no es más que un sinónimo de naturaleza. La ficción de la mercancía ha sometido el destino del hombre y de la naturaleza al juego de un autómata, impidiendo el surgimiento de instituciones basadas en relaciones de solidaridad, socavando de este modo los fundamentos antropológicos de la sociedad que se mueve por sus propias normas y

se rige por sus propias leyes», escribió Karl Polanyi en 1947 (*Nuestra obsoleta mentalidad de mercado*). Según Polanyi, el problema no está en los mercados en sí, sino en el poder que los mercados tienen sobre las sociedades humanas (sociedad de mercado, lo llaman). Y sobre cada ser humano de manera individual (recursos humanos, o capital humano).

Las decisiones en la esfera de la producción las toman abrumadoramente quienes controlan el capital: qué producir, con qué propósitos, en beneficio de quién y en qué condiciones, se toman generalmente en los estrechos intereses de la clase capitalista. Los trabajadores, las personas que realmente producen, rara vez tienen voz.

Bajo el capitalismo, la propiedad privada no se trata únicamente del derecho a tener «algo para mí», como soñaba el !kung, tener pertenencias propias, sino del derecho de las élites a cercar y apropiarse de bienes comunes: bosques, minerales del subsuelo, agua, la atmósfera, bienes públicos, incluso el conocimiento mismo. Incluso las historias.

No es cierto que cuanto más grande y densamente poblado sea un grupo social, y más complejo sea su sistema, más inevitable es la jerarquía en él. Los sistemas complejos no tienen que estar organizados de arriba hacia abajo, como nos lo demuestra el mismo mundo natural. La evidencia arqueológica aparece en el antes citado libro *The Dawn of everything*: las ciudades en muchas partes del mundo carecían con frecuencia de las características esperadas de jerarquía administrativa y gobierno autoritario. De hecho, no se trataba de grupos aislados, sino de extensas redes de sociedades, que abarcaban diversas ecologías, con personas, plantas, animales, drogas, objetos de valor, canciones e historias que se movían entre ellos de formas infinitamente intrincadas. Si bien las unidades individuales eran demográficamente pequeñas, especialmente en ciertas épocas del año, por lo general estaban organizadas en coaliciones o confederaciones que se extendían por vastos territorios, en una amplia red de relaciones.

Y tampoco lo es que la agricultura condujo inevitablemente a la desigualdad. En general, las sociedades no querían esclavizarse con estas tareas. «Por qué habríamos de sembrar, si ya hay tantos mongongos en el mundo?», le dijo un !kung al antropólogo Richard Lee, (del libro *What hunters do for a living, or, how to make out on*

scarce resources). Los frutos de los mongongos tienen un exterior carnoso y un núcleo muy nutritivo, y no era el único alimento accesible para esta comunidad. También se nutrían con bayas llamadas «!Gwa», y con melones «Tsama», que crecen bajo tierra y no solo les daban alimento, también les aportaba agua durante los períodos de sequía. En este caso, el señor Humboldt tendría mucho trabajo que hacer liquidando todos los mongongos y excavando en busca de melones.

La arqueología nos asegura que, en la mayoría de los casos, las concentraciones de riqueza más desiguales comenzaron a suceder milenios después del inicio de la agricultura.

En un artículo llamado *El origen del Estado: La productividad de la tierra o la apropiabilidad*, los investigadores Joram Mayshar, Omer Moav y Luigi Pascali demuestran que la alta productividad de la tierra no conduce por sí sola al desarrollo de estados tributarios y la jerarquía. Fue la adopción de cultivos de cereales. Los cereales se cosechan, almacenan, gravan y expropian de manera más accesible que los tubérculos o las raíces, lo que hace que sean más fáciles de apropiar como impuesto. Solo donde el clima y la geografía favorecían a los cereales, era probable que se desarrollara la jerarquía. Y así se hizo posible la apropiación de los cultivos, surgió una élite tributaria que dio lugar al Estado.

«La historia no registra estados de yuca, sago, ñame, taro, plátano, fruta de pan o batata», escribe el antropólogo James C. Scott en *Contra el grano: una historia profunda de los estados más antiguos*. Solo los granos son, en palabras de Scott, «visibles, divisibles, evaluables, almacenables, transportables y que se pueden racionar». El Estado dio lugar a la creación de sociedades complejas con jerarquías, división del trabajo, empleos especializados y formas de trabajo forzoso. Vivir cerca de los animales domesticados condujo a enfermedades que cruzaron la barrera de las especies, causando estragos en las comunidades densamente pobladas. Y también condujo a la guerra organizada y completa.

Scott recuerda que la gran mayoría de la gente no tuvo contacto con los estados hasta fines del siglo XV, la Edad Media de Europa. Sobrevivieron en una mezcla de agricultura y forrajeo, y también de la recolección y de la caza y pesca, y de cría de animales en estado semisalvajes. Conservaban una red alimentaria lo suficientemente amplia como para evitar estar esclavizados por el cultivo y que su vida

dependiera de él. Además, combinaban también diversos métodos de cultivo: de jardines y construcción de terrazas, de retiro de inundaciones en los márgenes de lagos o manantiales, de quema y poda, de agrosilvicultura... Sin olvidar la recolección de plantas silvestres no solo como alimento, sino también para medicinas, canastas o ropa: casi en todas partes, una actividad femenina. Todas estas rutinas de subsistencia eran elaboradas y muy complejas, pero impredecibles. Para el Estado, es difícil controlar y monitorear a un grupo que se niega a permanecer en un lugar, sin hacer compromisos a largo plazo, sin recursos fijos, o cultivando gran parte de sus alimentos de forma invisible bajo tierra (como los tubérculos).

Antes de depender completamente de la agricultura, era el ser humano el que se adaptaba a lo que la tierra le daba, y no al revés. Por ejemplo, como explica otro antropólogo llamado James Suzman, los cazadores recolectores Ju/'hoansi de Namibia se alimentaban de 125 especies diferentes de plantas comestibles, cada una de las cuales tenía su ciclo estacional y ocupaba un nicho ecológico específico. Cuando el clima no era favorable para un grupo de especies, lo era probablemente para otro, reduciendo considerablemente el riesgo de hambruna. Lo mismo ocurría con la caza. (Ver: *La riqueza sin abundancia: el mundo en desaparición de los bosquimanos*).

En cuanto al ganado, cuenta Suzman, las sociedades agrícolas de Europa, Oriente Medio y Sudeste Asiático no estaban tan obsesionadas como algunas sociedades africanas. Pero aun así no es coincidencia que la palabra «capital» proceda del latín «capitalis», que a su vez, procede de la protoindoeuropea «kaput», que significa «cabeza». O que la palabra «peso» proviene del término latino «pecu», que significa rebaño o ganado. En inglés, «fee» que se traduce como «tarifa» o «pago», se desarrolla a través de una antigua palabra protogermánica y gótica que designa al ganado «feoh». Pero en estas sociedades, explica Suzman, «el valor del ganado no residía en su carne o incluso en su leche. Lo hacía en el trabajo físico que llevaban a cabo cuando tiraban del arado y arrastraban otras cargas pesadas para la gente». Mediante el trabajo que desempeñaban. «Así pues, en este sentido, no eran tan diferentes de las máquinas de las que hoy dependemos».

Cuando dependes únicamente de un número limitado de plantas cultivables y de especies animales de ganado, cualquier sequía, plaga, enfermedad o guerra podía causar el caos. Además, someter, manipular y controlar a un entorno natural requiere de mucho más trabajo: arrastrar cubos de agua desde el río para regar sus cultivos,

plantas semillas a mayor profundidad, quitar «malas hierbas» (las que competían en los monocultivos), construir cercados para protegerlos de las reses, o incluso de los animales salvajes (alimañas)… Como los cocineros que usan fuego para transformar alimentos, de crudos a comestibles. O como los herreros, que usan nada más y nada menos que el fuego para convertir en herramientas el hierro… Los agricultores usaban su trabajo para transformar «terra nullis» (tierra de nadie) y tierra salvaje, en productiva.

Los cazadores-recolectores aceptaban las malas rachas estoicamente, y tampoco distinguían entre naturaleza y cultura, salvaje y domesticado. La tierra tenía el poder de darles o quitarles, y ellos debían persuadirle. Los agricultores siempre tenían en mente que, si trabajaban más, les podía ir mejor. En cierto sentido, ellos trabajaban o invertían para la tierra, y la tierra «les debía» una cosecha. Ellos tenían el poder, y la tierra estaba en deuda.

No obstante, las poblaciones agrícolas crecieron mucho más rápido según crecía también su miedo a perder todo lo invertido, y miedo a «perder el tiempo», trabajando duro. Surgió así el trabajo como vida, el crecimiento como virtud, creciendo la esperanza y la aspiración siempre con miras hacia un futuro. Y su corolario: que la riqueza individual refleja el mérito.

Los colonialistas se encargaron de describir a los potlatch de la costa noroeste como salvajes e inútiles, reuniones de jefes prendiendo fuego a grandes cantidades de riqueza para demostrar grandeza. «Sin embargo, si uno examina las fuentes, resulta que la mayoría de los potlatches kwakiutl eran asuntos redistributivos majestuosos, y nuestra imagen de destrucción en realidad se basa en un puñado de casos extremadamente inusuales realizados alrededor de 1900 en un momento en que la población kwakiutl estaba siendo devastada por la enfermedad y estaba experimentando un enorme auge económico», aclara el antropólogo David Graeber en un artículo sobre el consumo, llamado precisamente así, *Consumption*. Y en eso reside precisamente el consumismo en nuestras sociedades, de lo que depende totalmente nuestra economía. Sin el consumismo, nuestro sistema económico se hundiría. «Consumo» deriva del verbo latino «consumere», que significa «tomar entera y conjuntamente» y, por lo tanto, por extensión, «comer, devorar, desperdiciar, destruir o gastar». En los primeros usos de esta palabra, las connotaciones eran casi siempre negativas. En ese entonces, una «sociedad de consumo» significaría una sociedad de derrochadores y destructores.

El consumo, tal como lo entendemos hoy, no aparece en la literatura de economía política hasta fines del siglo XVIII, cuando autores como Adam Smith y David Ricardo comenzaron a usarlo como lo opuesto a «producción». Lo que no se produce en la industria, se destruye o consume en el hogar. Para seguir creciendo, no debe parar la producción, y para dar paso a esos nuevos productos, todas esas cosas viejas deben consumirse: eliminarse, destruirse o, al menos, descartarse como obsoletas o irrelevantes. Como un gran «potlatch», la cultura del consumo es efímera, fugaz, y las mercancías se producen para que no duren. Ni siquiera dura mucho el puesto de trabajo que las genera, ni el capital que las financia, ni las modas.

Es llamativo que, si cosechamos de un jardín un manojo de vegetales y los cocinamos para un amigo, ello no genera impacto alguno en el PIB. Aunque seleccionemos los mejores ingredientes, sin ser muy estrictos en las medidas, ni en los tiempos, ni en las cantidades. Aunque lo que verdaderamente importa es que salga bien y que se disfrute. Aunque el premio del esfuerzo sea el propio consumo, y la compañía.

Y en cambio, comprar esa comida en una tienda, sí genera impacto en el PIB, y se considera consumo.

También es llamativo que definan como «producción» a la extracción del petróleo, hierro o cobre. Aunque eso no sea así. Aunque son solo materias que simplemente existen y se extraen como una extirpación de muelas, y sin ningún miramiento sobre su dimensión regenerativa y cíclica natural.

Dado que las necesidades humanas son finitas, pero la codicia humana no lo es, el crecimiento económico se mantiene a través de la creación artificial de necesidades por medio de la publicidad. Los bienes que se crean artificialmente son esencialmente desechos, y también son desperdicios la energía y los materiales para crearlos.

«La sociedad puede verse así como un gigantesco motor de producción y destrucción en el que la única actividad humana significativa es fabricar cosas o participar en actos de destrucción ceremonial para dar paso a más», escribe Graeber. Esta es, además una visión que deja de lado a la mayoría, advierte. La desigualdad social no es simplemente un fallo del sistema, es algo necesario en este imperio del consumo.

La «exclusión social» es lo que va más allá de la pobreza, y se caracteriza por la ruptura de lazos o redes sociales y la ruptura de cohesión social. El «riesgo de exclusión social» o de «vulnerabilidad»

funciona como amenaza frente a aquellos que no aceptan el sistema socioeconómico vigente. Todo irá bien si emprendes, trabajas, consumes, para no ser excluido.

Como si la prosperidad fuese únicamente consecuencia del mérito, del esfuerzo y del talento individual. Con esta idea, disponer de oportunidades pasó a significar formación educativa, credenciales educativas, títulos, para competir en el mercado.

Pero los profesionales de la educación somos plenamente conscientes de la triquiñuela: así, parece que la desigualdad deja de ser parte del sistema, de sus políticas de poder, del monopolio y del capital financiero. O que nada tiene que ver con la clase social, familia, género, raza, ubicación geográfica y suerte. Todo pasa a ser fallo de las personas individuales y sus capacidades, que no han «trabajado duro». Además (nos dice la sociedad del rendimiento), la educación hay que sufrirla, como si fuera una extirpación de muelas. Es cierto, ya no se acepta eso de que «la letra, con sangre entra», y ya no se adoctrina a los alumnos. Las asignaturas son más diversas que nunca, y las terapias y los diagnósticos por TDAH (trastorno por déficit de atención e hiperactividad), también. Pero también es mayor la transmisión de la cantidad de información, y los valores en la competencia, en las que el currículum y el salario son las varas de medir del «éxito» en la vida de alguien.

Además, en un marco de desigualdad galopante, decir que cada uno es dueño de su destino erosiona toda solidaridad. Y no somos seres hechos a nosotros mismos, ni autosuficientes. Sí que somos *Homo faber*: «el ser humano que hace o fabrica», ser actores políticos conscientes.

De hecho, es algo que hacemos de manera rutinaria. Le pides a algún extraño que te indique el camino, y siempre te responde (a veces, después de que te indique por los miles de caminos por los que no es aconsejable ir). Sujetas la puerta a la persona que va detrás de ti. Le haces sitio a alguien bajo una marquesina cuando llueve, incluso le ofreces hueco bajo tu paraguas si vas en la misma dirección. Y partimos y distribuimos toda la comida de los niños con la precisión de un físico nuclear.

El *Homo economicus* no es algo natural. Solo tiene cinco siglos. El sistema capitalista ni siquiera funcionaría si no fuera porque estamos constantemente influenciados por los demás: lo que percibimos que

otros están haciendo o lo que pensamos que otros aprueban o desaprueban. La gran cantidad de redes sociales está sostenida bajo esta premisa, ganar afiliación o aprobación social. «Comparte tu estado con tus amigos», te dicen las plataformas de las redes sociales. Además, lo aportamos sin nada a cambio, aunque sepamos que ellos explotarán esos miles de millones de datos recogidos, para la publicidad dirigida. Por ejemplo, hace un tiempo, Burger King lanzó «Whopper Sacrifice»: si eliminabas diez amigos en Facebook, obtenías una hamburguesa gratis. Los amigos eran notificados de que fueron sacrificados por un Whopper.

«Hoy, todos somos microempresarios y el amigo debe ser rentable», escribió Byung-Chul Han.

Las cosas cambian cuando caminamos por las sendas de un monte y nos topamos con una cerca con un letrero: «no pasar, propiedad privada». A mí me pasó hace poco. Me sentí como si alguien impusiera cobrarnos por respirar aire fresco, por el silencio, o por contar un cuento tradicional. Hay multinacionales que compran reservas de agua y patentan genes. Hoy en día son sobre todo multinacionales quienes reclaman la propiedad de todo tipo de bienes comunes. Como Warner, que tuvo en su poder los derechos del *cumpleaños feliz*. Y, por extraño que suene, al parecer un hombre no indígena de la New Age intentó patentar la ceremonia de la casa de sudor de los indios norteamericanos, porque «los indios no la estaban realizando de manera correcta», denuncia la investigadora maorí Linda Tuhiwai Smith en *A descolonizar las metodologías*. Y añade: «nos indigna que Occidente extraiga y reclame propiedad sobre nuestros modos de saber, nuestro imaginario y nuestras creaciones y, al mismo tiempo, rechace a la gente que creó y desarrolló esas ideas».

No, esto no es economía. La economía no es una carrera frenética por el crecimiento perpetuo, y no debería estar regida por empresas que tienen como único fin maximizar los ingresos de sus accionistas por encima de toda otra consideración vital. Ni mucho menos es esa economía financiera donde se especula, como si fueran acciones, con alimentos de primera necesidad aun antes de cosecharlos, ajena a las consecuencias en el mundo real, a la moral.

La economía es el compromiso de unos con otros a través del intercambio de bienes y servicios. Podemos tener una economía democrática organizada en torno a la satisfacción de las necesidades humanas, donde la producción sea socialmente justa y ecológicamente

regenerativa.

«Vivimos en el capitalismo. Su poder parece inexorable. También lo parecía el derecho divino de los reyes. Todo poder humano puede resistir y cambiar por seres humanos. La resistencia y el cambio muchas veces empiezan con el arte, con el arte de las palabras».

Ursula K. Le Guin. (*Discurso en los National Book Awards*).

Capítulo 8

EL LADO OSCURO DE LA EMPATÍA

Hay un cuento infantil que dice así:

Un día, un mono paseaba por la ribera de un río. Estaba algo aburrido, y ese día decidió observar la naturaleza. De pronto, el mono vio un pequeño pez bajo el agua. De vez en cuando daba pequeños brincos, de modo que salía un segundo al exterior para volver a zambullirse en el agua.

El pequeño mono, que nunca antes había visto un animal como ese, pensó que el pobre pez se estaba ahogando.

–¡Oh, no! –pensó– ¡Pobrecillo! ¡Se ahoga! ¡Tendré que ayudarle!

Entonces el mono agarró al pez con sus dos manos. El pececito comenzó a agitarse con fuerza, y el monito pensó que era de alegría al verse a salvo. Poco después, el pez paró de agitarse y el monito, al ver que estaba muerto, pensó:
– ¡Qué pena no haber podido llegar antes!

Como el monito, somos seres empáticos, es un instinto humano anclado en nuestra naturaleza. Nos podemos meter en la piel de otra persona, aunque sea un extraño, e intuimos, experimentamos y compartimos sus sentimientos, o al menos un eco de estos. De esta manera, aprendemos de las experiencias de los demás. Y es que la cultura de los humanos, nuestra supervivencia, está basada en la acumulación de experiencias (y errores), nuestras y de los demás.

La fijación por la «empatía» tiene un origen en el arte. En la década de 1890, la endopatía era un concepto psicológico de vanguardia en Europa, y se llamaba «Einfühlung». Se refería a que nuestros cuerpos estaban preparados de manera fisiológica para imitar objetos inanimados, fenómenos meteorológicos, paisajes… Por eso, decían, nos deleitamos e incluso entramos en éxtasis con el arte. O por eso, nuestros pulmones se llenaban de aire en iglesias de altas bóvedas, o al llegar a la cima de la montaña, nos henchimos con aire puro y alzamos los brazos con orgullo.

Hoy en día, el concepto de la empatía tiene otro significado. Adam Smith la describía muy detalladamente en *La teoría de los sentimientos morales*: «cuando vemos a una persona a punto de dar un golpe en la pierna o en el brazo de otra persona, nos encogemos de forma instintiva, y retiramos nuestra propia pierna o nuestro propio brazo. Y cuando se produce el golpe, en cierta medida lo sentimos, y nos hiere

como a la víctima».

El término «empatía» no surgió hasta inicios del siglo XX. Hasta entonces, utilizaban la palabra «simpatía», que dio lugar al culto a la benevolencia (lo que ahora se llama filantropía).

La empatía es muy fuerte, es cierto, pero muy limitada. Es lo que sentimos por aquellos que están cerca de nosotros, por nuestra «tribu», pero no por cien personas, y mucho menos por más de siete mil millones de personas. Por eso, los captadores de socios te piden que apadrines a alguien, mostrándote su nombre y foto, antes de hablarte de tal o cual población caída en desgracia. Por eso, podemos sentir más empatía por aquellas personas que salen en la televisión en primer plano, llorando, con musiquita dramática de fondo, que por los niños inmigrantes que viven en nuestro propio barrio. Hay cifras que no nos dicen nada emocionalmente. Humanamente hablando, no podemos sentir en nuestras carnes una guerra, mucho menos podemos comprender los efectos de destrucción masiva del sistema económico mundial.

Es lógico. El cerebro es maravilloso, pero no da más de sí, sobre todo en este sistema mundo tan inusualmente complejo y con falta de tiempo. Para sobrevivir, nuestro cerebro tiende a tomar atajos mentales: va a lo que le hace sentir bien, trabaja más con lo que ha ocurrido recientemente, o las experiencias que han causado más emociones, que suelen originarse desde las personas más cercanas. Y cuando no sabe por dónde tirar, toma cualquier dato que esté «más a mano», sin sopesarlo demasiado. Que puede ser algo banal o un problema realmente serio. Por ejemplo, que la mayoría de los crímenes los comete un determinado grupo étnico, que es un dato que, por casualidad, recibió de soslayo desde el mismo canal donde mostraban a esas personas en primer plano llorando con musiquita de fondo.

Y sin embargo, cada vez se recurre más a la empatía. Empresarios, periodistas, políticos… todos apelan al cuidado y al «sacrificio de todos» en sus agendas políticas. Adam Smith utilizaba esta estrategia como parábola en su libro *La riqueza de las naciones* (1776). Uno de los cazadores nativos americanos descubre que los demás necesitan su talento para fabricar arcos y flechas, y empieza a hacerlos a cambio de carne de venado. Así que deja la caza para especializarse en este intercambio, sacrificándose por el bien común. Y así ocurre la «división del trabajo»: «Cada ser humano vive así gracias al

intercambio, o se transforma en alguna medida en un comerciante, y la sociedad misma llega a ser una verdadera sociedad mercantil».

Todavía recuerdo el mitin de un partido político contando la historia de unos niños de una «tribu africana» que se cogieron de las manos y corrieron juntos para ganar todos a la vez en una competición, alegando que nadie podía ser feliz si alguien estaba triste. Después, tras hacer recortes en sanidad y ámbitos reproductivos, volvieron a invocar de nuevo a la empatía. Esta vez para pedir el abandono de una huelga a un grupo de trabajadores del cuidado que protestaban por los recortes que sufrían las personas a las que cuidaban.

Y precisamente, cuidar y velar por los deseos y necesidades de las personas, acompañar, recoger y reconfortar, anticipar… son labores que representan una proporción mucho mayor del trabajo realizado por las personas de estos ámbitos, y de la clase obrera en general. Los ricos y poderosos se pueden permitir emplear a otras personas para no tener que prestar mucha atención a lo que piensan y sienten quienes les rodean. Y, además, no tienen que justificar sus actos ante nadie. Por lo tanto, tienden a tener menos conexión con los demás, se esfuerzan menos por ver las cosas desde la perspectiva de los otros, y a dirigir, monitorizar, censurar, controlar…

Para la clase obrera, sin embargo, el trabajo honrado, el que dignifica, es aquel que sirve para construir un mundo mejor para uno mismo y para los demás. Los trabajos con sentido y gratificantes son lo que te permiten contribuir al bien común. Como la manera de hacer algo por la sociedad. Aunque hagan creer que permiten el «lujo de poder trabajar», se trata del trabajo esencial, «creador de valor». Y son los mecanismos que llevan de la empatía los que llevan a la compasión, más constructivos, los que nos mueven a la acción: acompañar, cuidar, consolar, aconsejar, organizarnos, luchar y hacer huelgas.

«Lo que no hagas para ti, no lo hagas a nadie» no solo es una frase que nos repetían hasta la saciedad nuestros mayores en nuestra infancia. También es una frase de Confucio (que igual se lo decían a él también cuando era niño). «Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti» es su versión. Pero como demuestra el cuento infantil, esto puede resultar un poco peligroso. Es otro atajo mental, otro sesgo, y se le llama «anclaje egocéntrico»: somos nuestro propio punto de partida. Asumimos que los demás saben lo que sabemos, creen lo que creemos … y necesitan lo que necesitamos nosotros. Por eso, siempre que sea posible, es preferible tratar a los demás del modo en que a ellos les

gustaría ser tratados. O como lo resumió un dramaturgo irlandés, George Bernard: «no hagas por los demás lo que te gustaría que hicieran ellos por ti. Podría ser que tuvieran otro gusto.»

Y es que, como dice el refrán etíope: «el que quiera volar como un murciélago, primero debe aprender a ver en la oscuridad».

De Etiopía es precisamente otro cuento maravilloso con parecida moraleja (The lion´s whiskers de Russell Davis y Brent Ashabranner):

Cuatro hombres caminaban, de noche, por la carretera. Eran un grupo poco común: uno estaba completamente ciego, el otro era sordo, el tercero era lisiado y marchaba con muletas... y el cuarto, mísero, iba cubierto con andrajos, muerto de frío iba.

Mientras se acercaban a un bosque, escucharon un grito.

—¡Escuchen! —gritó el sordo, poniendo la oreja—. He oído un grito. Alguien pide ayuda.

—Sí —dijo el ciego, escudriñando la oscuridad—. Por ahí le veo.

—¡Corramos! —sugirió el lisiado—. Ayudémosle.

—No —dijo el hombre harapiento—. ¡Quizás sean ladrones y nos roben las vestiduras!

Y esto se puede ampliar a la cultura propia. El etnocentrismo es una actitud que consiste en considerar al grupo o cultura propia como punto de partida, incluso como superior, y es despreciativo respecto a otros grupos y culturas.

La forma más simple de etnocentrismo es que una persona asuma ingenuamente que las premisas culturales son las mismas en todas partes (especialmente, si formamos parte de la tradición histórico-política occidental).

Y aquí viene el gran debate. Los relativismos. Palabra maldita, especificamos que lo que hacemos es «caer en el relativismo», como si cayésemos a lo más bajo de nuestros instintos. Y, sin embargo, nuestra capacidad para llegar al relativismo cultural es el intelecto. El relativismo cultural (que nada tiene que ver con el relativismo moral) argumenta que los valores de una sociedad dependen del sistema cultural en el cual se originan. Lo que sí es universal es nuestra disposición moral (todos somos seres morales), pero no el contenido (los valores en sí). El antropólogo Angel Díaz de Rada (*Cultura,*

antropología y otras tonterías) lo explica así:

«Simplemente, dado el conocimiento antropológico acumulado tras décadas de investigación empírica, los antropólogos sostenemos que, de hecho, hay muchos órdenes morales diferentes, muchas formas diferentes de interpretar lo que ha de ser entendido como buena vida, lo que ha de ser entendido como deseable. Y nos gusten o no nos gusten esas formas de vida, el único modo de empezar a entenderlas es percibirlas como diferentes».

«Lo que nos separa no son nuestras diferencias, sino la resistencia a reconocer esas diferencias y enfrentarnos a las distorsiones que resultan de ignorarlas y malinterpretarlas», reflexionaba la activista Audre Lorde. «Cuando nos definimos, cuando yo me defino a mí misma, cuando defino el espacio en el que soy como tú y el espacio en el que no soy como tú, no estoy negando el contacto entre nosotras, ni te estoy excluyendo del contacto, estoy ampliando nuestro espacio de contacto» (Sister Outsider).

Es verdad que, genéticamente hablando, nuestra especie no es tan diversa. Homo sapiens muestra menos diversidad genética que la cepa bacteriana promedio. Figuramos entre los animales más cohesionados desde el punto de vista genético, aun siendo de los más extendidos de todo el planeta. Pero en nuestro comportamiento, la humanidad es tremendamente diversa. Hay tantas maneras diferentes de ser humano, tantas «tierras dentro de la tierra pequeña», como escribía Pablo Neruda, para «tocar tierra con el alma», y cada una y cada uno de nosotros tiene que definir y descubrir lo que significa ser humano. Y esa es una de nuestras características más humanas: esta incapacidad para definir la humanidad.

El antropólogo Clifford Geertz nos advertía en su libro *La interpretación de las culturas*: «Uno de los hechos más significativos sobre nosotros puede ser finalmente que todos comenzamos con el equipo natural para vivir mil tipos de vida, pero al final terminamos viviendo solo uno».

Somos ciudadanos con diferentes modos de vida, y es en los espacios comunes y públicos donde podemos aprender a negociar nuestras diferencias. Esa capacidad de argumentar, y aportar pruebas deducidas de manera racional, para negociar y llegar a un acuerdo. Es la democracia en su sentido más pleno: la creencia en que los humanos son fundamentalmente iguales para poder gestionar sus

asuntos colectivos, usando los medios que parezcan más propicios a todos. A lo largo de toda la vida de la especie humana, ha sido siempre muy habitual tomar decisiones conjuntas basadas en la consideración de que todos tenían igual derecho a hablar. Sin votaciones ni maneras de obligar a una minoría a lo que quiere la mayoría, que no dejan de ser la vía más rápida para conseguir odio, rencores, humillaciones y grietas profundas en una comunidad.

Los pueblos originarios lo saben bien. El universo no solo está hecho de átomos, sino de historias. Los mundos están permanentemente siendo hechos por los relatos que se cuentan de ellos. Por eso es tan importante no faltar a la verdad, ni prejuzgar, sino mantener siempre una actitud experimental: ¿qué implica para nuestro mundo este mundo que tú nos cuentas y del cual no sabíamos nada? ¿Cómo se van a relacionar nuestros mundos y con qué efectos?

El profesor cree de Canadá Papaschase Cree Dwayne Donald lo llama «relacionalidad ética»:

«Busca entender más profundamente cómo nuestras diferentes historias y experiencias nos posicionan en relación unos con otros. Los pone a la vanguardia: quién eres, de dónde vienes, cuáles son tus compromisos, cuáles han sido tus experiencias. Por lo tanto, es un deseo de reconocer y honrar la importancia de las relaciones que tenemos con los demás, cómo nuestras historias y experiencias nos posicionan en relación con los demás, y cómo nuestro futuro como personas en el mundo están unidos de manera similar. Es un imperativo ético ver que, a pesar de nuestras diversas culturas y sistemas de conocimiento basados en el lugar, vivimos juntos en el mundo y debemos pensar y actuar constantemente con referencia a esas relaciones» (*¿En qué términos podemos hablar? Conferencia en la Universidad de Lethbridg*).

No caemos tanto en los sesgos cuando nuestro cerebro, libre, tiene tiempo para comprender, ponderar la información y prestar atención. Así, y con apoyo de otros cerebros, despliega todos sus saberes.

Algo muy diferente es la credibilidad de los que se autoproclaman mesías del «sentido común», mientras que son totalmente acríticos sobre los sesgos de sus supuestamente neutrales y autoevidentes formas de hacer las cosas.

En 1911, el dakota Ohiyesa (Charles Eastman) escribió:

«Un misionero cierta vez se puso a instruir a unos indígenas en las verdades de su religión. Les contó acerca de la creación del mundo en seis días, y de la caída de nuestros primeros padres por causas de comer una manzana. Los indígenas, cortésmente, le escucharon atentamente, y después de agradecerle por su relato, uno de ellos le relató a su vez una historia muy antigua acerca del origen del maíz. Pero el misionero, disgustado, le respondió con indignación:

—¡Lo que yo les dije son verdades sagradas! Pero esto que tú me cuentas son puras fábulas y creencias falsas.

—Hermano —le respondió con gravedad el indígena, ofendido—, parece que tú no estás bien educado en las reglas de conducta civilizada. Tú viste que nosotros, quienes practicamos estas reglas, creímos tu historia. ¿Por qué entonces te niegas a creer las nuestras?» (The Soul of the Indian: An Interpretation).

Se trata de pararnos a escuchar y a averiguar las diferentes perspectivas de los demás, y saber lo que la mayoría de los miembros de nuestra comunidad quiere hacer. Los aborígenes ngan'gityemerri tienen una palabra para esta escucha, de tan esencial que es para su vida: «dadirri». La educadora y artista nativa Miriam-Rose Ungunmerr-Baumann explica que «dadirri» es «respirar con alguien, escuchar profundamente, es conectar». Es «el manantial interior profundo dentro de nosotros. Somos gente del río, no podemos apurar el río. Necesitamos movernos con la corriente y entender sus caminos». No son los únicos aborígenes que tienen una palabra para esto. «Kulini», «gan´na», «winangar guru», «caber-ra-Nunga»… todas son palabras que lo designan.

En hebreo, para pedir a alguien que preste atención, dicen «pon corazón».

«Em sents?», «¿me escuchas?», dicen en catalán. El verbo «sentir» también significa escuchar.

Los psicólogos llamaron «escucha activa» a la escucha reflexiva y respetuosa. Pero es algo que la gente ordinaria hacemos casi sin ser plenamente conscientes, en muchos momentos de nuestra vida. Una toma de decisiones por consenso, cara a cara.

James Clifford (*Writing cultures*) contaba el caso de un nativo Cree que, en un juicio en Montreal, cuando se le iba a tomar juramento, el hombre respondió que no sabía si iba a poder decir «toda la verdad»: él solo podía aportar lo que sabía. Es de suponer que, en ese momento,

nadie dudaba ya de la credibilidad de las que iban a ser sus palabras.

Conjeturamos sin parar sobre el estado mental del resto de las personas en relación con nuestro bienestar. Es algo que hacemos constantemente. Como hemos visto, está enraizado en nuestra naturaleza. Es imposible desactivarlo, y a veces resulta hasta agotador. ¿Cómo estará tu hijo? ¿Y tu compañero de trabajo? ¿Cuál es su intención? ¿Les vas a gustar? ¿Qué piensan de ti? Y el interés no es tan fuerte si se trata de alguien a quien no conoces.

Daniel Everett era un misionero lingüista con deseos de hablarles de su religión cristiana a los pirahã, en el Amazonas, en la ribera del río Maici. Pasó con ellos 25 años, y ahora se describe como ateo.

—¿Jesús es moreno como nosotros o es blanco como tú?
—No sé, no lo he visto
—¿Qué dijo tu padre? Porque tu padre seguro que lo vio.
—No, él nunca lo vio.
—Oh, ¿y tus amigos que lo vieron qué dicen?
—No, en realidad no conozco a nadie que lo haya visto.
—¿Entonces para qué nos hablas de él?

Como en el popular juego infantil del teléfono estropeado, los prejuicios negativos, los malentendidos, son capaces de hacerse enormes como una bola de nieve, una mala mirada, un comentario extraño…

Pero lo frecuente y común es lo contrario. Constantemente creamos situaciones en las que todos salen ganando. ¿Por egoísmo, por interés propio o por puro altruismo? Se cuenta que el filósofo Thomas Hobbes, autor de *Leviatán*, iba paseando un día con un amigo y se detuvo a darle limosna a un mendigo. El amigo no lo entendió, ¿no decía el propio Hobbes que el ser humano es egoísta por naturaleza? Hobbes le respondió que no era contradictorio, ya que dar limosna a ese extraño aliviaba su propio desasosiego.

Por interés propio o por puro altruismo orientado a los demás, poco importa. El caso es que nos hace sentir bien hacer el bien porque, en realidad, somos conscientes de que sin los demás no somos humanos plenos. El altruismo es propio de las sociedades humanas, caracterizadas por una división del trabajo y una amplia versatilidad cooperativa de los grupos humanos, que nada tiene que ver con los lazos sanguíneos. Lo llamamos amistad. Esto es una anomalía en el

reino animal, salvo en primates: babuinos, chimpancés… o los murciélagos vampiros. Sí, los vampiros son muy selectivos con sus redes sociales, porque tener buenas amistades es sinónimo de garantía para sobrevivir. Y es que lo comparten todo.

En nuestras sociedades ocurre parecido, el intercambio continuo cohesiona las sociedades. En inglés, existe el nombre de una emoción que define esa satisfacción íntima al ayudar a alguien: «warm glow» (*resplandor cálido*).

En Senegal hay un proverbio: «mientras se pelean las ramas de los árboles, sus raíces se abrazan». El viento de las ideologías, de las situaciones, de la moda intelectual… hace que las ramas dancen o se peleen. Pero el fundamento de la vida humana está en las raíces del árbol, que se abrazan.

«Discutir», del latín «discutere»; derivado de «quatere»: sacudir. Palabra que utilizaban los antiguos romanos cuando sacudían plantas para ver si las raíces eran sólidas.

Cuando discutimos, debemos sacudir las palabras para ver si tienen raíces, si el argumento es sólido.

«Una rama de la que crecen muchas hojas» es lo que significa en idioma hawaiano «halau», lo mismo que la palabra para escuela, academia o grupo.

Capítulo 9

CAPITALISMO AFECTIVO Y LA RESILIENCIA DE UN ÁRBOL

No hay nada más resiliente que un árbol (bueno, quizás el tardígrado, microorganismo experto en el arte de sobrevivir a la curiosidad humana sobre su capacidad de sobrevivir en condiciones difíciles. Lo mismo a más de 100 ºC que en una explosión nuclear o en el espacio. Pero esa ya es otra historia).

La palabra *resiliencia* procede del latín, del verbo «resilio», que se traduce como «saltar hacia atrás, rebotar». En física, se utiliza para hablar de los materiales que pueden resistir un impacto y volver a su forma original. Un muelle, o una goma elástica, por ejemplo. En psicología, se maneja con relación a las habilidades del ser humano ante situaciones complicadas o choques emocionales.

En japonés, ganbaru/gambaru (頑張る) (lit. «mantenerse firme»). O en finlandés «sisu»: tener fuerza interior, coraje, resistencia, tenacidad y capacidad de recuperación. Etimológicamente, proviene de una raíz finlandesa que significa «interior» o «dentro».

«El árbol retorcido vive su vida, mientras que el árbol derecho termina convertido en tablas» recuerda un proverbio chino.

«El árbol que se dobla al viento, no lo romperá», dicen en Tanzania.

«No hay árbol que el viento no haya sacudido», afirma un proverbio hindú.

Los bosques antiguos o primarios, además de albergar un ecosistema de alta diversidad, absorben un 70 % más de carbono que los árboles talados y replantados. Para cuando una sola haya alcance los 150 años, habrá absorbido nueve toneladas de CO2. En conjunto, los bosques del mundo y sus suelos almacenan en torno a un 90 % del carbono terrestre del planeta.

Y hay más. Los árboles longevos ya han sufrido cambios climáticos durante su extensa vida, y en su ADN tienen el libro de instrucciones para afrontar lo que venga. Un árbol es «en el espacio […] un misterio del tiempo», escribía Paul Valéry. Los árboles más antiguos de la Tierra han estado en pie casi cinco milenios. Milenios de variaciones climáticas, plagas de insectos, violentas borrascas, ataques de herbívoros y otras experiencias que siguen codificadas en las semillas y en los anillos de los troncos, una información que pasa de árbol a árbol por medio de redes fúngicas subterráneas.

«Los círculos de los troncos de los árboles cortados muestran el número de sus años y si han sido más húmedos o más secos, según sea su grosor mayor o menor», escribía acertadamente Leonardo Da Vinci en *Tratado de la pintura*, su único texto en circulación antes del siglo XIX.

En otoño, cuando los días se van acortando y hay cambios bruscos de temperatura, el árbol deja de producir clorofila, y es entonces cuando asoman, visibles, los azúcares y otros pigmentos, esos colores otoñales. Además, cierra la circulación de nutrientes a las hojas, que terminan cayendo. Son los crujidos bajo tus pies cuando paseas. Pero en la primavera siguiente, cuando se abren las yemas, el árbol tiene de nuevo todos sus genes activos, tan numerosos como cuando era más joven. Además, pueden crecer nuevos brotes de troncos que parecen muertos, compuestos únicamente del 10 % de biomasa viva.

Y la existencia de muchos seres vivos dependen de esta característica de los árboles. El conocido en Japón como roble Konara cuenta al menos con ochenta y cinco especies de mariposas que dependen de él como alimento. La llamativa mariposa conocida como emperador japonés necesita la savia de los robles jóvenes, los cuales mantienen su juventud gracias a la práctica campesina del recepado, o poda baja, es decir, corta de las plantas o árboles por la base, con el propósito de que rebroten nuevos árboles a partir de sus tocones. Y esa poda la realizan los seres humanos. Si dicha práctica se abandona, los robles envejecen y el número de mariposas desciende.

«Jamás es una palabra demasiado larga hasta para mí. Mientras perduren vuestros reinos, querrás decir; y mucho tendrán que perdurar por cierto para que les parezcan largos a los Ents», decía el Árbol Ent en la novela *El señor de los anillos* de Tolkien.

Pero nosotros no somos árboles. Nosotros no podemos vivir con la eterna primavera.

«Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,

ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros.

Lo dicen, pero no es cierto,

pues siempre cuando yo paso, de mí murmuran y exclaman:

Ahí va la loca soñando con la eterna primavera de la vida y de los

campos».

La poeta de estas líneas, Rosalía de Castro, veía que sus cabellos se llenaban de canas, al igual que aparecía la escarcha en el prado. No le importaba, seguía caminando, soñando, pobre, incurable sonámbula, con la eterna primavera de la vida. «Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños» suplicaba la poeta. «Sin ellos, ¿cómo admiraros, ni cómo vivir sin ellos?».

Y soñar es algo que se nos da muy bien a los seres humanos. Soñar, melancólicos, la nostalgia de los días pasados, más cálidos y vigorosos, e imaginar un futuro complaciente. Y es que las regiones cerebrales que buscan coherencia en nuestros recuerdos son las mismas que nos ayudan a idear nuestro futuro.

Y mientras, nos adaptamos, surfeamos felices en un precario equilibrio, soñando con salir a flote en las olas del cambio permanente, que es en lo que se ha convertido nuestro tiempo. Salir airosos y alzarnos en el éxito.

Las emociones en sí mismas son motores de cambio político, y la creatividad, por ejemplo, es un proceso crítico y cuestionador. Pero cuando se somete a lo que llaman «inteligencia emocional» para la producción y la competitividad, se trata de la naturalización de la precariedad y el darwinismo social.

Resiliencia, flexibilidad, sinergia, coaching, innovación, mindfulness, creatividad… salir de tu zona de confort. De todas estas palabras se llenan los discursos que nos animan a ser emprendedores y nos exigen ser empleables (capital humano).

Flexibilidad, adaptabilidad, capacidad para reinventarse… nos exigen, para tener disponibilidad permanente. Las galerías de arte en Nueva York tienen como norma incuestionable que el timbre del teléfono de la recepción no puede sonar más de dos veces y que los correos electrónicos deben ser contestados en menos de doce horas. El trabajador debe tener siempre disponibilidad completa, ser flexible y dinámico, dicen.

Pero también ser flexible para el cambio de empleo continuo y con condiciones de trabajo cada vez más inestables y menos reguladas. Porque el trabajo ha dejado de ser un bien social protegido a ser una mercancía como otra cualquiera, con su precio fluctuando en el mercado.

Creatividad, nos demandan, palabra que no aparece en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española hasta 1984 y se define como: «facultad de crear». Aunque el término anglosajón «creativity» empezó a ser utilizado en 1950 en la psicología para referirse al conjunto de habilidades para resolver problemas. Actualmente, son las estrategias empresariales las que ponen en alza la creatividad, de manera proporcional a los beneficios que puede promover. Para innovar, otra palabra en alza. Innovar, ¿con qué fin? Para nuevas maneras de extraer y acumular más capital.

«Yo creo que la imaginación es la herramienta singular más útil que posee la humanidad. Deja atrás al pulgar oponible. Puedo imaginar la vida sin mis pulgares, pero no sin mi imaginación», escribe la escritora de ciencia ficción Ursula K. Leguin (*Contar es escuchar*). Y continúa: «Oigo voces que coinciden conmigo: Sí, sí —exclaman—, ¡la imaginación creativa es una enorme ventaja en los negocios! ¡Valoramos la *creatividad*, la recompensamos! En el mercado, la palabra creatividad ha pasado a designar la generación de ideas aplicables a determinadas estrategias prácticas con el fin de obtener mayores beneficios. Esta reducción semántica ha durado tanto tiempo que la palabra *creativo* apenas podría degradarse más».

Y se degradó aún más.

Empoderamiento, iniciativa, riesgo… Se trata de la autoestima como un fin en sí misma, que debe ser inflada artificialmente mediante refuerzos positivos. Debemos esforzarnos por formarnos y reciclarnos, crear empresas propias o autoemplearnos sorteando todas las trabas, sin tener en cuenta siquiera las habilidades de cada uno. Ser empresarios de nosotros mismos, que «las cosas salgan»: optimizar la acumulación capitalista, producir más, maximizar el beneficio. Y aquellas personas que no lo logran, tienen un problema: demasiado tímido, demasiado introspectivo, no da la talla… murmuran. La mejor manera de maquillar la angustia que genera esta inestabilidad, precariedad y descontrol laboral y vital.

¿No conoces el síndrome de la rana hervida? Esa que cuenta que, si echamos una rana en una olla con agua caliente, esta salta inmediatamente hacia fuera y consigue escapar. En cambio, si ponemos una olla con agua a temperatura ambiente, y dejamos ahí a la pobre rana, esta se queda tan plácidamente, tan, tan, tan plácidamente, que si empezamos a calentar el agua poco a poco, la rana no reacciona. Muere hervida.

No es cierto. A medida que la temperatura del agua aumente, la rana querrá escapar. Si no tiene salida, comenzará a mostrar signos de estrés por calor, espasmos musculares, rigidez… y luego la muerte.

Si no tiene salida...

Todavía nos quedará la resiliencia: ser capaces de sacar rentabilidad a todos los proyectos laborales y vitales. Y tener «carisma», el gurú o superviviente «hecho a sí mismo», sin ataduras a los demás ni a la tierra.

Otra historia ronda por las redes sociales:

«Cuando llueve

Unos se mojan

Otros se enfadan

Otros venden paraguas.

Ante cualquier cosa mala que te suceda, puedes aceptarlo (mojarte), quejarte pero no hacer nada para evitarlo (enfadarte) o aprovechar e intentar sacar partido a la situación (vender paraguas)».

Es decir, que ante algo malo que te suceda, no lo cuestiones: será como cuestionar a la lluvia. Solo preocúpate de sacar beneficios, incluso a costa de los demás. Ni se te ocurra compartir paraguas, ¿no te acuerdas que las gotas que se cuelan en la nuca son muy molestas?

«¡Piensa en positivo! Da rienda suelta a la creatividad y al pensamiento intuitivo, a escuchar los dictados de tu corazón». El éxito laboral y vital ya no determina la felicidad de una persona. Al contrario: la felicidad misma es la clave para tener éxito, y hay que perseguirla como se persigue a una mariposa (prueba a perseguir a una mariposa, desconozco si acabarás feliz, pero sí extenuado).

Esta idea tiene un origen: a finales de la Primera Guerra Mundial, apareció un nuevo tipo de especialista, el psicólogo industrial. Este profesional era el encargado de prevenir disturbios en el mundo laboral, y de fomentar un sentido de pertenencia. «Aquí y ahora agradecemos, y prometemos lealtad sincera, a la empresa, que es la mejor de todas», decía la canción de empresa de IBM en la década de 1930. Ellos fueron los que impusieron la idea de que la actitud positiva era más importantes que las condiciones laborales. «Piensa y

actúa con alegría, y siempre estarás alegre», recomendaba el empresario Dale Carnegie en 1948, en un libro donde también se aconsejaba a los vendedores que se mostraran «vivarachos».

Y esto continúa hoy. La empresa Canon en China colocó un «smile recognition» (reconocedor de sonrisa) que solo permitía la entrada y la reserva de sus salas a los empleados que entraran con una curvatura feliz en sus labios, no importaba si se sentían o no realizados. «Así que ahora las empresas no solo están manipulando nuestro tiempo, sino también nuestras emociones», dijo un usuario en Weibo. Ellos lo llaman «trabajo emocional»: el manejo de sentimientos en el trabajo con el fin de crear una demostración facial y corporal que produzca el estado mental adecuado en los demás. Los antropólogos lo llamamos «magia simpática», basada en la idea de que lo semejante atrae a lo semejante. Por ejemplo, un objeto fetiche o talismán puede atraer lo que se desea. Por ejemplo, una idea mental o la imagen del universo conspirando para conseguir lo que uno anhela.

Hay un problema: la «vida feliz» que nos proponen no consiste en el bien colectivo, sino en perseguir de manera autónoma e individual los objetivos que uno se fije para sí mismo. Todos son proyectos personales en el trabajo, o competencias personales en la educación, afinidades personales con tu pareja, planes de ocio personales, hábitos personales en la salud... La confianza en uno mismo, dicen los gurús de la autoayuda, es la clave para para que se te abran todas las puertas. La confianza en una/o misma/o (también lo llaman «empoderamiento») mal usado, como un sustituto razonable de la competencia. Nada que ver con la palabra ruandesa que representa el valor, la autoestima y la dignidad de una persona: «agaciro», que es el núcleo de una invitación a la cocreación, la autodeterminación, la negociación e incluso la subversión.

En el libro *De la neurona a la felicidad* de la Fundación Botín (Banco Santander), nos cuentan una peculiar historia sobre cómo sobreponerse a las dificultades y sacar rendimiento de ello de manera positiva: «Josephine Cochrane sentía tal frustración cuando su empleada del hogar, al lavar los platos, rompía alguna de las valiosas piezas de su vajilla de porcelana, que decidió que si nadie inventaba un lavavajillas, lo haría ella. De este modo, lo que hizo en realidad fue transformar su frustración, hasta que finalmente ideó el primer lavavajillas viable. A otras personas, la frustración no les servirá como fuente de inspiración a la hora de identificar problemas importantes, sino que les generará enfado».

La heroína en esta historia es la rica señora Cochrane y su frustración con su torpe empleada del hogar, cuyas emociones en esta historia carecen totalmente de importancia. Los bancos, las grandes corporaciones e instituciones hacen cada vez más uso del concepto de la ilusión y la creatividad y nos instan a utilizarlas para salir del atolladero socioeconómico que ellos mismos han creado.

Poco espacio queda para la crítica, la disconformidad y la protesta, si cada persona solo se preocupa de convertir la adversidad en oportunidad y en beneficios personales. Y mucho menos espacio para la imaginación. Imaginar mejoras sociales y luchar de manera colectiva para conseguirlos. Aunque siempre nos urge el impulso de entregarnos a algo más grande, de pertenecer a algo más amplio y trascender el yo. Los más grandes propagandistas y publicistas lo saben, y hasta los bancos hablan de revolución, como el mismo banco antes citado, que asegura: «revolución es pagar una cuota mensual más baja».

«No sabes que están hablando de una revolución. Suena como un susurro», cantaba la doctora en antropología Tracy Chapman. Y en una entrevista, especificaba: «Siempre tuve un sentido de las condiciones sociopolíticas. Creo que tenía que ver con el hecho de que mi madre siempre discutía cosas con mi hermana y conmigo, también porque leía mucho. Muchas personas en situaciones similares simplemente tienen la sensación de que son pobres o están privadas de sus derechos, pero realmente no piensan en qué creó la situación o qué factores no les permiten controlar sus vidas» (*Tracy Chapman: On Her Own Terms* en *Rolling Stone*, 1988).

Luchar por reivindicar mejoras laborales o educativas, en la regularización de los movimientos migratorios, en la cobertura sanitaria universal, mejoras en las pensiones… Nos dicen que son luchas inocuas, porque no hay problemas estructurales. Para los poderosos, es más fácil prosperar en el entorno que oculta el juicio. Como reza el proverbio igbo: «el murciélago conocía su fealdad y eligió volar de noche».

Es más, las personas disconformes son tóxicas, y obstáculos para llegar a la meta del éxito personal. «Tóxicos», en su origen, eran los activos financieros que lastran las inversiones de muy baja calidad que, según se detectan, salta la alarma y el resto huyen de ellos como de la peste, con tanta celeridad como la que tienen sus propietarios para deshacerse de ellos. El concepto de tóxico ha saltado de las finanzas a

las relaciones sociales, especialmente al mundo laboral. Las personas tóxicas desprenden un aura de malestar e incomodidad para el resto. Como si solo actuaran movidos por su mezquindad, pero nada se dice de las prácticas corporativas que los alienaron, ni de esa quemazón que nos surge cuando a los trabajadores nos piden que nos impliquemos emocionalmente pero que a la vez entendamos que somos prescindibles.

Si no sabes adaptarte en estos vaivenes constantes, al ritmo frenético de las innovaciones tecnológicas y la competencia feroz, es tu responsabilidad. Los más rezagados, los que son incapaces de autorrealizarse al extremo, tienen los discursos emotivos y místicos y las terapias como solución.

«La afirmación de que una vida no autorrealizada necesita terapia es como decir que alguien que no utiliza al máximo el potencial de sus músculos está enfermo», afirma Eva Illouz, socióloga (*La salvación del alma moderna*). Y apostilla: «con la diferencia de que en el discurso psicológico ni siquiera está claro qué significa un músculo fuerte».

Este tipo de resiliencia como aspiración ha llegado a tal punto que define a las comunidades expuestas y vulnerables ya no como víctimas, sino como héroes, como ocurrió en la pandemia del Covid-19 con los profesionales sanitarios y del cuidado. Héroes que deben resistir, para hacer el trabajo duro y sucio de la supervivencia. De los que trabajan constantemente, y sin compensación, y además funcionan como parachoques cuando ocurren impactos, crisis, para que los poderosos no tengan que preocuparse demasiado. Y no, la palabra china para crisis: 危机, wēijī, no es la unión de riesgo y oportunidad, que es lo que difunden muchas charlas motivacionales.

Los coachers serán los que te ayudarán a administrar tu tiempo, y en última instancia, tu vida. Es un entrenador personal. «Este fenómeno surgió en la década de 1980» explica Barbara Ehrenreich, bióloga y doctora en inmunología celular, en su libro *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*. Y cuenta que todo empezó «cuando las grandes empresas empezaron a contratar los servicios de entrenadores deportivos de verdad para dar charlas en sus convenciones. Eran muchos los comerciales o gerentes que habían practicado un deporte de jóvenes, y de ahí que resultaran muy sensibles a un ponente que les recordaba sus mejores momentos en la cancha. (...) Y de pronto el tipo de individuos que hasta ese momento se consideraban a sí mismos "asesores" empezaron a llamarse "entrenadores", y a hacer negocio

inculcándoles a personas normales, a ejecutivos sobre todo, una actitud positiva o ganadora, visualizando la victoria, o al menos el buen resultado, antes de jugar el partido».

La búsqueda de la satisfacción personal, caiga quien caiga, vocifera: «si algo te hace sentir bien, ¡hazlo!». Es la base del consumismo: quiero ese producto y lo quiero ya. Como aquel bebé que señala un objeto para que vuelva a él. Los lemas son claros: «Just do it!» (¡*Hazlo*!), «¡Ganemos!», «porque tú lo vales»…

Libertad, autenticidad, autonomía, polivalencia, sinergia… Son virtudes que resuenan en la boca de muchos «influencers», aquellos que tienen presencia e influencia en redes sociales. Auténticos ejemplos de cómo cultivar la marca personal con el fin de vender su propia imagen a millones de personas. El principal producto que venden es él o ella misma, su opinión, su persona, su carisma, y la mayoría van asociados a la publicidad de unas marcas acordes con ellos. La publicidad que te sugiere que «tú lo vales» y te desafía a que «seas tú mismo», lo que te pide es que encajes tu identidad en unos algoritmos coherentes, patrones reconocibles y estables para que puedan armar una publicidad más personalizada y poder captar así la poca atención que nos queda en nuestra ajetreada vida. Te venden un imaginario asociado a una marca, o mejor dicho, una fantasía. También acaba con todas tus frustraciones. En la publicidad, el animismo está aceptado: el perfume es esa amiga que te ayuda a encontrar pareja, y el coche te acompaña en tus momentos de soledad. Prometen que hay mucho donde elegir, pero no es cierto, la diversidad no gusta al mercado. Un ejemplo: tras los ataques del 11 de septiembre de 2001 en las Torres Gemelas, en quince días se sustituyó el tema ecuestre de las tiendas Zara de Estados Unidos por ropa negra adecuada para el luto colectivo. La producción en serie impone unas pautas de consumo que nada tienen que ver con la autenticidad. Es más importante la verosimilitud que la verdad.

Nos azuzan, además, a que seamos fluidos, que estemos descorporeizados (mientras las corporaciones son empresas corporeizadas). Que seamos asesores empresariales o «coaches» de nosotros mismos, leales a nuestros deseos y avatares, desprendiéndonos de todo vínculo, límite y responsabilidad, sin rendir cuentas a nadie, y compitiendo. Accionistas de nuestra propia fuerza de trabajo, donde ofrecerte para que el resto quiera captar tu valor. Tanto es así, que «valores» y «acciones» ya casi nada tiene que ver con lo humano. Llamamos «crisis de valores» a las que ocurren en la Bolsa,

y las «buenas acciones» son las acciones que cotizan bien.

Los políticos también aparecen dentro de un reality show para captar tu atención. No deliberan: distraen. No reflexionan: tienen reflejos, prometen eficacia y velocidad. Y nos cuentan historias de superación. «Cuando se quiere, se puede», exclaman, recurriendo a la retórica de la ruptura y del cambio. Cuanto más desarmados están, más deben mostrar su voluntarismo.

Sí, no solo se apropiaron de la creatividad: también se apropiaron de la imaginación.

«Por si no te has dado cuenta, hay una guerra en curso. El campo de batalla es la imaginación humana», escribió la periodista Laurie Penny en su libro *Bitch doctrine*. Se trata de perder la libertad de imaginar otras formas de existencia social que, de hecho, ya se ejerció, y mucho, durante la mayor parte de la historia humana.

Edgar Cabanas y Eva Illouz, en *Happycracia*, apostillan que «la cuestión, sin embargo, no es simplemente aceptar que ya vivimos en el mejor de los mundos posibles, la cuestión es pensar SI VIVIMOS en el mejor de los mundos IMAGINABLES». «Cuestionar el orden de las cosas, desnaturalizar lo que se da por sentado y explorar los procesos, los significados y las prácticas que moldean nuestras identidades y comportamiento cotidiano son tareas fundamentales de la crítica social. Imaginar formas alternativas y más liberadoras de vivir, produciendo análisis críticos y constructivos».

Y escribe la antropóloga Yayo Herrero (*Ausencias y extravíos*): «Un futuro sin memoria, sin imaginación y sin comunidad, impulsa posiciones nihilistas —para lo que queda en el convento, me cago dentro—, atrincheradas —me ocupo de lo mío y de los míos y me defiendo del resto—, o de escapada —tranquilo que algo se inventará —». Ella aboga por responsabilizarnos (que no sacrificarnos), por imaginar (que no fantasear), por recordar (que no pretender volver al pasado).

«Emoción» tiene su origen en la palabra latina «movere» y «emovere», moverse, agitar, perturbar. Nuestro planeta y todo lo que contiene, y el universo, es un lugar de movimiento, fuerzas de creación y destrucción. La desmotivación (des-emoción) por creernos al margen de la naturaleza, provocaron nuestro borrado de memoria biocultural que ahora necesitamos recordar y reinventar.

Un carpintero llamado Piedra viajó a Ch'i. Al llegar a Ch'u-yuan, vio un gran castaño que la aldea usaba como templo. Era tan enorme que su sombra podía cobijar a miles de bueyes, su tronco medía cien palmos de ancho, era alto como una montaña y sus ramas más bajas estaban a unos veinticinco metros del suelo. Más de una docena de ellas eran tan grandes que podían haberse vaciado para construir botes. Los visitantes se apiñaban a su alrededor como si fuera la plaza del mercado. Piedra, el carpintero, apenas lo miró y continuó su camino sin dignarse siquiera a volver la cabeza. Pero sus aprendices no pudieron evitar quedar boquiabiertos ante él y tuvieron después que correr para alcanzar a su maestro. Uno de ellos le dijo:

—Desde que cogimos las hachas para seguirte, maestro, nunca hemos visto una madera tan hermosa. ¡Pero tú ni siquiera te has detenido a mirarla! Has seguido tu camino. ¿Cómo puede ser?

—¡Ya basta! —gritó Piedra—. No quiero oír hablar de ella. Esa madera es basura. Si construís un bote con ella, se hundirá. Si hacéis ataúdes, se pudrirán antes de tiempo. Para fabricar utensilios, es demasiado quebradiza. Para hacer una verja o una puerta, exuda demasiada savia. Haced un pilar con ella, y atraerá a los gusanos. Su madera no sirve para nada. No puede usarse. Por eso el árbol es tan viejo.

Cuando el carpintero regresó a su casa, el fabuloso árbol se le apareció en sueños diciendo:

—Tanto tú como yo somos objetos. ¿A qué viene enjuiciarme? Tú también eres un hombre destinado a morir. Pero, ¿eso te convierte en pura basura? ¿Por qué me has llamado basura?

Zhuangzi, el divulgador de esta historia, fue la contraparte de Confucio. Fue un filósofo de la antigua China que vivió alrededor del siglo IV a. C., «mis senderos son sinuosos, pero no lastiman mis pies», afirmaba.

Sócrates decía que «los árboles y el campo abierto no pueden enseñarme nada, mientras que los hombres en la ciudad sí». En el trabajo, en la productividad, perseguimos la eficiencia, la optimización, el «cada vez más y más rápido», pero en cosas tan vitales como la fotosíntesis lo que hay es suficiencia: usa materiales como carbono, hidrógeno y agua que, si los humanos no metemos mano, se van renovando solos.

«Hemos dejado de creer que la vida del bosque es lo bastante fuerte como para hacer sentir su presencia a los humanos que lo rodean». «Las personas y los árboles se ven atrapadas en historias de perturbación irreversibles. Pero a algunos tipos de perturbación les sigue un tipo de rebrote que alimenta muchas vidas» escribe la

antropóloga Anna Tsing en el libro *La seta del fin del mundo*.

«Estamos rodeados de numerosos proyectos de creación de mundos, humanos y no humanos [...] y en ese proceso cada organismo transforma el mundo de todos los demás».

Capítulo 10

CIENCIA: LA HISTORIA DE LA SEÑORA POOP

«Somos gente con caribú», «crecimos con sangre de caribú», son frases tradicionales en idioma dene, que expresan la estrechísima relación del pueblo originario de la escarpada y remota región de Sahtú de los Territorios del Noroeste de Canadá, y este reno de bosque. Sus vidas giran en torno a este animal. Durante milenios, el pueblo dene vivió como nómada, rastreando grandes rebaños por su carne, piel y huesos. Y aún hoy, el caribú sigue siendo fundamental para la dieta y la cultura.

Y llegaron los científicos de la Universidad de Manitoba para estudiar las poblaciones de caribú. Con un método respetuoso, involucrando a la población local y respetando sus valores. Nada de descender en helicóptero para atrapar a estas criaturas con una red, debían buscar maneras no invasivas y gestionar largas reuniones en lugares fríos y oscuros, a poder ser, en idioma dene. Jean Polfus y su equipo no solo consultaron con las comunidades indígenas: les hicieron partícipes y compartieron conocimientos. Y nada de collares de seguimiento. Idearon un proyecto visionario: estudiarían las poblaciones de caribúes usando ADN extraído de heces.

Así pues, durante dos años, los cazadores dene que se cruzaban regularmente con las manadas durante sus viajes en motos de nieve recolectarían excrementos, y por cada muestra recibirían una tarjeta de regalo de gasolina de 25 dólares canadienses. A Polfus le costó que la apodaran con sorna Poop Lady (señora caca), pero recibió más de mil bolsas de plástico llenas de estos apreciables residuos, que revelaron tres subespecies de caribú: caribú de bosque boreal, caribú de terreno baldío y caribú de montaña.

Entonces, para sorpresa de los científicos, los dene lo confirmaron. No necesitaban analizar ADN para eso: su idioma ya incluía palabras separadas para los tres tipos, y los cazadores podían distinguirlos en función de la morfología, las huellas e incluso el comportamiento, aunque se mezclasen en un mismo hábitat. Por ejemplo, el caribú del bosque, explicaron al equipo, siempre se da la vuelta por el mismo camino para deshacerse de los depredadores. Por eso, desarrollaron diferentes tipos de caza para cada uno. Jean Polfus entendió entonces lo imprescindible que es atender el idioma local para avanzar en la comprensión científica, y las autoridades locales tomaron nota: se comprometieron oficialmente a utilizar la palabra dene para caribú del bosque boreal, «tǫdzı», en toda la región Sahtú.

Hay una estrecha correlación que se evidencia cuando sobreponemos los mapas de distribución de la biodiversidad y de la diversidad de lenguas, como lo han difundido Victor Toledo y Narciso Barrera-Bassols (*La memoria biocultural*). Estos países, además, conservan las prácticas de manejo, selección y preservación de la diversidad genética de las especies y variedades domesticadas.

«Son en las sociedades tradicionales (de carácter rural que no han sido transformados por los fenómenos de modernización agraria) donde recae la tarea de interactuar con los reservorios más ricos de diversidad biológica del planeta y quienes habitan en las áreas del mundo con alta diversidad de lenguas. Se estima que entre 5000 y 6000 lenguas solamente son habladas por conjuntos con un millón o menos y estos corresponden a los llamados pueblos indígenas», escriben.

Los pueblos indígenas y las comunidades locales gestionan el 50 % de la masa terrestre mundial. Solo los pueblos indígenas, una población de aproximadamente 370 millones, gestionan unos 38 millones de km^2 de tierra que abarcan sabanas, bosques, selvas tropicales, matorrales y pastizales, una cuarta parte de la superficie terrestre del mundo. Dondequiera que haya conservación liderada por indígenas, luchando por el reconocimiento, demarcación, protección y expansión de sus territorios, encontramos ecosistemas prósperos (para más información: Garnett, ST y col. 2018. *Una descripción espacial de la importancia global de las tierras indígenas para la conservación. Naturaleza Sostenibilidad*).

En palabras de Casey Camp Horinek, embajadora ambiental de la Nación Ponca (Oklahoma): «¡No estamos defendiendo la naturaleza, somos la naturaleza defendiéndose a sí misma!». «Hablamos de los derechos de la naturaleza como si fuera algo separado de nosotros. (...) creo que debemos tomar este momento para reconocer la interconexión de todas las cosas, no de manera esotérica, sino en la verdad y la realidad de lo que esto significa, de lo que está hecho el cuerpo humano» (Conferencia *Bioneers* de 2019).

Es el Conocimiento Tradicional (TK), Conocimiento Indígena (IK) o Conocimiento Ecológico Tradicional (TEK), entre otros términos. Durante demasiado tiempo, se ha creído que, en el pasado, los seres humanos eran esclavos de tradiciones estancadas y mitos milenarios, y que no tenían ninguna capacidad ni habilidad de intervenir conscientemente en la historia y cambiar su curso, ya no digamos de

hacer grandes descubrimientos o crear tecnología. Nada más lejos de la realidad: mantenían y compartían un cuerpo de conocimientos acumulado durante siglos que remodelaban la vida cotidiana muy profundamente.

Estos sistemas de conocimiento, desarrollados a lo largo de innumerables generaciones, se basan en experiencias y explicaciones del mundo aprendidas de forma individual y colectiva, verificadas por los mayores a través de un aprendizaje experiencial (prueba y error), transmitido y guiado, especialmente, de manera oral.

«Si queréis salvar los conocimientos y hacerlos viajar en el tiempo, confiádselos a los niños» decía el etnólogo de Mali Amadou Hampâté Bâ.

Los ancianos han desempeñado durante mucho tiempo un papel fundamental como portadores de conocimientos valiosos sobre cómo funciona el mundo. Perciben y comprenden profundamente cómo se producen cambios lentos a largo plazo en el medio ambiente y en la sociedad, una memoria que está amenazada por la pérdida del idioma, la aniquilación ambiental, el cambio climático y… por sacrificar la salud de nuestros mayores por una economía efímera basada en los futuros bursátiles y las ganancias de los accionistas.

«Bibitakin kanoan boong» significa «el cambio de tiempo que dura muchos días». Así lo llaman los kiribatianos (Pacífico) al cambio climático. «Uggianaqtuq» es la palabra inuktitut del norte de Baffin, y es la palabra que designa a «un amigo que se comporta de manera improcedente».

Se trata de la pérdida de una historia acumulativa de usos pasados: cada una es el producto de mucho esfuerzo, de arriesgados intentos relacionales con el mundo mismo. Se trata de ciencia: se verifican constantemente a través de la repetición, de inferencias válidas y de la predicción, las observaciones empíricas y el reconocimiento de patrones de eventos.

«(...) para elaborar las técnicas, a menudo prolongadas y complejas, que permiten cultivar sin tierra, o bien sin agua, cambiar granos o raíces tóxicas en alimentos, o todavía más, utilizar esta toxicidad para la caza, la guerra, el ritual, no nos quepa la menor duda de que se requirió una actitud mental verdaderamente científica, una curiosidad asidua y perpetuamente despierta, un gusto del conocimiento por el placer de conocer, pues una pequeña fracción solamente de las

observaciones y de las experiencias (de las que es necesario suponer que estuvieron inspiradas, primero y sobre todo, por la afición al saber) podían dar resultados prácticos e inmediatamente utilizables», escribió el antropólogo Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*.

Pero hay algo más: las técnicas y tecnologías tienen una orientación particular y, a menudo, contextual. No hay distinción entre las relaciones técnicas y las relaciones sociales.

Un ejemplo. El pueblo cazador recolector de los yir-yoront habita en la parte suroeste de la península del cabo York de Australia, cerca de río Mitchell. Esta comunidad utilizaba, como herramienta principal, el hacha de piedra. Hacha que solo los hombres iniciados sabían confeccionar y que era de su propiedad. Pero era la mujer quien manejaba diariamente el hacha, tanto para la recogida de alimentos como para cortar leña y mantener en buen estado las viviendas. En el momento en que ella requería el hacha para su trabajo, estaba obligada a pedirla (normalmente a través del hijo) y devolverla inmediatamente al hombre. Hasta que una misión anglicana se instaló cerca de ellos, y al ver la importancia del hacha de piedra para el trabajo diario de la mujer, decidieron regalarle a cada una un hacha de acero para facilitarle el trabajo.

Pero no fue así.

Las mujeres recolectaron la misma cantidad de alimentos que antes, cortaban el mismo número de leños, realizaron todas las tareas necesarias igual que siempre, y seguían utilizando la misma palabra para ellas: «woq», que significaba tanto trabajo, como actividad, tarea e incluso juego. Pero la mayor parte de su tiempo, más tiempo si cabía, lo invirtieron en descansar, en construir historias y el arte del sueño. Eso sí: se referían al hacha como «mío», lo que les proporcionó emancipación, independencia y autonomía respecto del hombre. Los hombres adultos perdieron el control sobre las prácticas diarias de la mujer, lo que proporcionó pérdida de prestigio en su masculinidad. El hacha de acero en sí no proporcionó beneficio alguno, utilitario, a ningún miembro de la comunidad. Lo importante no era el hacha, sino la ruptura en el sistema de vida, en las relaciones sociales entre sexos. Las mujeres decidieron *motu proprio* romper el orden establecido en aquella sociedad.

Ahora sabemos que los animales usan herramientas en su vida diaria. En la década de los sesenta, la etóloga británica Jane Goodall

descubrió que los chimpancés usaban palos para cazar termitas. Los introducían en los agujeros de los termiteros y los sacaban cargados de insectos. Los delfines mulares de la Bahía de Tiburones, en Australia, usan esponjas que colocan en la punta de su morro para buscar comida en el fondo marino sin hacerse daño. Los cuervos moldean pequeñas ramas con el pico para darles forma de gancho, y se ayudan de hojas afiladas para levantar el follaje y cazar. Las nutrias marinas rompen los mariscos en las rocas que seleccionan para partir erizos de mar o bivalvos... «Realmente, uno se podría imaginar», escribió Darwin en su diario, «que a partir de una escasez original de pájaros en este archipiélago, una especie había sido tomada y modificada para diferentes fines». Se refería a los pinzones de las Islas Galápagos. Vio que, aunque tenían todos el mismo origen, luego cada uno de ellos desarrolló un pico y un tamaño distintos, y al mismo tiempo, una fuente de alimentación propia. Los que tenían el pico más grueso comían semillas, y los que tenían el pico alargado se alimentaban de flores. Un buen ejemplo de lo que llamó «selección natural». Pero en lo que no se fijó Darwin es que hay pinzones de Darwin carpinteros que utilizan palos y espinas de cactus para extraer insectos de hendiduras.

Hay invertebrados que no se quedan atrás. El biólogo Julian Finn contaba que estaba buceando por las aguas de Sulawesi, en Indonesia, cuando vio algo que le provocó una carcajada. Tanto, que las gafas de buceo se le llenaron de agua y tardó un rato en recomponerse. Y es que había visto un pulpo ¡corriendo con una cáscara de coco bajo sus tentáculos! Sí, hay pulpos que llevan mitades de cáscara de coco como refugios y como escudos contra los depredadores. Cuando se sienten en peligro, se colocan dentro de una mitad y sitúan encima la otra mitad. Y ¡tacháááán!: el pulpo desaparece de la vista para convertirse en un coco.

Y hay halcones que manejan el fuego para cazar. Cogen con sus garras un palo ardiente de una fogata y dejan caer el palo humeante para encender otro fuego en otra zona. A medida que los pequeños reptiles y mamíferos se escabullen de las llamas recién encendidas, esta ave se lanzará en picado para alcanzar su presa. En Arnhem Land, en el Área Protegida Indígena Mimal (Australia), le llaman «Karrkanj», que significa «alborotador» en lengua dalabon. No fue hasta 1918 que los científicos los «descubrieron», pero siempre ha sido un ser muy significativo para los Rembarrnga y Dalabon, para los que el fuego es parte de la cultura y la historia de su tierra («mimal» significa fuego). El conocimiento experto del control del fuego es parte elemental de su

cultura. Se utiliza para incendiar de manera estratégica un patrón de incendios pequeños durante la estación seca y fría y así prevenir incendios forestales calientes y dañinos más adelante. Y también, como el ave, hacían uso del fuego para atraer presas con el fin de darles caza, revitalizando los arbustos de los que se alimentaban.

Karrkanj es un auténtico alborotador: provoca incendios forestales no deseados. Y aun así le consideran un amigo indispensable. Y no es la única ave rapaz que propaga fuegos, también lo hacen el milano negro y el milano silbador. Todos trabajan para la supervivencia individual, pero trabajan juntos para mantener el hábitat saludable. Después de todo, árboles autóctonos como los eucaliptos o la acacia mimosa, son capaces de renacer del fuego: sus cápsulas de semillas se abren gracias al calor, y el suelo rico en cenizas resulta perfecto para su germinación. El eucalipto es capaz de renacer a partir de unos brotes en dormición debajo de su corteza carbonizada. Su corteza secada y aplanada servía de lienzo para los aborígenes. Y sus tallos, cuando los ahuecan las termitas, son la base perfecta de los diyeridús, un instrumento de viento tradicional de los pueblos aborígenes australianos.

Existe la idea errónea de que no se puede confiar en que los humanos, en general, cuiden la naturaleza. Aunque estudios recientes han demostrado que grandes áreas consideradas «prístinas y salvajes», como la Amazonía, la selva india, la sabana africana, han sido modeladas en gran medida por sociedades humanas a lo largo de miles de años. Este mito que sostiene que la biodiversidad solo se puede salvar si el espacio está «vacío y salvaje» y que las poblaciones locales no saben cómo administrar sus territorios (y que, por lo tanto, necesitan a las grandes organizaciones conservacionistas), es peligroso: ha conseguido que se excluya a las poblaciones indígenas y locales de esas llamadas zonas de conservación. Por ejemplo, a los Baiga de la India les amenazan con ser nuevamente expulsados de sus tierras desde que fue declarada parte de una ruta de tigres. Ya ni siquiera tienen permitido recolectar leña allí. Ellos explican que han convivido con los tigres desde sus orígenes, saben cómo tratarles y los veneran como sus antepasados. Temen que si marchan de la zona estos animales desaparecerán. Porque este enfoque no solo empeora drásticamente la vida de los pueblos indígenas y locales, sino que también falla en los mismos objetivos de conservación.

El biólogo Milton M. R. Freeman contaba un ejemplo. Se trataba de la cacería del caribú en la isla Ellesmere del Canadá ártico. Los

científicos administradores de la fauna canadiense dictaron a los inuit que tenían que cazar solo caribús grandes o machos, y solo algunos animales de cada rebaño, con el fin de salvaguardar su ecosistema. Los inuit advirtieron que esa medida destruiría los rebaños más que su práctica tradicional de caza. Y eso fue lo que ocurrió: la población de caribús disminuyó de forma drástica. Los inuit explicaron que, como ocurría en todo grupo social, todos los miembros caribú eran indispensables para la supervivencia de toda la comunidad. Todos tenían un rol, y los animales más viejos y grandes no eran menos. Tenían la paciencia y fuerza suficiente para excavar en la nieve y encontrar alimentos, y además, eran un buen modelo a seguir para los más jóvenes.

Los caribús también aparecen en el libro *Kings of the Yukon: An Alaskan River Journey* de Adam Weymouth. En esta obra se desarrolla una entrevista a Percy Henry, un anciano Tr'ondëk Hwëch'in, nación originaria de Canadá. Henry tenía ochenta y nueve años en ese momento (2018). Así explicó todas las muertes de caribús por ataque de lobos que preocupaban en esa zona:

«El lobo es el médico de todos los animales». «Él persigue al caribú. No los mata en la primera oportunidad. Podría, pero son entrenados por lobos viejos para no matarlos hasta que uno se caiga a un lado. Ese es débil. Así es como se mantienen saludables, haciéndolos sudar».

Pero ahora, dice Percy, los lobos jóvenes no saben qué hacer. Comenzó cuando el estado empezó a sacrificar lobos como una forma de proteger al caribú. Les dispararon a los lobos viejos, a los que entrenan a los cachorros. Entonces, contaba que veía lobos que entraban en los patios para atacar a los perros, lobos persiguiendo motos de nieve. «No se les ha enseñado a temer; no han recibido educación de sus mayores». No saben cómo comportarse correctamente, salen y se meten en problemas.

«Pero la gente no me cree, porque no se puede leer en un libro», se lamentaba Henry. Y sentenciaba: «el mundo era bueno, pero lo arruinamos».

En el Parque Nacional de Yellowstone (Estados Unidos), los lobos y los pumas fueron eliminados deliberadamente en 1926, en contra de la opinión de los nativos, y, al cabo de unos años, la población de ciervos aumentó tanto que alteraron la vegetación y con ello, todas las interacciones biológicas del lugar. Finalmente se optó por reintroducir

el lobo, así es que se ha recuperado la vegetación y, por ende, se ha incrementado el número de osos grizzly y de pumas.

El conocimiento indígena tradicional no solo se restringe a objetos y taxonomías de plantas, hongos, suelos, nieves… Estudia fenómenos más complejos. Por ejemplo: «la fuerza que hace que los hongos y otros seres se levanten de la tierra durante la noche» se reduce a una palabra en la lengua potawatomi (nativos algonquinos): Puhpowee.

Tampoco se ha orientado, como en la ciencia moderna, por la especialización, la fragmentación de la realidad. Por el reduccionismo, es decir, conocer cada uno de los fenómenos descomponiéndolo en sus partes más pequeñas. Como cuando pretendemos explicar el comportamiento humano a través de las neuronas o los genes, o en la antropología pretendemos esclarecer fenómenos sociales analizando comunidades pequeñas.

Y tampoco es, como dicen, simple conocimiento local frente al conocimiento universal de la ciencia moderna. Los saberes locales se construyen en base a las experiencias sociales y necesidades locales, pero es un conocimiento universal expresado localmente.

Universal es que las dinámicas ecológicas son complejas y cambiantes. Como la realidad cambia, la percepción y la organización mental sobre el mundo natural no es fija ni estática, sino polisémica, multidimensional y polivalente. Por eso, los saberes tradicionales no son sistemas estáticos, sino diseños innovadores, adaptables a procesos dinámicos, relacionales y utilitarios (ciclos climáticos, períodos de floración, recuperación de sistemas, sistema de relaciones entre generaciones y sexos...).

Vida y muerte, Sol y Luna, día y noche, este y oeste, húmedo y seco, calor y frío, arriba y abajo, viento y fuego, perfume y fetidez... Los extremos se balancean en un equilibrio fluido y dinámico. Así es la realidad: «todo cambia».

Cantaba Mercedes Sosa:

Cambia el sol en su carrera
Cuando la noche subsiste
Cambia la planta y se viste
De verde en la primavera
Cambia el pelaje la fiera
Cambia el cabello el anciano

Y así como todo cambia
Que yo cambie, no es extraño.

Linda Tuhiwai Smith, profesora de educación y vicecanciller maorí (Nueva Zelanda), en el libro: *A descolonizar las metodologías, escribe*:

«Compartir saberes es también un compromiso a largo plazo. El viejo refrán colonial "saber es poder" es tomado seriamente en las comunidades indígenas. Recuerdo que cuando asistí al Congreso mundial de los Pueblos indígenas sobre educación, una mujer aborigen me comentó: *¡nosotros estamos siempre esperando que ellos (los australianos blancos) se pongan al día! ¡Todavía no lo entienden!*».

Y continúa: «Este se percibía como altamente especializado, pero cada aspecto era esencial para el bienestar colectivo». También era percibido como jerárquico, pero que debía ser distribuido entre los miembros del grupo. Los individuos con habilidades especializadas, que obtenían ese conocimiento en el nombre del grupo, también dependían de otros miembros del grupo, con otras clases de conocimiento, para llevar a cabo diferentes actividades interdependientes. Y luego estaba el conocimiento que todo el mundo necesitaba para llevar a cabo sus actividades diarias, y se adquiría por medio de la observación, la práctica y la orientación de kaumatua (los ancianos sabios).

En 1969, un microbiólogo llamado Thomas Dale Brock estudiaba las bacterias extremófilas, los microorganismos que son capaces de vivir en condiciones extremas por temperatura, acidez, radiación... Viajó por muchos países para encontrar nuevas especies, hasta que, en un viaje en coche por su propio país, en las fuentes termales del Parque Nacional Yellowstone, encontró a Thermus aquaticus, un organismo que se las apaña muy bien a temperaturas de más de 65 º. Cuando Brock metió sus aparatos en el barro y luego archivó los datos de esta bacteria, no tenía ni idea de cuál iba a ser su final, de la importancia que iba a tener. El primer termociclador que salió por fin al mercado para la prueba de la PCR (sí, la del palito en la nariz) en 1987, fue gracias a la incorporación de una enzima aislada de Thermus aquaticus.

En todo el mundo, solo existen 50 km cuadrados de hábitats de respiraderos hidrotermales, amenazados por el avance de la minería submarina. Son hábitats extremadamente raros y frágiles. Su destrucción impediría irreversiblemente avances médicos y

farmacéuticos.

Investigar, escudriñar... Somos seres científicos natos. Nuestros antecesores, desnudos, solo con utensilios líticos y la versatilidad en la cooperación (negociaron y competieron como las dos caras de una misma moneda), superaron circunstancias desfavorables extremas, y por eso hemos sobrevivido. Hemos sido capaces de contemplar una piedra, imaginar otra figura en aquella piedra haciéndole grandes modificaciones e incluso añadiéndole otros materiales, utilizar esas piedras líticas y después compartir dicha información con los miembros de grupo, trabajando juntos y transmitiendo las experiencias y conocimientos a través de generaciones. Y recreándolas.

Los seres humanos nos asombramos ante los misterios de la vida, que nos empujan a indagar. «Todos los seres humanos desean saber por naturaleza», escribió Aristóteles, y empiezan por asombrarse de que las cosas existan. Y entonces aparece el deseo de saber más: la curiosidad. En el idioma euskera, se traduce como «jakinmina», literalmente dolor por saber. Sin ella, no existiría la creatividad, la inventiva. «Curiosity» (*curiosidad* en inglés) es el nombre del robot de la Nasa que explora Marte… Aun así, la mayoría de las culturas advierten a través de sus mitos que «la curiosidad mató al gato». Babá Yaga, la anciana del folklore eslavo, se come a los niños curiosos que hacen demasiadas preguntas. O Pandora, que mira esa caja como si fuese el gato de Schrödinger, que quizás sea el que murió por la curiosidad. Y es que la curiosidad hace traspasar límites, y puede ofender a los que desean mantener su conocimiento prohibido, su statu quo.

«Hay una historia india, al menos yo la escuché como una historia india, sobre un inglés que, después de haberle dicho que el mundo descansaba sobre una plataforma que descansaba sobre el lomo de un elefante que descansaba a su vez sobre el lomo de una tortuga, preguntó (quizás era etnógrafo; es la forma en la que se comportan), ¿sobre qué descansaba la tortuga? Otra tortuga. ¿Y esa tortuga? Ah, Sahib, después de eso, todas son tortugas» cuenta el antropólogo Clifford Geertz (*La interpretación de las culturas*).

Somos curiosos, pero precavidos. Nos anticipamos. Imaginamos y vislumbramos situaciones que no existen, pero que pueden suceder. La necesidad de jugar está arraigada en lo más profundo de nuestra naturaleza. No somos los únicos animales que juegan. Los cuervos

juegan a deslizarse por la nieve, los pulpos juegan a la puntería lanzando chorros, y a los delfines les encanta hacer surf. El juego no es una pérdida de tiempo. Es experimentar, es aprender.

Y los humanos no lo hacemos solos. Jugando juntos, o experimentado juntos, aprendemos a colaborar, en grupos mixtos de edad, culturas, clases, caracteres y capacidades diferentes, para tener nuevas perspectivas y abordar un problema «thinking outside the box», pensando fuera de la caja, como dicen los anglosajones. Pensar de manera no convencional. Cuanto más diverso es nuestro círculo, más riqueza obtenemos.

La curiosidad por saber de los otros también es muy humana, y su vehículo es el cotilleo. Es crucial para nuestra supervivencia, porque permite a las ideas viajar y aumenta la sensación de la comunidad. Porque es contagioso como el bostezar: si tu vecino tiene una buena relación con otros, empiezas a dudar de tus prejuicios.

Nuestro cerebro no es como un ordenador, lógico-matemático. Las personas se plantean preguntas y los ordenadores dan respuestas. Los ordenadores siguen reglas, pero las personas pueden modificar esas reglas. Los humanos tenemos la capacidad o el arte de resolver los problemas de forma creativa. Tenemos la capacidad de enfocar los problemas de una manera distinta, intercambiando con otros los puntos de vista y creando otros. Como seres simbólicos, tenemos la capacidad de comprensión y de pensamiento conceptual, abstracto. El cerebro sopesa hechos objetivos con sentimientos subjetivos.

Las emociones aceleran nuestro aprendizaje y comprensión. Por eso, es muy importante transmitir una buena emoción cuando se enseña algo.

Cuando dormimos, soñamos, y cuando estamos despiertos buscamos constantemente estimulación y compromiso. Al cerebro no le gusta el «dolce far niente», pero tampoco puede estar haciendo constantemente un razonamiento profundo de todo lo que te ocurre, todo lo que recibe del entorno. Por eso nos encantan los patrones, y somos cuentacuentos natos. Toda nuestra vida cotidiana la procesamos y experimentamos en «modo travesía»: historia, narraciones, cuentos.

Se dice que una noche encontraron a Nasrudín dando vueltas alrededor de una farola y mirando por el suelo.

Un vecino que pasaba por ahí le vio y le preguntó: «¿has perdido alguna

cosa, Nasrudín?». Y este le contestó: «sí, estoy buscando mi llave». Así que el vecino se puso a buscarla con él. Después de un rato apareció otra vecina que, intrigada, les preguntó qué estaban haciendo. «Estamos buscando la llave de Nasrudín». Y ella también se animó a ayudarles a encontrarla. Más tarde, otro vecino se unió a ellos y juntos buscaron y buscaron la llave de Nasrudín, sin éxito.

Cansado y con ganas de irse a dormir, uno de los vecinos finalmente le preguntó: «Nasrudín, llevamos buscando tu llave durante varias horas… ¿estás seguro de haberla perdido en este lugar?». Este negó con la cabeza. «Entonces, ¿dónde crees que la has perdido?». Sin dudarlo, Nasrudín respondió: «la he perdido dentro de mi casa». «¿¿Y por qué la estamos buscando aquí??». Nasrudín los miró muy seriamente y les dijo: «pues porque mi casa está muy oscura y aquí hay más luz».

Es importante trabajar en equipo, y tener en cuenta que salirse de las reglas, de la «normalidad», a veces resulta una buena estrategia. De hecho, la «normalidad» no existe como tal. A veces, relacionamos lo estadísticamente normal, o lo que diversos agentes nos dictan lo que es normal, con la salud o lo moralmente aceptable, cuando, en realidad, es una construcción social o un dato estadístico. El ser humano, por suerte, se caracteriza precisamente por la diversidad. Los japoneses, no en vano, relacionan la singularidad con algo positivo: «mezurashii» (*singularidad*) proviene de «mezuru», *admirar*. Los profesionales de la educación hacemos equilibrismos para acompañar en los procesos de las personas tanto desde el eje de las convenciones como en la diversidad humana, que nos hacen seres únicos.

«Recuerda siempre que eres único… exactamente igual que todos los demás», dicen que decía la antropóloga Margaret Mead.

«Puede ser en las particularidades culturales de las personas, en sus rarezas, donde se encuentran algunas de las revelaciones más instructivas de lo que es ser genéricamente humano», afirma otro antropólogo, Clifford Geertz.

Así es como la información se convierte en conocimiento, y lo que fueron innovaciones drásticas se convierten en tradiciones.

Toda nuestra cultura está basada en la acumulación de conocimiento. Somos instructores sociales natos.

Es cierto que otros simios fabrican herramientas, incluso armas, y diferentes grupos tienen diferentes conjuntos de herramientas, culturas distintas. Los chimpancés también tienen vidas sociales

complejas y cooperan entre sí. Pero algo que nos diferencia del resto de los simios es la curiosidad infantil que se fortalece y se extiende a nuestros años maduros. Por eso, aprendemos por procesos, no por objetivos. En el aprendizaje social, en la capacidad de aprender algo de los demás, ganamos por goleada a los demás animales, incluso a los simios. El ser humano es una máquina en crear contactos sociales y aprender de lo demás, en el aprendizaje hipersocial.

Nos fascinan experimentar las cosas sin objetivo ninguno, sin sentido, las acciones que no tienen ningún resultado ni son útiles para nuestra supervivencia, y sin embargo, las probamos y analizamos con tenacidad solo por el placer que nos da la curiosidad. Por eso tenemos una avidez increíble por el arte, por la ficción. Es como si nos preparara mentalmente para lo desconocido, para afrontar situaciones nuevas, o para escapar de los atolladeros de nuestro propio cerebro.

«Cambiar de respuesta es evolución. Cambiar de pregunta es revolución», escribió el físico Jorge Wagensberg, que explicaba que la ciencia consistía en representar, como en un teatro, una realidad, y aplicarle el rigor y la inclemencia del método científico. Pero la verdad es siempre provisional, «solo se puede tener fe en la duda», decía.

La duda, la curiosidad, el escepticismo, son parte de la ciencia. El problema es que, para muchos, sembrar la duda en contra del conjunto de hechos es una buena estrategia para lograr sus intereses. Dudar, por ejemplo, que el fumar es perjudicial para la salud, aunque sea algo que ya está totalmente verificado. Es lo que Naomi Oreskes y Erik M. Conway llaman «mercaderes de la duda». Y esto es posible porque pensamos que la ciencia trata de hechos bien definidos, de certidumbre, y si la sentimos insegura, la creemos deficiente. Los mercaderes de la duda utilizan esta característica intrínseca del método científico para dar la impresión de que no funciona, para socavar la autoridad del conocimiento científico pero haciendo caso omiso a sus protocolos, sin tener en consideración las teorías que ya están refutadas por pruebas científicas y por el consenso de los expertos.

Las más de las veces, el periodismo moderno interesado solo en obtener audiencia o lectores cree que, si alguien discrepa, debería otorgarle la consideración debida dándole voz. Especialmente si es alguien de renombre, con reputación. Sin indagar si sigue el protocolo científico, si superó la prueba de la revisión por pares, si realmente ese

debate científico es real, si es una persona experta en esa materia. Ni siquiera cuáles son las fuentes de su respaldo financiero.

Es imposible la completa verdad, la completa objetividad de los hechos, pero su alternativa tampoco es la subjetividad total. Clifford Geertz (*La interpretación de las culturas*) ponía un ejemplo: la asepsia total en un quirófano para no contraer ninguna infección es imposible, pero no por ello vamos a habilitar las alcantarillas como espacios aptos para operar.

El término «posverdad» alude a «deformar la realidad con el fin de confundir e instaurar una verdad paralela y desanclada de los hechos». Así la define el antropólogo Jorge Grau en *Posverdad y ficción*. Explica que este término se le atribuyó a Steve Tesich en un ensayo en la revista *The Nation* y llegó a convertirse en palabra del año por el diccionario de Oxford en 2016: «Hasta ahora, todos los dictadores han tenido que esforzarse mucho para reprimir la verdad. Nosotros, con nuestras acciones, estamos diciendo que eso ya no es necesario, que hemos adquirido un mecanismo espiritual que puede despojar la verdad de cualquier significado».

Distorsionar deliberadamente la realidad no es ninguna novedad. Pero en este caso, trata de moldear la opinión de una gran cantidad de personas, apelando a las emociones y creencias personales, con la finalidad de influir en sus actitudes sociales. Es cuando la verdad se convierte en mercancía.

«Pocas personas harán campaña por una visión alternativa de los agujeros negros o la inversión magnética (…) No hay evidencia de que alguna corporación importante haya gastado un centavo para producir ignorancia sobre la detección del bosón de Higgs. Pero negar la mutación climática es otra cosa: la financiación se desborda. La ignorancia del público es un bien tan preciado que justifica inmensas inversiones», escribe el antropólogo, sociólogo y filósofo Bruno Latour en *Dónde aterrizar*.

La ciencia solo es viva si es insegura, porque es un proceso de descubrimiento. Una vez que se cierra un interrogante, se pasa a otro, y así sucesivamente. Pero consolidar el conocimiento exige tiempo. Jorge Grau lo explica claro: «rapidez y consistencia no van de la mano. Seguramente no apremiaríamos a una cirujana durante una operación a corazón abierto».

Montaigne aseguraba que el riesgo radicaba en que la verdad tenía

una sola cara, y la mentira muchas. En este caso, como ha sugerido el historiador Daniel T. Rogers, se trata de la saturación de muchas verdades. El problema radica en que muchas de estas verdades se basan en «esto es lo que creo que debería ser verdad». Parece que vivimos en una era de miríadas de verdades compitiendo todas entre sí. Las verdades, como dice Rogers, simplemente «se deslizan unas sobre otras sin puntos de contacto» y causan un mundo cada vez más fragmentado.

Se trata de la apariencia de la verdad. La realidad se vuelve virtual, dejamos de percibir el mundo para percibir noticias o imágenes sobre él. Incluso nosotros mismos somos avatares, perfiles, *target* (clientes). La celeridad, la velocidad, la urgencia de la actualidad reclama respuestas rápidas y simples a problemas complejos y cambiantes, con múltiples causas. En el torrente de información que recibimos, la sorpresa, la risa, la ira, la indignación, son garantía de viralidad que garantizará los reenvíos, incluso antes de ser leídos. La noticia más chillona, indignante, espeluznante y escandalosa, el impacto. Los *zasca*. Solo acepta la impulsividad y las ideas preconcebidas, esas ideas que ya estaban en nosotros. Justamente las que precisan apoyarse en sensaciones y emociones, la apariencia, lo intuitivo, que refuerzan y radicalizan nuestros sesgos. Este es precisamente un sesgo, el de confirmación: «centrar la atención, en cualquier mínima evidencia que refrende lo que ya pensamos, ignorando a la ligera aquellas otras, posiblemente mucho más abrumadoras, que sugieran que íbamos totalmente desencaminados».

Así, la desconfianza es un rasgo de la vida contemporánea.

La retórica del instante y lo fluido ganan la batalla al paso lento del tiempo y a la consistencia. Las fugaces experiencias personales, la presencia inmediata y las emociones, predominan sobre historias más antiguas y lentas. Sobre lo construido, sobre la política (la raíz de «polis» remite a «polízo» que significa «construir» o «edificar»), sobre los valores, el cuidado o la objetividad científica. Somos parte de una deriva, de una red de dones, herencias y legados que se extiende a lo largo de millones de años pasados y otros millones que vendrán.

El tiempo profundo es, en realidad, el tiempo biológico y el tiempo geológico, la cronología del subsuelo que se mide «en unidades que reducen a la nada el instante de la humanidad: épocas y eones, en vez de minutos y años», explica Robert Macfarlane en *Bajotierra*. «El tiempo profundo lo mantienen las rocas, el hielo, las estalactitas, los

sedimentos del fondo marino y la deriva de las placas tectónicas. Visto en el tiempo profundo, cobran vida cosas que parecían inertes. Se declaran nuevas responsabilidades. El hielo respira. La roca tiene mareas. Las montañas suben y bajan. Vivimos en una Tierra inquieta».

En un puñado de suelo puede haber hasta un billón de bacterias. Una cuarta parte de las especies del planeta viven en el suelo. Aunque no los vemos, existen más organismos bajo nuestros pies que por encima del suelo. Pero los seres humanos usábamos desde hace tiempo el suelo para detener las enfermedades que propagaban los cadáveres y los cuerpos muertos. Los enterrábamos. Los antibióticos del subsuelo como la estreptomicina hacen allí ese trabajo.

En un texto sánscrito del año 1500 a. de C. advertían: «De este puñado de tierra depende nuestra supervivencia. Sobre él nuestro alimento, nuestro combustible y nuestro refugio. Nos rodea de belleza. Si abusamos de él, el suelo acabará por destruirse, y con él, la humanidad entera».

Es tiempo de aterrizar.

Capítulo 11

EL TRABAJO, EL RELOJ Y LA COPA DE LA LIBERTAD

Para escribir sobre el trabajo, tengo que pensar primero en la libertad.

Mi libertad es el calor que dan los rayos de sol que entran a codazos entre las ramas que se mueven, hipnóticas, por encima de mí. En japonés, «komorebi» 木漏れ日: árbol, filtrar y sol.

Libertad es el zumbido continuo de los bichos en el oído mientras caminas entre el verdor, y el brillo sutil de las telarañas en el camino.

Libertad es, cuando llueve, el olor penetrante de la humedad de la tierra. Lo llaman petricor, y es el «humus», de donde viene la palabra «humano». De «petra» (piedra) e «icor» (sangre de los dioses). Un olor que se compone de los aceites esenciales de las plantas, el ozono (del griego «ozein», «oler») y la geosmina, compuesta de la bacteria Streptomyces coelicolor, las cianobacterias y los hongos. Y «geosmina» también tiene que ver con el olor: γεω- «tierra», ὀσμή «aroma». Los humanos somos fabulosamente sensibles a la geosmina, es ese olor rico y terroso que basta invocar para sentirlo en las fosas nasales.

O el olor evocador de la mar, la «maresía», ese aire cargado de salitre marina, y el tremelucir (temblar una luz) de la luz del sol sobre el mar.

O conmoverse bajo una gran cúpula de estrellas que tremelucen, cuando las palabras se hacen impertinentes y urgente el recuerdo de que el mundo es más grande que nosotros y que estamos contenidos en él.

O sobre la cima de una montaña y su paradoja: «que exalta la mente individual y la borra, mitad enamorados de nosotros mismos y mitad enamorados del olvido», como escribió Robert Macfarlane en Mountains of the Mind.

Y sentir el crujir de las hojas al caminar por el bosque. Y la superficie rugosa del tronco de un árbol, y la suavidad húmeda del tapiz de musgo que cubre las rocas, y el frío del agua del río al meter los pies.

Y encontrarte con la gente a la que quieres, y las risas libres.

Y olvidarte del paso del tiempo…

«¡No corras! ¡Babilonia está en todas partes!» gritan algunos cuando te

ven con prisas por la calle.

«Los oni (diablos) se ríen cuando hablamos del año que viene», dicen en Japón.

«Es inútil perseguir el mundo, nadie lo alcanzará jamás», dicen en Argelia.

«Nadie muere en su víspera», dicen los tuareg. «Todos los blancos tienen reloj, pero no tienen tiempo», dicen también.

Escribió San Agustín de Hipona (Confesiones, XI, XIV, 17):

¿Qué es el tiempo?
Si nadie me lo pregunta, lo sé.
Si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé.
Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado;
y si nada sucediese, no habría tiempo futuro;
y si nada existiese, no habría tiempo presente.

«¿A dónde va el presente cuando se convierte en pasado? ¿Dónde está el pasado?» se preguntaba un milenio y medio después el filósofo y matemático Wittgenstein.

«Ñaupaqman puriy, qhepaman chayay», camina hacia delante y llegarás atrás, dicen en quechua. El tiempo es circular y la vida es tiempo.

«Tiempo» en idioma náhuatl mexicano, se dice «kauitl», del verbo «kaua», *dejar*. Tiempo es lo que nos va dejando, nosotros somos los que pasamos.

En idioma hindi y en urdu, tiempo se dice «kal» (del sánscrito «kala»), y también significa *mañana* y *ayer*.

«Parsom» significa «pasado mañana» y «antes de ayer». «Tarsom»: «dentro de tres días», y también «hace tres días».

Mientras, los físicos aseguran que el tiempo se para a la velocidad de la luz, que depende totalmente de la gravedad y el movimiento. Una persona que viaja en un cohete de alta velocidad envejecería más lentamente que los residentes en la Tierra. Y el tiempo se mueve más lentamente a través de un reloj en movimiento que a través de uno

fijo, lo que se denomina «dilatación del tiempo».

Aunque, reconocen, tampoco tienen una respuesta completa de lo que es el tiempo.

«Pensar en el tiempo es como arar el mar», admitía el físico Etienne Klein.

Escribía Hannah Arendt en La condición humana: «el silencio del ahora en la existencia del ser humano (...). Este pequeño espacio atemporal en el mismísimo núcleo del tiempo».

El reloj. Esa esfera diabólica «con cara de un viejecillo que sonríe con picardía», como lo describió Alicia en *Detrás del espejo*, de Lewis Carroll.

Los primeros relojes solían sonar una vez cada hora. En 1700 la mayoría ya tenían minutero y para 1800, contaban con segundero. El reloj se convirtió en la máquina clave de la Revolución Industrial. En 1854, Charles Dickens criticó esta tiranía del reloj con su personaje, el Sr. Gradgrind, cuya oficina contenía un «mortal reloj estadístico que medía cada segundo con un latido como un golpe de martillo sobre la tapa de un ataúd».

Años después, en 1870, Mark Twain escribió un cuento, Mi reloj:

Al aplicar el oído creí percibir en el interior de la máquina ruidos semejantes a ronquidos y ladridos, a resoplidos y estornudos. Mis pensamientos se extraviaron de su cauce normal. ¿Qué reloj era ese que me perturbaba a tal punto? Al mediodía se superaba la crisis. Por la mañana había sobrepasado a todos los relojes del barrio: por la tarde se adormecía o divagaba en ensueños quiméricos, y todos los relojes lo dejaban atrás. Al cabo de las veinticuatro horas diarias de la revolución, un juez imparcial hubiera dicho que mi reloj se mantenía dentro de los justos límites de la verdad. Pero el tiempo medio en un reloj es como la virtud a medias en una persona. Yo acompañaba a mi reloj y me resultaban insoportables sus alteraciones cotidianas. Decidí acudir a otro relojero.
El nuevo experto dictaminó que estaba roto el espigón de escape del áncora.

Luego aparecieron los relojes de pulsera, para hombres, y fue para uso militar, con el fin de poder sincronizar sus maniobras durante la guerra. A partir de la Primera Guerra Mundial, se masificó su uso entre la sociedad.

En la historia del capitalismo, el tiempo es dinero, y la velocidad es poder. Su historia es una sucesión permanente de innovaciones técnicas y tecnológicas para acelerar la velocidad de los tiempos de producción y de circulación, y conseguir así mayor plusvalía. Cuanto menor sea el tiempo en que se complete el ciclo del capital (dinero-mercancía-más dinero), mayor será la ganancia. La mecanización del trabajo abrió el camino a la aceleración sin fin, y el libre flujo de mercancías (la desregularización de los mercados) también generó la compresión del espacio (la cual, en última instancia, significa una compresión del tiempo).

Producir y consumir más rápidamente, a mayor velocidad, es el objetivo.

«Yo recuerdo a una mujer notable, que era muy sensible al valor intrínseco del tiempo», contaba Benjamin Franklin. «Su marido hacía zapatos y era un excelente artesano, pero no se ocupaba del paso de los minutos. En vano le inculcaba ella que el tiempo es dinero. Él tenía demasiado ingenio para comprenderla, y esta fue su ruina. Cuando estaba en la taberna con sus ociosos compañeros, si uno observaba que el reloj había dado las once, ¿y qué es eso, decía él, para nosotros? Si ella le mandaba aviso con el chico, de que habían dado las doce, dile que esté tranquila, que no pueden ser más. Si era que había dado la una, ruégale que se consuele, que no puede ser menos». (*El Almanaque del pobre Richard*, enero de 1751.)

«El tiempo es dinero», escribía Franklin. «El tiempo es oro», decimos, «hay que ahorrar tiempo». Mi padre, artesano joyero, bien lo sabe: el oro es un bien preciado, la vida es oro. Como metal pesado, el oro fue creado a partir de explosión de estrellas. Para formar una sola partícula de oro es necesario formar núcleos atómicos constituidos por 79 protones y 118 neutrones cada uno, de colisión de estrellas de neutrones, cuerpos estelares que son el remanente de antiguas supernovas o grandes estrellas. Por eso, se encuentra en abundancia en el espacio. Por eso, el oro no ha sido posible de reproducir de forma sintética en la Tierra.

Luchando contra el tiempo, reducimos el tiempo de vida al dinero. Dinero como medida de la vida, como medida también de la economía, que ya no es producir valor ni satisfacer necesidades vitales. Economía es dinero, y el trabajo es el que se paga, no hay otro.

Y así se concibe el trabajo orientado a metas sin importar demasiado el proceso o las consecuencias (esquilmar la naturaleza, esquilmar vidas), según el cual todo tiempo debe ser para producir y consumir.

«Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire», alertaba Julio Cortázar: «No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj».

«Perder el tiempo» es un pecado. Si te «quedas sin tiempo libre», de nada sirve quejarse, lo que hay que hacer es «gestionar el tiempo de manera eficaz», y saber conciliar bien tu tiempo de trabajo y de vida.

Así cumpliremos nuestros innumerables plazos o fechas límites para la entrega de un trabajo, en inglés «deadline» (*línea de la muerte*): en origen, la línea pintada en el suelo alrededor de una prisión militar de los EE. UU., más allá de la cual los prisioneros no debían cruzar, ya que los soldados que los vigilaban estaban autorizados a disparar a quien la atravesase.

La palabra «trabajo» deriva del latín *tripalium*, que era una herramienta parecida a un cepo con tres puntas o pies que se usaba inicialmente para sujetar caballos o bueyes y así poder herrarlos. También se usaba como instrumento de tortura para castigar esclavos o reos. De ahí que «tripaliare» significa *tortura* o *causar dolor*. El origen del término «trabajo» como la fuerza necesaria para mover un objeto a una distancia determinada, no apareció hasta 1828, cuando Coriolis describía el proceso de golpear una bola de billar. El término «trabajo» le permitía describir, medir y comparar con precisión las capacidades de cosas como la rueda hidráulica, los caballos de tiro, la máquina de vapor... y los seres humanos. Además, era una palabra que transmitía sufrimiento físico, esfuerzo y tormento, perfecta para la doctrina cristiana de la pérdida del paraíso y la noción de que el trabajo remunerado bajo la disciplina de un poderoso, es el único trabajo real, el único que otorga ciudadanía dignidad y autoestima.

El concepto de trabajo, tal como lo conocemos nosotros, surge a partir del siglo XVIII. Aquella actividad que se realiza de manera pública, social, ante los ojos de otros y que se entiende como una utilidad, es un invento de la revolución industrial. Anteriormente, la economía era «oikos», o economía del hogar. Casi todos los procesos productivos se desarrollaban dentro del hogar, y economía eran las formas en que cada sociedad resolvía sus problemas de sostenimiento de la vida

humana. Hoy, el trabajo de la sociedad capitalista es el trabajo creador de valor, el que reproduce el capital invertido en una mayor cantidad de capital. «Ponga su dinero a trabajar» dice la banca. Dicen que el capital es el que trabaja, que es un factor de producción.

Por eso, el trabajo de cuidados (de la vida humana y reproducción social) no se considera trabajo, porque no hay un tercero que gane con ellos (a no ser que haya una empresa de por medio). Y a las mujeres nos dicen que, en ese entonces, sin un empleo, hemos estado «inactivas». Tampoco cuenta el trabajo de la naturaleza, la aportación de los ciclos naturales, el aire limpio, el trabajo de la fotosíntesis o los servicios de regulación del clima.

Antes, comunidad, naturaleza, vida y trabajo venían a ser lo mismo. La vida está llena de trabajo, actividades, tareas. La vida es transferencia de energía, es decir, trabajo. Especialmente en la sobreabundancia estacional más que por la batalla por unos escasos recursos. Adaptados a diversos entornos, nuestros antepasados se volvieron más plásticos y versátiles, más hábiles en la adquisición de habilidades. Lo que determinaba el tiempo era la sucesión de esas tareas y la relación que éstas mantienen entre ellas:

«Los nuer no tienen una expresión equivalente a la palabra “tiempo” en nuestra lengua, y no pueden por ello hablar del tiempo, como nosotros lo hacemos, como si se tratara de una cosa real que pasa, que puede perderse, ganarse, etcétera. Yo no creo que ellos tengan el sentimiento de luchar contra el tiempo, o de tener que coordinar las actividades en función de un transcurrir abstracto del tiempo, ya que sus términos de referencia son, sobre todo, las actividades mismas, que generalmente se efectúan sin prisa», escribió el antropólogo Evans-Pritchard (*Los Nuer*).

La economía del «compartir» era la extensión lógica de su relación con el entorno que los alimentaba, una tierra que también compartía y les ofrecía sus dones. Pero a las arduas tareas para satisfacer sus necesidades inmediatas, no las llamaban «trabajo».

El capitalismo reubica esa temporalidad bajo el dominio de cronómetro, tiempo medido y cuantificable; y de la relación salarial, que se hace hegemónica. Así, se crea la separación entre tiempo de trabajo y tiempo de vida.

Entre los americanos achuar, el nombre para todo trabajo costoso es «takat» (*sufrimiento*), por ejemplo, el trabajo agrícola. Otras

actividades consisten en la reiteración («najana»), la alfarería o la cestería. Pero nunca está alienado/a: en el takat, el trabajador siempre mantiene el control sobre la finalidad de su esfuerzo o sufrimiento. Es cuando se ha empleado, en una empresa petrolera, por ejemplo, cuando habla de «trabajo», así, en español.

El pueblo cazador recolector de los yir-yoront habita en la parte suroeste de la península del cabo York de Australia, cerca de río Mitchell. Ellos llaman a todas las tareas necesarias «woq». Significaba tanto trabajo, como actividad, tarea e incluso (como descubrieron con horror los misioneros) juego.

La palabra coloquial «currar» significa «trabajar», que nos llega directamente del caló (*currelar*), del pueblo gitano, que tiene el mismo origen que el sánscrito «kṛnoti», «hacer».

En guaraní, *precio* y *caro* se dicen «hepy», que también quiere decir *venganza*. ¡Hepy eterei!, te espetan, «¡esto es muy caro!», aunque el sentido primigenio de esta expresión es: «esto es venganza, tu venganza es muy grande». Cuando vendes algo, te vengas. Nuestra economía de precios, centrada en el dinero, es una economía de venganza.

«Mita» era el trabajo obligado, forzado por los españoles, y el trabajo por turnos en el incaico, en lengua cañarí (Ecuador). La palabra *economía* fue introduciéndose con la llegada de los españoles como «misa cana». «Misa» significa «mezquino, tacaño»; «cana» significa «hacer el oficio».

Pero en ningún lugar, el camino hasta llegar al trabajador disciplinado, responsable, alienado pero «orgulloso de tener un reloj» fue un camino de rosas. El historiador y filósofo Lewis Mumford concluye que es el reloj, y no la máquina de vapor, la máquina clave de la era industrial moderna.

Controlar el tiempo fue tan gratificante para los empresarios que lo manipularon hasta donde pudieron.

El autor anónimo de *Chapters in the life of a dundee factory boy* (1850) recordaba cómo: «... en realidad no había horarios fijos: los patrones y los gerentes hacían con nosotros lo que querían. Los relojes de las fábricas a menudo se adelantaban por la mañana y se atrasaban por la noche, y en lugar de ser instrumentos para medir el tiempo, se usaban como capotes para el engaño y la opresión. Aunque esto se sabía entre

todos los hombres, todos tenían miedo de hablar, y el trabajador entonces tenía miedo de llevar un reloj, ya que no era raro despedir a cualquiera que presumiera saber demasiado sobre la ciencia de la relojería».

La historiadora Silvia Federici, por el contrario, observa que no fue tanto el reloj, como el disciplinamiento del cuerpo, la clave de la era industrial moderna. Combatir y derrotar la idea del cuerpo de las sociedades precapitalistas, en la que no existía la disociación cuerpo-alma, y mucho menos esa idea del cuerpo como herramienta que se podía controlar a voluntad. La era industrial moderna dio lugar a que las condenas y persecuciones a los pobres se endurecieran, así como al aumento de las sentencias a los delitos contra la propiedad.

La burguesía se percató de que la expropiación de las tierras y bienes comunales no fue motivo suficiente para que los campesinos y los artesanos arruinados aceptasen vender su fuerza de trabajo. Además, como escribe Thompson en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, en la Inglaterra de la primera revolución industrial, no había «ni cadillacs, ni siderurgias, ni televisiones para servir como prueba manifiesta del propósito de la operación».

Un hombre religioso llamado Josiah Tucker se lamentaba: «Tanta brutalidad e insolencia, tanto libertinaje y extravagancia, tanta ociosidad, irreligiosidad, maldecir y blasfemar, y desprecio por toda regla y autoridad... Nuestras gentes están borrachas con la copa de la libertad» (*Six Sermons*, Brístol, 1772).

El reverendo J. Clayton ya había escrito 20 años antes un folleto llamado *Consejos amistosos para los pobres*:

«Si el haragán se mete las manos en el pecho, en vez de aplicarlas al trabajo, si pasa el tiempo deambulando, debilita su constitución con la holgazanería, y embota su espíritu con la indolencia ...» su final será la pobreza. Se lamentaba de que «las iglesias y las calles [están] llenas de un número de espectadores» en bodas y funerales, «que a pesar de la miseria de su condición hambrienta ... no tienen escrúpulos en malgastar las mejores horas del día, simplemente mirando ...». La costumbre del té es «esa vergonzante devoradora de tiempo y dinero». «Es perezoso pasar la mañana en cama». Madrugar y recibir salarios bajos evitaba la inactividad y el peligro de las diversiones de medianoche.

Y entonces aparece el término «aburrimiento», del francés *bourrer*:

atiborrarse o saciarse. En lengua inglesa, esta palabra apareció en 1853, durante la rápida expansión de las fábricas y oficinas y el nuevo concepto de «tiempo de ocio» para las clases medias, un momento del día al margen del empleo. El aburrimiento surgía por falta de afanes: «nada es igual de lento que las cojas jornadas, cuando bajo pesados copos de años nevosos, el hastío, ese fruto de falta de afanes, toma las proporciones de inmortalidad» se lamenta Baudelaire en *Las flores del mal*.

Otra medida fue ir despojando a los obreros de oficio de ese saber sobre los ritmos productivos y los secretos de los gremios, esos talentos o saberes que se iban transmitiendo de generación en generación para poder desarrollar una tarea. La máquina en las industrias, al contrario, funcionaba para aplicarles unas tareas rutinarias y muy fáciles de ejecutar por cualquier persona. Mano de obra no especializada que incluso un niño podía desempeñar, y que a menudo lo hacía. Son trabajadores sin cualificar, todos prescindibles.

Así, se asoció al trabajador al ritmo de la máquina (y no al revés). Los bienes manufacturados eran la fuente de bienes para la clase trabajadora, pero en un primer momento, el consumo se adaptaba todavía a lo que se producía. «Un cliente puede tener su automóvil del color que desee, siempre y cuando desee que sea negro» decía en 1914 Henry Ford, que decidió que todos los Model T se fabricasen en un solo color, el negro. Y ya en la década de 1930, la publicidad era tan importante para Ford como para alegar: «dejar de publicitarse para ahorrar dinero es como parar tu reloj para ahorrar tiempo».

A partir de los años 70, es la producción la que se adaptaba a lo que se consume, y a todas esas aspiraciones de una vida más rica. Productos que en realidad son esos imaginarios (imágenes, emociones, historias, prestigio….), esos mundos imaginarios que deseamos en nuestra vida. La publicidad es el arte de la seducción, y logra que nos tomemos los productos como un sistema de comunicación para expresar identidades, reconocimiento, afinidades, emociones...Ya no solo se trata de la fabricación de productos; se venden mundos a través de los productos.

Por eso, se puede decir que si antes había cercamiento de tierras y despojo de cuerpos y saberes gremiales, ahora se añaden los cercamientos de culturas, emociones e identidades. Y se buscan nuevos nichos de acumulación, en todas las facetas de la vida: comunitarias, sociales y culturales. Es la empresa-mundo, y todo el

espacio de vida y tiempo de la vida se encuentra sometida al tempo capitalista.

La palabra «conciliar» tiene el significado de «unión de personas» y viene del latín *concilium*, «asamblea». La vida y el trabajo se «concilian». Pero no es cierto, ya no hay negociación. El tiempo de trabajo y el tiempo de vida cada vez están más disipados, solapados, y el del trabajo gana por goleada.

A finales de los años 90, una cadena de guarderías de Haifa, Israel, implantó un sistema de multas a todos los padres que no acudieran a tiempo a recoger a sus pequeños a la salida. Pensaban que así tendrían no solo una razón moral, sino también financiera, y acudirían puntuales a la salida. Ocurrió lo contrario: el número de padres que llegaban con retraso aumentó, ya que interpretaban la multa como un precio. Parecía que la razón moral se disipaba: ya no se sentían mal por la incertidumbre y berrinches de sus retoños, ni por las caras largas de los empleados cansados que querían ir a casa. Los científicos sociales alegaban que este era un buen ejemplo de que las recompensas monetarias, a veces, tenían un efecto desmotivador.

Quizás no era así. Quizás estos clientes sí deseaban estar más tiempo con sus hijas e hijos. Quizás, puede ser, también pensaban en el bienestar de las profesionales de la guardería, pues al fin y al cabo pasaban mucho tiempo con sus hijos, y eran conocedoras de que una familia les esperaba en casa. Es posible que no tomaron la multa como una tasa, o que el dinero automáticamente no les hacía olvidar todas estas cosas, toda la moral. Quizás, solo conjeturo, el problema era que los científicos sociales se centraron únicamente en lo monetario, y que el problema de fondo era que estos padres (en su mayoría, mujeres) no tenían más remedio, no tenían otra alternativa, que llegar tarde. No había otra.

¿Dónde quedamos los seres humanos? Todos somos *targets*, clientes u objetivos a los que se les venden imaginarios de los productos. Y también somos marcas, y tenemos que saber vendernos en el mercado, accionistas de nuestra propia fuerza de trabajo que ofrecemos para que el resto quiera captar tu valor. Flexible, creativo, resiliente, autónomo… pero siempre dentro de los límites de esta empresa-mundo. Lo importante no son los procesos, ni siquiera las consecuencias, sino los objetivos, los resultados, que «las cosas salgan». Y que las cosas salgan significa, simplemente, optimizar la acumulación capitalista, producir más, maximizar el beneficio.

Autonomía significa que toda tuya es la responsabilidad de que funcione, y la culpa si no cumples.

Pero ojo, de esta forma, «la empresa somos todos, pero la empresa no es de todos», advierte el sociólogo Jorge Moruno (*La fábrica del emprendedor. Trabajo y política en la empresa mundo*).

El empleo remunerado sigue siendo necesario para integrarse, y por sí solo convierte a cualquiera en una persona moral plena para ser ciudadano de derechos en esta empresa-mundo. Pero no siempre te garantiza los medios de subsistencia. Y si eso es así, también significa que el trabajo no pagado, el de los cuidados, se vuelve más vital. Por ejemplo, en el caso de que no ganes lo suficiente como para independizarte, tendrás que seguir dependiendo del cuidado y dinero de tus padres.

«Trabajos de mierda» como los definió el antropólogo David Graeber, son esas formas de empleo que resultan tan completamente inútiles, innecesarias o perniciosas que ni siquiera el empleado puede justificar su existencia. El trabajo como abnegación, como sacrificio para ser dignos consumistas, para nuestros furtivos placeres de consumo, para convertirnos nosotros también en productos deseados y deseantes. Comprando muchas cosas que, en realidad, no necesitamos tener.

En el mito griego, la labor o esfuerzo físico repetitivo sin resultados prácticos o productivos siempre ha sido un castigo. Como el castigo de Sísifo, empujar cuesta arriba por una montaña una piedra que, antes de llegar a la cima, volvía a rodar hacia abajo, repitiéndose una y otra vez el frustrante y absurdo proceso. O el de Ixión, atado a una rueda de pies y manos y condenado a girar por el cielo para toda la eternidad. Y esto es porque el alimento siempre ha sido escaso y el esfuerzo físico para conseguirlo, abundante. El perfecto castigo era, pues, trabajar mucho y acabar frustrado, sin conseguir nada.

Si estamos en el paro, si no estamos en el proceso productivo para el capital, ya no tenemos valor, pero las cosas que hacemos como seres humanos siempre tienen precio. Nos empujan a mercantilizar y sacar plusvalía de todos los elementos de la vida humana, de las cosas que hacemos como seres humanos. «Economía colaborativa» llaman al aprovechamiento de las nuevas tecnologías para prestar, comprar, vender, compartir o alquilar bienes y servicios, mediante una empresa. Como si fueran las nuevas tecnologías las que nos han dado oportunidad de hacer lo que, realmente, siempre hemos hecho durante

toda nuestra historia como especie humana: compartir con los demás los medios de locomoción (Blablacar), disfrutar con los demás de las narraciones de cuentos e historias (Netflix), ofrecer y recibir hospitalidad (Airbnb), hacer trueques (Wallapop…).

Además, existen cada vez más asesores para todos los ámbitos de la vida. Si quieres decorar tu casa, puedes recurrir a un «personal shopper». Si quieres hacer ejercicio, recurres a un «personal training»... O el «coaching» para enfrentar los problemas de la vida, que te ayuda a administrar tu tiempo. Ya hasta ofrecen momentos de bienestar vital como productos a elegir, en las llamadas «cajas de experiencias»: aventuras, espectáculos, tours, series... Consumir experiencias vitales (bajo el lema «Carpe diem») es la mercancía ideal porque son transitorios, episódicos: pasan y se esfuman. La vida se ha convertido en acumulación de experiencias y estados, «stories», que nos encanta compartir.

«Yo no estoy en el negocio, yo soy el negocio», le responde a Deckard la replicante Rachel en la película Blade Runner.

«Negocio» deriva de las palabras latinas *nec* y *otium*, es decir, lo que no es ocio. Ocio se identifica con «scholé», escuela, algo así como cultivar el espíritu. La productividad se ha adueñado también de nuestro tiempo de ocio. Dicen que es «la madre de todos los vicios», pero es el principio de toda creatividad, cuando el tálamo cerebral aprende a priorizar, a ponderar la información y a prestar atención. Y el ocio es justo el tiempo por el que nadie paga por él. Solo tú invertirás y cosecharás lo cultivado en estos momentos de «tiempo libre».

¿Y dónde queda la copa de la libertad de la que antiguamente todos bebíamos hasta acabar borrachos?

El antropólogo James Suzman en su libro *Trabajo. Una historia de cómo empleamos el tiempo*, explica cómo los ju/'hoansi en Namibia comparaban la noción de trabajo asalariado con la pérdida del paraíso en la historia bíblica. Los ancianos rememoraban con el antropólogo cuando el territorio era libre y vivían de la caza y de la recolección. Un entorno desértico, pero que casi siempre les proporcionaba lo suficiente para comer, aun de manera arbitraria.

«Ahora sabemos que los cazadores-recolectores como los ju/'hoansi no vivían constantemente al borde de la inanición. Más bien, por lo general estaban bien alimentados; vivían más que la gente en la

mayoría de las sociedades agrícolas; rara vez trabajaban más de quince horas a la semana; y pasaban la mayor parte de su tiempo en el descanso y el ocio», explica Suzman.

Hasta que, en 1920, llegaron los granjeros blancos y la policía nacional al Kalahari. En un entorno tan hostil, la agricultura a gran escala requería mucho trabajo, por lo que capturaron a los bosquimanos como esclavos, manteniendo como rehenes a sus hijos. No faltaban los maltratos físicos para inculcarles que el trabajo dignifica. Pero cuando en 1990 Namibia se independizó de Sudáfrica, los avances tecnológicos dependían menos del trabajo de los ju/'hoansi, así que los expulsaron de sus tierras.

En Botswana, viven al borde del enorme parque de caza, sin poder cazar ni entrar en la tierra en la que han vivido de forma sostenible durante siglos, utilizando la conservación como pretexto. Mientras tanto, se ha permitido la apertura de una de las minas de diamantes más grandes del mundo en el parque, y los cazadores de caza mayor adinerados del extranjero son bienvenidos. Lo mismo ocurre con la zona de conservación de Ngorongoro, al norte de Tanzania, y el turismo de safari (para familias reales de Dubái) contra pastores masái de Loliondo.

Y las minas de diamantes son imprescindibles. «Un diamante es para siempre» decía la publicidad de la agencia N.W. Ayer, estableciendo así el mensaje de que los hombres podían simbolizar su amor eterno a través de un solitario de este mineral. Compromiso y lujo a partes iguales. A finales de la década de 1950, los diamantes, que antes solo eran accesibles a castas privilegiadas, estaban en todas partes. Tanto que el economista John Kenneth Galbraith los puso como ejemplo en su libro *La sociedad opulenta* para aducir que la publicidad no solo tenía como propósito el ciclo de producción y consumo, sino también la justificación de la desigualdad, de que las personas se preocuparan menos por esta brecha. Porque las personas, al poderse dar de vez en cuando un capricho y permitirse adquirir este tipo de productos, tendrían la sensación de que subían de estatus.

La nuestra es una sociedad que se define libre: «economía de mercado libre», con sus tratados de «libre» comercio.

La libertad es viajar a tierras lejanas, incluso lejos de tu comunidad, sabiendo que recibirás hospitalidad. La libertad es poder malgastar sin escrúpulos las mejores horas del día, simplemente mirando las alegrías

de los demás, o tomando el té.

Escribía Bertolt Brecht en 1956 (Satisfacciones):

La primera mirada por la ventana al despertarse
el viejo libro vuelto a encontrar
los rostros entusiasmados
nieve, el cambio de las estaciones
el periódico, un perro, la dialéctica
bañarse, nadar, música antigua
zapatos cómodos, comprender, música nueva
Escribir, plantar, viajar, cantar y ser amable.

La libertad es crear compromisos, promesas, redes de relaciones sociales. La libertad es cuestionarnos qué trabajos son de verdad valiosos y esenciales, y cómo es que nuestros mercados recompensan mucho más a quienes desempeñan cargos con frecuencia inútiles o parasitarios.

La libertad, Nina Simone, la sentía a borbotones en un escenario con su jazz, blues, soul… «Te diré lo que es la libertad para mí: no tener miedo», dijo en una entrevista. «Ojalá pudiera vivir la mitad de mi vida así, sin miedo». «Eso es todo lo que puedo describir, pero es algo para sentirlo realmente».

En «Ojalá supiera cómo se sentiría ser libre», Nina Simone cantaba:

Desearía poder compartir
todo el amor que hay en mi corazón.
Quitar todas las barreras
que nos mantiene separados.
Desearía que pudieras saber
lo que significa ser yo.
Entonces verías y aceptarías
Que todo ser humano debe ser libre.

La libertad no funciona si no es responsable ante los demás.

Diríamos que la libertad es como una cometa: no resiste al viento en contra, no sube ni vuela, si no la atas a una mano, o a la tierra.

Capítulo 12

EL VIAJE Y EL VUELO DEL MURCIÉLAGO

Narra el togolés Tété-Michel Kpomassie:

Arnarngouangssaq era una muchacha tan bella, que todos los hombres soñaban con tomarla como esposa. Ella los rechazaba a todos. Solo tenía ojos para su padre, con quien vivía.

Un día en que su padre había salido de caza, un ave marina convertida en joven apuesto, la raptó y la hizo su mujer. Su padre, lleno de tristeza, ya la había dado por perdida, hasta que un día, la vio en la isla donde estaba retenida. Volvió a bordo de un «umiak» hecho de pieles, una embarcación más grande que una canoa «kayak», y juntos abandonaron la isla. El petrel, como se llamaba el ave marina, al verse abandonado por su mujer, los alcanzó y creó alrededor de los fugitivos una tempestad tal que el padre, asustado, arrojó por la borda a su hija. Ella se agarró a la embarcación, pero el padre sacó su cuchillo y, de un golpe, le amputó los dedos, y como siguió agarrada con los muñones, le cortó las manos. La muchacha bajó y bajó hasta el fondo del mar. Sus dedos cortados se convirtieron en focas y morsas, y ella, en la diosa del mar inuit, de las regiones árticas de América del Norte.

Sentada en el fondo del Océano Glacial Ártico, con las piernas recogidas y la cabeza inclinada hacia delante, se desesperaba viendo cómo su larga cabellera que flotaba a su alrededor se ensuciaba más y más. Todas las inmundicias de los seres humanas se le quedaban retenidas en su pelo. Con mucho enfado, para vengarse, retuvo a todos los animales marinos a su alrededor, privando de caza a los sucios primates engreídos. Los nativos, temiendo morir de hambre, dilucidaron que era hora de reunirse en la casa de culto para llevar a cabo los ritos que se exigían en esas circunstancias…

Los asistentes no intentaron interrogar a la diosa, que es lo que habríamos hecho en África, donde muchos curanderos se consideran maestros en el arte de hacer hablar a la divinidad o al más allá. Por el contrario, los nativos reunidos en aquel iglú común, habían acudido allí aquella noche a confesar públicamente sus transgresiones del tabú, con el fin de saber qué infracción había cometido para ofender a la mujer majestuosa.

Las faltas habían sido tan numerosas, que el espíritu del chamán, abatido, salió de su cuerpo y fue a reunirse con la diosa del mar. Fue él quien le lavó los cabellos para limpiarlos de los pecados de los seres humanos, peinándolos y recogiéndolos cuidadosamente. La caza volvió a ser fructífera.

Kpomassie confiesa que es la historia más bella que jamás haya oído en estas tierras heladas. Y bien lo sabe, porque tuvo que escuchar muchas en el tiempo que pasó allí. Pero es que ya su historia personal es digna de contarla.

A los 15 años, en Togo, se cayó de un cocotero a causa de una serpiente que salvaguardaba sus huevos en sus ramas más altas. La palabra «reptil» en su lengua llamada «mina», significa «hijos queridos de la Tierra». Mientras estuvo recuperándose, gastó el poco dinero que había conseguido fabricando esteras (con fibras de los cocoteros que años más tarde, se lamentaba, habían talado) para comprar un libro. Un libro que cambió la vida del joven, una etnografía sobre los inuit. En esas tierras, pensó, no habría serpientes (que años más tarde, se lamentaba, habían convertido en bolsos) y nadie querría adentrarle en su culto. Fue en el año 1954. Ese dolor de viajar lejos, anhelo e inquietud por alejarse del hogar, tan común entre los seres humanos, que hasta tiene un nombre en alemán: «fernweh». También en finés, «kaukokaipuu», ese anhelo por una tierra lejana. Cuando el propio hogar se vuelve sofocante y emerge con fuerza las ganas de ampliar nuestro horizonte.

A los 16 años salió de su casa hacia Groenlandia. Costa de Marfil, Ghana, Senegal, Francia, Alemania, Dinamarca... Ocho años de camino que avanzaba gracias al trabajo y al apoyo de decenas de personas que lo ayudaban de manera altruista. Hospitalidad. Y en el territorio polar también recibió hospitalidad, aunque al verle, «todo el mudo enmudeció. El silencio era tal, que hubiera podido oírse el vuelo de una mosca». Y es que jamás habían visto un hombre negro. Vivió y subsistió como su población. Recibió muchos ofrecimientos de las mujeres groenlandesas, vistió el anorak (que en inuktitut significa *viento*) y ropas de pieles, hacía sus necesidades en un cubo en medio de la sala mientras hablaba con sus invitados, comía grasa de foca «con sabor a cera», y dormía junto con toda la familia sobre una plataforma de madera, entre el calor humano. Y aunque las visitas y las fiestas compartidas eran continuas, también descubrió que en estas sociedades había excluidos. Y reflexionaba: «Ahora ya estoy bien convencido de que vivo entre gentes que no son diferentes del resto de hombres de la tierra». Allí pasó un año, no solo como descubridor, sino también «como descubrimiento». A él también le observaban. Volvió a África a estar otro año de gira, dando conferencias con el fin de explicar el modo de vida de los inuit. Más tarde, se instaló cerca de París y en 1977 convirtió las 600 páginas de su diario en un libro: *Un africano en Groenlandia*.

«Un día, después de muchos años, volverás a vernos», le dijo su huésped Matâk con aplomo. «Yo ya habré muerto. Pero tu lugar está entre nosotros, donde te has ganado el cariño de todos».

Y parece ser que fue cierto. Cuando terminé este libro, busqué información del togolés en internet, ávida de saber más sobre su viaje. Me topé con un titular: «A los 80 años, el primer visitante africano de Groenlandia regresa para vivir sus últimos años en el Ártico». Su idea es escribir su segundo libro sobre su infancia en Togo.

Para Kpomassie, Groenlandia siempre era «un lugar para pararse». Un deseo tan común entre los seres humanos, que incluso hay una palabra maorí (Nueva Zelanda) que lo define: «Tūrangawaewae». Literalmente «tūranga» (lugar de pie), waewae (pies).

«Estábamos preparados a admitir cualquier cosa menos empezar por los pies», escribió con sorpresa el etnólogo Leroi-Gourhan en la década de 1960, cuando salió a la luz un fósil de homínido que demostraba que el verdadero origen del homo sapiens no era su cerebro, su mente ni su inteligencia. Fueron sus pies. «Ningún fósil relativamente cercano a nosotros deja esa sensación de extrañeza, casi de vergüenza o de discordancia, ninguno es más impresionante que un ser humano deshumanizado que la de un mono humanizándose.»

Empezar por los pies, por el bipedismo, y no por el cerebro. El fósil al que hace referencia era el primer espécimen de un cráneo protohumano, el fósil denominado en la actualidad Paranthropus boisei, descubierto en 1959 por la antropóloga Mary Leakey en Olduvai, Tanzania. Su cerebro era tan solo de 500 cc, aproximadamente un tercio del de nosotros, los humanos anatómicamente modernos, los Homo sapiens.

«La especie humana comienza por los pies», nos dice Leroi-Gourhan, «aunque la mayoría de nuestros contemporáneos lo olvide y piense que el hombre desciende simplemente del automóvil», se lamenta el antropólogo David Le Breton en *Elogio del caminar*. Pero no debemos olvidar que «desde el neolítico, el ser humano tiene el mismo cuerpo, las mismas potencialidades físicas, la misma fuerza de resistencia frente a los fluctuantes datos de su entorno».

Las rutinas de la vida (búsqueda de alimento, juegos, la socialización, la cocina...) no se producían en espacios cerrados dentro de una caverna, sino fuera, y siempre en movimiento. Somos naturalmente caminantes, y caminamos no para alcanzar el conocimiento, sino para conocer a través del caminar. El hecho de caminar erguido, el bipedalismo, fue posible gracias a nuestro arco en el pie y la hilera recta de sus dedos. Tuvimos que desarrollar pies palmeados, es decir,

nuestros dedos gordos tenían que renunciar a su oponibilidad y unirse a los otros dedos. También desarrollamos los glúteos, un músculo menor en los monos, pero el mayor en todo el cuerpo humano. Pasando luego al estómago plano, la cintura flexible, la columna recta, los hombros bajos, la cabeza erecta sobre el largo cuello. Las plantas de nuestros pies tienen sus propios canales y colinas, sus líneas y desiertos y tierra prensada y moldeada por las superficies que pisan. Nuestras primeras pisadas siempre son como astronautas, contra la pared del útero, y ya cuando nacemos, tenemos huellas dactilares tanto en los pies como en las manos. Su función original es antideslizante.

Los pies son una de las partes más importantes de nuestra anatomía, tenemos una gran deuda con ellos y, sin embargo, abusamos de ellos continuamente. Los moldeamos en estrechas celdas y los obligamos a caminar sobre terreno duro. Los despreciamos físicamente, pero son vitales, como el caminar. Cada vez que el pie besa el suelo, recibe un impacto. La talonera golpea hacia abajo y actúa como amortiguador, y los dedos empujan y proyectan el cuerpo hacia adelante. Y todo se consigue gracias a 26 huesos, 33 articulaciones, 114 ligamentos y 20 músculos.

«El pie es una pieza maestra de ingeniería y una obra de arte», escribió Leonardo Da Vinci.

Sí, pero también huelen. Porque al igual que las manos, están provistos de muchas glándulas sudoríparas. Por eso cuando estamos bajo presión, nos sudan las manos, y también los pies. Dicen que esta cualidad es la razón por la que en Fiji pueden caminar sobre el fuego. Esta práctica consiste en hacer arder troncos de madera en la hoguera bajo unas piedras grandes y lisas recogidos en la orilla. Es cuando los guijarros brillan, que apartan las brasas y los caminantes andan descalzos sobre ellos. ¡Y sus pies no muestran ningún tipo de ampolla! Si quieres más pruebas irrefutables para creer en su poder y comprender que son personas extraordinarias, que sepas que en Suiza, 31 personas terminaron con graves quemaduras en los pies por hacer los mismo, caminar descalzos sobre brasas incandescentes. Fue durante un «team building» o «construcción de equipos», esas actividades que están tan de moda para mejorar las relaciones interpersonales dentro de un grupo. En este caso, estaba gestionado por una empresa de publicidad que, insistía ante los medios, no obligó a ningún trabajador a caminar sobre las brasas.

Quizás no a caminar sobre brasas, pero sí es cierto que nuestra anatomía estaba y aún todavía está optimizada para una actividad físicamente exigente, y también para espacios abiertos.

«El camino de un murciélago nunca es a través de espinas», reza un proverbio fulani.

Los seres humanos siempre nos hemos movido simultáneamente entre dos escalas diferentes, entre la intimidad de nuestro pequeño nicho o casa, nuestro territorio etnolingüístico de origen, y una intrincada red de relaciones que llegaba a abarcar vastos territorios.

Un ejemplo ilustrativo son los caminos incas. El antropólogo Jack Weatherford cuenta en un interesante libro llamado *El legado indígena* que, careciendo de animales de tiro como fuerza animal para grandes vehículos, los indígenas de América, en cambio, construyeron los mejores caminos hasta entonces conocidos en el mundo. Un tramo de camino inca parte desde la elevada ciudad de Quito (antigua capital administrativa) y serpentea entre dos montañas gigantes: Cotopaxi y Chimborazo: 6269 m y 5897 metros respectivamente. Las dos resultan ser volcanes, y el Cotopaxi hizo erupción completa justo cuando atravesaron este camino los primeros españoles. «Los quichuas respiran sin dificultad, pero yo, desacostumbrado a la altitud, debí luchar por el aire. A esta altitud los mecheros no arden debido a la falta de oxígeno. Solo los indios pueden extraer unas tímidas llamas a los preciosos pedazos de madera que cargan por las cuestas», cuenta Weatherford. El camino continúa hacia el sur, y antiguamente tenía un tambo (albergue y almacén) cada veintidós kilómetros. Por eso, los incas no tenían que esquilmar ninguna tierra a su paso. El camino cruza también por varios teleféricos con góndolas atadas a sogas, y puentes, algunos colgantes, construidos con unos siete mil metros de cuerda torcida a mano (pero la mayoría eran de tablones sobre piedra). El «Qhapaq Ñan» o Hermoso Camino del siglo XV superaba los ocho mil kilómetros incluyendo sus arterias mayores (casi la distancia entre Pekín y San Francisco). Estaba pavimentado y disponía de canaletas, de árboles que proporcionaban sombra y de cisternas subterráneas para almacenar agua fresca para los caminantes: los «puquios». Aunque solo se trata de un tramo: todo el sistema abarca un área más grande que Europa occidental.

Los «chasquis» conocían bien estos caminos. Eran los mensajeros corredores que, hasta el siglo XIX, cruzaban esta red de comunicaciones haciendo llegar mensajes gubernamentales de un

extremo al otro del imperio. Cada chasqui corría tres kilómetros más o menos, hasta que otro lo relevaba. Eran capaces de llevar mensajes de Quito a Cuzco en cinco días (cuatrocientos kilómetros por día). Los ecuatorianos aseguran que hace 500 años, una carta viajaba más rápido que en la actualidad por correo. «Paradójicamente», se lamenta el antropólogo, «fue la propia superioridad del sistema carretero americano que hizo a las civilizaciones nativas tan vulnerables. Aquellas regiones con mejores caminos fueron las primeras en ser conquistadas». Aún hoy, existen zonas aisladas de la cuenca del Amazonas, ya que carecen de caminos o ríos navegables.

Y también carecen de ríos y senderos los desiertos. El ser humano, en este lugar, lucha contra las amenazas de la naturaleza y ha de caminar en busca de hierba y fuentes, auténticos tesoros del desierto. La vida de los nómadas que allí habitan está hecha de rupturas incesantes y de la incertidumbre de los regresos. Nunca se sabe de qué está hecho el mañana, el mektoub, el destino. Ningún sitio como este explica tan bien que la palabra en inglés para viajar, «travel» se derive de «travail», trabajo en romance francés.

No hay elección, la naturaleza les envuelve. No pueden escapar de su mensaje, se empeña en ponerles a prueba física y mentalmente, todos los días. No pueden cerrarse al mundo, imposible darle la espalda a la naturaleza. El desierto es una de las partes más desnudas del planeta, y es el lugar de encrucijada entre la tierra, el sol, la luna y las estrellas (millones de ellas). El nómada se encuentra en el centro. Su ventana es el horizonte. La lejanía y el silencio es el único refugio de sus sueños, y la ciencia de las huellas, el único camino.

El hombre es el que se desplaza. Él se encarga del conocimiento del espacio, la defensa del territorio, la circulación y localización de los pastos y de la gente, la perforación y mantenimiento de los pozos, la negociación política… Ella, la mujer nómada, está en la base, en el centro del círculo. Es la columna vertebral de la casa y allí trenza las alianzas, la protección, hasta que el hombre desplaza ese círculo al ritmo de las estaciones y otras circunstancias. «Hijo del pasto estacional y de la nube portadora de lluvias» (ahl al-kalâ' wa'l-muzna). Así se designa al nómada, al trashumante y al beduino en la tradición árabe. «Habitante del desierto» es el significado de «badawi», palabra árabe que dio lugar al término beduino.

Desde siempre persiguen la lluvia, esa agua que parece que les rehuye, como la justicia.

Cerrar el desierto suena un poco a querer barrerlo, pero ahí está el muro más extenso del mundo, solo superado por la antigua muralla china. El muro del Sáhara Occidental es un conjunto de ocho muros defensivos de una longitud superior a los 2720 km, además de un entramado de minas antipersona. La zona más rica en fosfato y el mar con más recursos para la pesca se encuentran sitiados por él. Los saharauis occidentales llevan casi medio siglo esperando en el desierto, esperando el derecho a la autodeterminación de su pueblo.

«En el desierto no hay atascos, ¿y sabes por qué? ¡Porque allí nadie quiere adelantar a nadie!», dicen los beduinos.

Otra cosa muy distinta es el deseo de caminar no por trashumancia, para comerciar o enviar información, sino por placer. Esto estaba relacionado con la aristocracia (la única que se podía permitir la vida sedentaria) y la salud física, para darse a la contemplación y la conversación.

«Friluftsliv» o vida al aire libre, fue un término acuñado en 1859 por el poeta noruego Henrik Ibsen, el autor de Casa de muñecas, en su poema En las alturas («Paa Vidderne»):

Sentado en la solitaria cabaña de campo
reúno mi abundante captura
Hay lumbre, un taburete y una mesa
vida al aire libre (friluftsliv) para mis pensamientos.

En este poema, describe la importancia de pasar tiempo lejos para el propio bienestar físico y espiritual. El protagonista busca la soledad en la naturaleza para aclarar sus pensamientos sobre el futuro.

El rubio Eckbert de Ludwig Tieck, 1796:

Estoy feliz de nuevo
No sufro
Aquí no hay envidia
Estoy feliz de nuevo
Soledad en el bosque (Waldeinsamkeit).

Así apareció esta palabra, «soledad en el bosque», originada especialmente como motivo literario en el período romántico, el bosque como un ideal para el introvertido y soñador poeta. Pero los alemanes gustan de la caminata o excursión (Wanderung). Un término muy en boga es «Wanderlust»: «Wandern» significa vagar, mientras que «Lust» lo traducen como pasión.

«La gente que sufre gusta de visitar los bosques», escribió Robert Walser en *Berlin stories*: «Para ellos es como si el bosque sufriera con ellos en silencio, como si este comprendiera cómo sufrir y estar tranquilo y orgulloso en su sufrimiento».

«Stravaig» sería la palabra escocesa: divagar sin objetivos ni destino fijos. Derivado del latín medieval «extravagari»: vagar, extraviarse más allá de los límites. En idioma galés es «crwydro».

Los suecos llaman «gökotta» a la costumbre de levantarse temprano por la mañana con el propósito de salir a escuchar el canto de los primeros pájaros. Tiene su origen en las celebraciones del Día de la Ascensión, fiesta cristiana que se celebra cuarenta días después del domingo de resurrección. Ingemar Liman en su libro *Traditional Festivities in Sweden*, escribe: «la Ascensión se celebra a menudo levantándose temprano en la mañana (alrededor de las 3 o 4 de la mañana) para ir a un bosque a oír cantar a los pájaros. Estas excursiones se llaman gök-otta, literalmente "el cuco (pájaro) de la mañana", ya que esta es la época del año cuando se puede escuchar la llamada del cuco».

«Jordnær» es otro concepto, esta vez noruego, que significa «los pies en la tierra» y simboliza la aceptación y la conexión con los ancestros, el patrimonio y el medio ambiente. Otra palabra que da una idea del amor que tienen los escandinavos por salir a la naturaleza es «sólarfrí», aunque esta tiene truco. Significa «vacaciones de sol», y la vitamina D es la protagonista. Se trata de disfrutar de un día particular (e inesperadamente) soleado y cálido.

Tras la Revolución Industrial, la cultura caminante era una reacción contra la velocidad y la alienación, una manera de conocer el mundo a través del cuerpo y la mente, y la mente y el cuerpo a través del mundo. La economía de la experiencia (hacer mucho, moverse mucho, probar mucho, cambiar mucho, de todo y a todas horas), y de la influencia (¡muestra!, ¡exhibe!, ¡alardea!) acalló muchas filosofías milenarias que aconsejaban lo contrario: déjate de artificios y disfruta de la esencia de vivir. Las formas más elevadas de pensamiento: la contemplación, la reflexión, la introspección, incluso la respiración profunda, se consiguen gracias al caminar. Caminar como actividad cultural, como una manera de unir cuerpo, mundo, imaginación y atención plena, está decayendo, como decae el tiempo libre, el espacio libre y los cuerpos sin trabas. Nos distraen y nos interrumpen de continuo.

«Mi experiencia es aquello a lo que yo decidí atender», escribió el psicólogo William James ya en 1890 (*The Principles of Psychology*). Él sostenía que nuestra experiencia de vida equivalía, realmente, a todo aquello a lo que habíamos prestado atención: «En el momento en que uno piensa en el asunto, uno se da cuenta de cuán falsa es la noción de experiencia. Millones de elementos del orden externo están presentes para mis sentidos pero que nunca entrarán adecuadamente en mi experiencia. ¿Por qué? Porque no tienen ningún interés para mí. Mi experiencia es lo que yo acepté atender. Solo aquellos elementos que noto dan forma a mi mente: sin interés selectivo, la experiencia es un caos total».

Masaoka Shiki escribía:

Primavera en el hogar.
No hay nada
y sin embargo hay de todo.

Y Mahaside:

El granero se ha quemado—
ahora
puedo ver la luna.

La poesía haiku como esta, es la que captura el momento describiendo imágenes evocativas en pocas palabras. La expresión japonesa «ginkoo» (吟行) significa literalmente «componer y pasear»: gin 吟 significa cantar, alabar, hacer un poema. Koo 行 significa caminar. Es lo que hacen los poetas de haiku: caminar durante horas sin pensar en nada mientras permanecen atentos a la naturaleza, solo tomando notas, nunca tomando fotografías.

Pero estamos hablando de una cultura en la que concentrar la atención y la conciencia de manera plena en lo que se está haciendo en el momento, en lo que ocurre en el presente, es parte de su tradición.

—Maestro, ¿qué haces tú para estar en el camino verdadero?
—Cuando tengo hambre, como; cuando tengo sueño, duermo.
—Pero esas cosas las hace todo el mundo.
—No es cierto. Cuando los demás comen piensan en mil cosas a la vez. Cuando duermen, sueñan con mil cosas a la vez. Por eso yo me diferencio de los demás.

Algunos ejemplos conocidos de las artes zen son la ceremonia del té,

el teatro Nō, el arte floral ikebana, el cuidado de los bonsáis... El tiro con arco, y su «koi-teki chokkan» que significa algo así como «la atención que se concibe en el acto en sí». Una «intuición-acto» que consigue acertar a la diana pero sin tener que apuntar al centro. («Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes», decía Yoda en *La guerra de las galaxias*).

Y también hay tradiciones bellísimas como «tsukimi» (mirar 見 y luna 月), que consiste en contemplar la luna llena en septiembre, en el equinoccio de otoño. Una terapia que se empezó a implantar en Japón a partir de los años 80 y que consiste en caminar por el bosque, es el «shinrinyoku», viene de baño de bosque (森林 bosque; 浴 baño).

Liberarse de las fronteras humanas y recuperarse a sí mismo en la naturaleza, eso es «prostor». Una palabra rusa que advierte que la autorrealización y la privacidad no solo pueden conseguirse en espacios cerrados, sino adentrándose en vastas extensiones despobladas, en grandes espacios. De hecho, tanto el ruso como idiomas de Asia Central, así como el mongol y el letón, carecen de la palabra «privacidad» sin caer en palabras que denotan soledad como un aislamiento negativo, o en palabras calcadas del inglés o jergas legales, como los contratos de confidencialidad. La introspección reflexiva que se consigue gracias a la privacidad la dan los espacios abiertos.

«Ha ma fa afola», dicen los betis en el sur de Camerún. Significa indistintamente «dame espacio» y «concédeme tiempo».

El derecho de acceso público a la naturaleza. Poder transitar y pernoctar breve y temporalmente en terrenos abiertos de propiedad privada, con fines de recreación y ejercicio, siempre y cuando se respete y se cuide al medio ambiente, flora y fauna, a los propietarios y a todas las personas que disfruten del espacio. Es el llamado «servidumbre de paso» en España, o el sueco «allemansrätten», que significa «el derecho de todos». En finés, es «jokamiehenoikeus», que también comparten Suiza y Noruega.

Torres de control, puestos militares, vallas, jeeps del ejército, restricciones… «Ir en una sarha implica dejarse llevar. Es un subidón libre de drogas, al estilo palestino», así de literal describe Raja Shehadeh, abogado, un género de caminar claramente palestino: «sarha». Su libro se llama *Palestinian Walks: Notes on a Vanishing Landscape*. La palabra originalmente se refiere a dejar que el ganado

salga a pastar por la mañana, pero ahora se refiere a un deambular humano, uno sin un objetivo o destino claro donde son bienvenidos los encuentros fortuitos, que brindan un evento valioso imposible de anticipar por adelantado. En última instancia, los paseos reconocen las realidades políticas, ya que evita asentamientos militares y otros lugares de conflicto potencial para los caminantes, y a través de esta experiencia encarnada, invoca a la recuperación del libre caminar. Que no es poco. Palestina es una tierra de belleza bíblica: de olivares centenarios, viñedos, edificios de piedra, colinas onduladas, wadis y acantilados. Shehadeh nos lleva de la mano a hermosas colinas, pasando por ríos y manantiales sagrados, a las cuevas de Shukba, desde Wadi Qelt hasta el Mar Muerto (que ahora retrocede un metro cada año gracias al desvío del río Jordán por parte de Israel, una catástrofe medioambiental en ciernes).

«A mi izquierda en las aguas perfectamente tranquilas del Mar Muerto, transformadas por el sol en una lámina de platino luminosa, y a mi derecha en la formidable pared de roca incandescente a lo largo de la cual viajábamos, que se eleva abruptamente, desafiante, aparentemente impenetrable. Línea de defensa, una poderosa puerta de entrada a otro mundo.»

Y también describe sus paseos con amigos. Por ejemplo, con la escritora escocesa Louisa Waugh, que había escrito un libro sobre Mongolia, donde vivió unos años, y le contaba que el mayor problema de caminar en ese país era ser atacada por perros salvajes, algunos de los cuales estaban rabiosos. Su estrategia, le explicaba al palestino, era correr hacia ellos y asustarlos, sin mostrar ningún miedo.

Durante ese paseo con su amiga, relata, se encontraron con dos jóvenes palestinos armados con garrotes que vigilaban la zona conflictiva e indagaban la identidad de toda aquella persona que pasara por ahí. Iban enmascarados con pañuelos pero, pensó Shehadeh, mientras pudiera verles los ojos, podía leer lo que estaban pensando y comunicarse de manera racional con ellos. Algo harto difícil en esa situación, ya que los jóvenes no daban crédito cuando les aseguró que simplemente lo que hacían allí era caminar. Caminar por placer. Les aclaró que conocía de sobra la peligrosidad del asunto, pero que llevaba caminando por esos terrenos desde antes de que ellos nacieran, desde antes incluso de que se construyera la carretera a la que no quitaban ojo. Eran «jóvenes palestinos jugando el mismo juego que nuestros opresores», escribe. «A lo largo de sus cortas vidas siempre habían conocido el peligro y la incertidumbre. No habían

experimentado otra vida. El mundo exterior era hostil. Los había traicionado y tenían que proteger a los suyos». Se percató con profunda tristeza de que el valle que otrora era tan familiar, cerca de donde había vivido siempre, ya no era suyo. Ya no podía ir allí a caminar, era el final de una época hermosa.

Pero la escocesa no llevaba documentación.

Shehadeh hizo todo lo posible para controlar el miedo y la ira, que no supieran cómo se sentía. No en vano había vivido bajo la ocupación durante cuarenta años. Tenía una larga experiencia. Les dijo: «La traje aquí para mostrarle nuestras hermosas colinas. Cuando viniste, le estaba describiendo cómo se veía el lugar antes de que los colonos construyeran este camino. Eres demasiado joven para recordarlo. Pero este lugar era como un pequeño paraíso».

Intentó, en vano, que imaginaran el lugar en el pasado, sin los escombros de las obras, sin las ruinas en el camino que serpenteaba el verde manantial junto al que pasaba las tardes sosegado, sentado después de una larga caminata, mirando la luz del sol poniente que se reflejaba en el entorno. «¿Te imaginas estas rocas sin los escombros, y el camino ahora oculto por las ruinas?» No hubo manera. «Escucharon lo que estaba diciendo, pero no parecían interesados. Fueron consumidos por el presente inseguro y turbulento. Era todo lo que sabían. El pasado era claramente otro país».

—¿Estás pidiendo que nos preocupemos por la belleza cuando tantos mueren todos los días?

—Sigue siendo importante, murmuró el abogado de derechos humanos en Palestina.

Shehadeh sabe que cuando un paisaje es arruinado, cuando los caminos por ellos se ocultan y se destruyen, no solo se destruyen hábitats. También se destruye su posibilidad de pensamiento, los recuerdos, nuevas formas de ser y de sentir, de imaginar y de crear. Belleza, cultura e identidad. La salud del agua y de la tierra, de las montañas y sus bosques, es la base para una vida plena para cualquier civilización.

El poeta W.H. Auden ya lo sabía: «ninguna cultura es mejor que sus bosques», advirtió en 1953.

Mucho más alegre y placentero, Shehadeh también describe un bello

paseo que dio con la antropóloga Rema Hammami: «Tan pronto como bajamos del taxi que nos llevó cerca de Wadi Qelt, nos encontramos casi corriendo sobre las colinas, que eran como un tapiz marrón. Nos sentimos eufóricos. Estar atrapados en Ramallah, rodeado como estaba de puntos de control en cada salida, la experiencia del espacio abierto, sin paredes, sin barreras y con un cielo abierto, nos hizo marearnos de alegría».

En todos los lugares, cada vez son más las tierras valladas de uso privado.

Los centros comerciales reemplazan a las plazas, la ingeniería del tráfico privatiza el espacio y la gente se mezcla o se reúne con menos libertad y frecuencia. Las aceras están perpetuamente en obras o invadidas por publicidad o privatizadas, los niveles de contaminación son peligrosos y la multitud en la calle es tosca. Ya cada vez hay menos bancos públicos y fuentes de agua. Y menos tiempo. Entre las clases de yoga y el gimnasio, ya no hay tiempo para caminar con la cabeza en las nubes. O para los «caminos de pensamiento», como dicen en muchos lugares de la Amazonía.

Hace un tiempo escuché que la cinta de andar se creó para las prisiones. La original de 1820 era una gran rueda con dientes que servían como peldaños que los prisioneros debían pisar durante un tiempo. Se trataba de «racionalizar sus mentes». Mentes en una cadena de montaje.

«Si de verdad queréis hacer ejercicio, id en busca de las fuentes de la vida», sugiere Henry David Thoreau (*Un paseo invernal*). «Qué ridículo resulta ese hombre con sus pesas arriba y abajo para tratar de mantenerse sano, mientras en las altas praderas la salud brota a borbotones, allá donde a él no se le ocurre acercarse…»

«Piensa en ese tal Thoreau. He leído algunos de sus libros. Salió y vivió en una choza y miró un estanque. Ahora es uno de tus héroes. Si salgo y vivo en una choza y miro un estanque, muy pronto tendré tantos malditos trabajadores sociales golpeando mi puerta que no podré dormir», le espetaba con sorna un anciano lakota al escritor Nerburn, a quien pidió que recogiera sus palabras en un libro llamado> Ni lobo ni perro. Por senderos olvidados con un anciano indio. Y así continua su alegato:
«Los trabajadores sociales empezarán a escribir en algún maldito cuaderno: "Sin iniciativa. Sin autoestima". Escribirán informes, obtendrán subvenciones, iniciarán algún programa gubernamental con un montón de formularios. Dirán que es para ayudarnos».

«No recuerdo nada de que Thoreau fuera granjero. En su mayoría hablaba de lo bueno que era no hacer nada, luego cenaba en la casa de su amigo».
«Thoreau es un héroe porque vivió dos vidas, de lo contrario, simplemente habría sido un vagabundo. Habrían enviado trabajadores sociales a su casa... Para los blancos solo hay dos tipos de indios. Vagos borrachos e indios nobles... A los que nos ven a todos como sabios no les importan para nada los indios. Solo les importa la idea de los indios. Es solo otra forma de robar nuestra humanidad y convertirnos en una fantasía que se ajusta a la necesidad de los blancos. ¿Quieres saber cómo ser como los indios? Vive cerca de la tierra. Deshazte de algunas de tus cosas. Ayúdense unos a otros. Habla con el Creador. Callaos más. Escucha a la tierra en lugar de construir cosas sobre ella todo el tiempo. No culpes a otras personas por tus problemas y no intentes convertir a las personas en algo que no son».

Este anciano y su amigo Grover le recordaban al escritor a lo largo de todo el viaje que la Tierra donde habitaban lo era todo: su religión, su historia, su maestra, su sustento, su vida. Argumentaba que, al contrario que otras religiones, las cuales podían sacralizar cualquier cosa en cualquier lugar de la tierra, para ellos, lo sagrado era donde posaban sus pies, porque allí era donde habían sucedido cosas sagradas y donde les hablaban los espíritus. Nada que ver con sentirse dueños de la tierra, aclaraba. La tierra era parte de ellos, y ni siquiera concebían que era eso de la propiedad de la tierra. Lo compara con hablar de ser dueño de su propia abuela. Por eso, creían que los primeros colonos que llegaron estaban locos: para ellos, clavar una bandera en el suelo y decir que la tierra era suya, era como lanzar una flecha al aire y asegurar que esa parte del cielo era de su propiedad.

La Historia occidental se empecina en mostrarnos a expedicionarios audaces, historias de héroes que recorren largos viajes, ejemplos de intrépidos emprendedores, autónomos, individualistas. Se nos dice que el ser humano es una especie ambiciosa, y que en su insaciable naturaleza humana hará lo que sea por explorar y conquistar nuevas tierras o, en menor medida, por colonizar ese nuevo iPhone.

Pero la historia real es que en general los seres humanos no tenemos esa ansia tan grande por explorar nuevas tierras. La vida humana es feliz en la calma y en la conversación; no en la melancolía perpetua de este continuo trasiego de la historia. O en el ruido, en el vértigo y en la ambición que nos inculca este sistema que nos exige cambios ambiciosos y emprendedores.

«Odio los viajes y los exploradores», es la primera frase que se puede leer en el libro *Tristes trópicos* del antropólogo Claude Lévi-Strauss,

para aclarar que ni en la profesión de los etnógrafos cabe la aventura, porque entorpece el trabajo eficaz: «hambre, fatiga y hasta enfermedad; y siempre, esas mil tareas ingratas que van consumiendo los días inútilmente y reducen la peligrosa vida en el corazón de la selva virgen a una imitación del servicio militar».

El ser humano, nos recordaba, se ha propuesto siempre la tarea de edificar una sociedad duradera en la que fuera posible vivir bien. Sociedades o comunidades más o menos estables en las que hubiese una continuidad en las interacciones.

Y en los tiempos antiguos, las palabras viajaban como pájaros migratorios con historias y acontecimientos que venían de lejos: «la gente de la llanura escucha las historias de quienes viven lejos. Ellos escuchan esas historias, y las vuelven a contar, y también las historias de su propio territorio». «Porque un cuento es el viento: le gusta ir flotando de un lugar a otro», son las palabras de Kabbo, bosquimano |xam, que recoge el libro La niña que creó las estrellas. Un tesoro de libro que compila tradición oral, anécdotas, cuentos de los |xam, historias contadas entre 1870 y 1884.

Y Kabbo añade, esperanzado: «Tú sabes que estoy esperando el retorno de la Luna para poder regresar a mi hogar, para poder visitar a mi gente y escuchar todos sus relatos, para poder escuchar las historias que cuentan». «Yo lo que hago es esperar el retorno de la Luna, para poder poner los pies en el camino y avanzar (cuando un hombre quiere regresar, pone los pies en el camino y desanda sus pasos). Debo esperar y escuchar tras de mí, a lo largo del camino, porque cuando uno ha recorrido un camino y se sienta, espera a que una historia viaje hasta él, una historia que lo ha seguido por la misma senda. Y noto como mi nombre viene flotando por el mismo camino, mis tres nombres llegan flotando por el mismo camino, llegan flotando hasta donde estoy».

«Porque nuestros nombres pasan por entre otras personas, aun cuando ellas no se den cuenta de que nuestros cuerpos avanzan. Porque nuestros nombres llegan flotando hasta otro lugar. Las montañas se alzan entre dos caminos distintos. El nombre de una persona pasa por detrás de las montañas, los nombres que lo acompañan en el camino de regreso. Y la persona sabe que está sobre el camino que circunda su hogar».

No necesitamos del meta-verso ni de su idea de inmortalidad, sino del

pluri-verso, donde sean seguras las emergentes y fluidas diferencias humanas. La sensación de una vida más larga y plena se consigue con la atención plena en lo real, de mirar y ver, de tocar otros cuerpos vulnerables. La fragilidad individual se amortigua con la fortaleza colectiva. La biodiversidad nos ha dado una lección primordial: una comunidad diversa con una red compleja de interdependencias resiste mejor a los embates en la historia. Los monocultivos, la falta de diversidad, reduce los cortafuegos y atrae plagas y enfermedades.

«El ser humano ha prestado siempre atención a los pasos de otros seres humanos; con toda seguridad estaba más pendiente de ellos que de los propios». «La escritura más temprana que aprendió a leer fue la de las huellas», escribió Elías Canetti (*Masa y poder*).

En cuanto movemos los pies hacia un lugar lejano, nos vemos abocados al destino de un migrante. Por eso, la hospitalidad resulta algo tan valioso en tantas culturas humanas, como una inteligencia del mundo que crea condiciones para la paz. Una garantía universal de seguridad social. Cuando eres anfitrión, estás cuidando al que acoges y también a la propia humanidad. «Todo ser humano de este planeta tiene la obligación de responder por mí y yo respondo por cada ser humano, sea cual sea el lugar que ocupe en el mundo». Así transmite el significado de «teranga», voz wolof (Senegal) que significa hospitalidad, el antropólogo e historiador Abdourahmane Seck. Va más allá de la generosidad individual o el asistencialismo, explicó en una mesa redonda organizada por la plataforma GrigriProject. Reconoce que el primer ejemplo de hospitalidad es la Tierra misma, por eso los campesinos sentían tanto rechazo a la ingeniería agrícola occidental basada únicamente en el aumento de productividad. «El centro del rechazo campesino era la idea de que no había que tomar a la ligera la relación tierra-fruto-hombre; no había que herir a la tierra, ya que nuestra salud espiritual se asienta en su bienestar». Del Sahel, «es de allí de donde vengo, y es un sitio en el que se inventaron formas de gobernanza de integración colectiva, con un pluralismo remarcable. Allí supieron crear maneras de acoger y formas de transacción pacíficas, así como modos de garantizar la convivencia», apunta. De este lugar proviene el término «teranga».

«Teranga», pues, es un sistema político: En la etimología de Teranga hay varias raíces dentro. A saber: «Ter, que es como aterrizar, después de un periplo, es llegar a tierra firme después de un largo camino, porque se utiliza especialmente en el ámbito de los pescadores, y nombra el encuentro que nos hace existir (antes del arribo no

existimos); teu tiene que ver con esperar, pero no se trata de una espera pasiva sino de preparar el lugar y aclamar al que llega; teran transmite la idea de alcanzar el propio sentido, o la posibilidad de llegar a convertirse verdaderamente en uno mismo, o la plenitud del ser; y, por último, terang, que habla de recibir con cuidado, ocupándose del otro, porque el otro es alguien igual a uno». La teranga es, entonces, «el intento de construcción política de un vínculo que nos supera, que es más fuerte que nosotros».

Un poema del poeta palestino Mahmud Darwish dice:

En cada «tú» hay un yo, yo soy el tú interpelado,
no cabe exilio si yo te soy. No cabe el exilio si tú me eres.
No cabe el exilio si el mar y el desierto
son la canción del viajero al viajero:
no volveré como me fui, no... por nada en el mundo.

La palabra hospitalidad viene del latín *hospitalĭtas, hospitalitātis*, de «hospes», acogida. En la hospitalidad, en la relación de acogida, incorporas a tu espacio privado a un intruso. Pero con el tiempo (en caso de no haber hostilidad) se reduce la alteridad del que acoges, y el que antes era un extraño se convierte en alguien en quien confiar, que también comparte y aporta. Y su marcha puede hacerse difícil.

«El visitante es como un pichón: cuando le crecen las alas, se va a su casa» es un bello refrán wanguru, de Kenia.

Otro divertido refrán, al contrario, alude a aquellos huéspedes que abusan de la hospitalidad: «ua afu le laufala», «las esteras (donde se sirve el taro) están sudando», dicen en Samoa.

En *El almanaque del Pobre Richard*, Benjamín Franklin afirmó tajante: «después de tres días, el pescado y los visitantes huelen mal».

«Awumbuk» es una palabra que utilizan los Baining, que viven en las montañas de Papúa Nueva Guinea. Describe el vacío que se siente cuando se marchan las visitas a las que se ha hospedado. Creen que los visitantes, cuando marchan, se desprenden de una especie de peso para viajar más ligeros. Ese peso permanece durante tres días y distrae en las rutinas de la familia de la casa. Por eso, los baining llenan un bol con agua y lo dejan reposar durante la noche para que absorba ese aire viciado. Al día siguiente, lo vacían echando el agua a la tierra.

Acoger a un invitado desconocido entra dentro de la verdadera hospitalidad islámica, la diyâfa. En zonas de Asia central, sobre todo en las rurales, sigue siendo costumbre ofrecer de todo a los huéspedes, aunque eso sea todo lo que uno tenga, e incluso aunque el huésped sea un completo extraño.

En Uzbekistán hay un dicho, «Mehmon otanda ulugh» («el invitado es más grande que el padre»).

«Cada huésped es un regalo de Dios», dicen en Georgia. Uno de los monumentos nacionales más conocidos en este país es Kartlis Deda: Madre de Georgia. Su estatua está en lo alto de Tiflis con una espada en una mano y una copa de vino en la otra. Representa la actitud protectora y hospitalaria de Georgia hacia los huéspedes.

«El anfitrión debe temer al huésped», dice un proverbio jordano. «Cuando se sienta, es compañía. Cuando se activa, es gratitud». Ese huésped, cuando se marche, tendrá algo que decir sobre el nivel de generosidad recibido.

La palabra «xenofobia» viene de la palabra griega antigua «xeno» que, además de extranjero, se refería al huésped. Nunca como ahora viajar ha sido tan barato y, sin embargo, el miedo al otro como mecanismo de control funciona a las mil maravillas para coartar nuestros movimientos. Según Mary Douglas, antropóloga: «el universo se divide en fuerzas enfrentadas del bien y del mal (...). La frontera de grupo es el principal elemento que define los derechos: las personas quedan clasificadas como miembros del grupo o extrañas a él. El peligro está asociado con la frontera. El mal es un peligro extranjero».

A Anahit y Makar les preguntaron si querían que su casa estuviera en Armenia o en Georgia. Su «casa divida» quedó entre estos dos países: el baño de su casa, el bosque donde él trabajaba de guardabosques y la iglesia donde rezaban, quedaron en Armenia; el resto del pueblo, en Georgia. Al baño les dejan ir (sin papeles, o al menos con papel del baño, bromean ellos) pero no al bosque. Y rezar, rezan a distancia.

Makar lo tuvo claro: «pero si el resto del pueblo vive en Georgia, ¡cómo voy a vivir yo solo en Armenia!». Su nacionalidad es su gente. En su pueblo, cuentan, griegos, armenios y azerís viven como hermanos, pero es que sus azerís son los buenos, aclaran: los de otros pueblos, los de Azerbaiyán, no.

«En Armenia, si algo está por encima de mapas y planos es la creación

y fortalecimiento de lazos sociales», aclara entonces la antropóloga Virginia Mendoza en su maravilloso libro Heridas del viento, encantada de perderse por esas redes. Un proverbio armenio dice «los perros que se pelean entre ellos, se unen a los lobos».

Y es que solo manteniendo una identidad de sólidos cimientos podemos abrir las ventanas para airear y abrir la puerta a los invitados.

Hay un cuento del sufí Nasrudín que dice así:

Un ladrón se introdujo en casa de Nasrudín.
Tan pronto como este advirtió su presencia, se escondió en un rincón. El ladrón se lo llevó todo. Nasrudín asistió a la operación, siguió al malhechor hasta su casa y le abordó educadamente.

—Gracias, extranjero, por haber querido trasladar todos mis efectos y mis muebles —le dijo. Has hecho que abandonemos mi sórdido alojamiento en el que tanto mi familia como yo nos estábamos pudriendo. Ahora, vamos a poder vivir aquí. ¡Voy ahora mismo a buscar a mi mujer y a mis hijos para que disfruten sin más tardanza de tu generosa hospitalidad!

El ladrón, angustiado ante la idea de tener que cargar con toda aquella gente, le devuelve en el acto todos sus bienes: —¡Tómalo todo de nuevo —exclamó—, y guárdate para ti tu familia y tus problemas!

Según el sufí murciano Ibn Arabi (1165 - 1240), «jamás dejamos de viajar desde el día en que nacemos». Desde que posamos los pies en la tierra, nos adentramos en terrenos ignotos.

Por eso «safar», la palabra árabe equivalente a «viaje», (de donde viene «safari»), tiene otro sentido muy diferente a nuestra palabra, más relacionada con el movimiento, el llegar lejos, conquistar nuevas tierras o el «tour». «Safar», por el contrario, se refiere al que viaja. Es sinónimo de desvelarse o desenmascararse. Según muchos sufíes, místicos islámicos que a menudo eran también astrónomos y matemáticos, el «viaje» desvela el ser real del «musafir» (viajero) le desenmascara. Porque le obliga a autodescubrirse y descubrir, sinónimo de verdad, de transparencia y confianza.

La prosperidad de los grandes imperios en la Historia fue posible gracias a los comerciantes que recorrían sin cesar las rutas entre continentes. La religión musulmana, por ejemplo, se extendió desde Arabia hasta Indonesia a través de rutas comerciales gracias a que los viajeros hablaban entre sí en los puertos y aprendían de otras culturas

que encontraban a su paso. Ya en los *Cuentos de las mil y una noches*, se relata que en Bagdad (que significa «ciudad de la paz») del siglo IX, viajar lejos y comunicarse con los extranjeros daba placeres y beneficios. Así, la élite dirigente podía acumular riquezas y poder. Pero los califas abasíes no invertían en el ejército, sino en libros y traducciones que dotaran a los musulmanes de la información que necesitaban para convertirse en comerciantes viajeros responsables. Sabían que la diversidad no solo existe en la biosfera, en la naturaleza, sino también en la etnosfera: todas las culturas, todos los modelos de la realidad, opciones adaptativas… sueños, ideas, historias, inspiraciones, intuiciones… y formas de relacionarnos con el planeta.

«No se puede cerrar el mar», repetía el antropólogo fiyiano 'Epeli Hau'ofa. Él propuso sustituir la visión colonial y segregacionista que reduce el entorno de los pueblos del Pacífico a islas pequeñas y aisladas, por una visión oceánica que reconoce la existencia ancestral de un mar de islas, hogar de redes históricas, sistemas de intercambios culturales y comerciales.

Y escribe en Our Sea of Islands: «El mundo de nuestros ancestros era un enorme mar, pleno de lugares para explorar, para construir nuestras casas, para procrear generaciones de marineros. La gente que creció en este medio hizo del mar su hogar. Jugaban en el agua en cuanto eran capaces de ponerse de pie, trabajaban en el mar y también luchaban en él.

Desarrollaron los conocimientos para navegar sus aguas y el valor necesario para atravesar los grandes espacios que separaban sus archipiélagos. El suyo era un mundo enorme, dentro del cual se movían y entrecruzaban diferentes sociedades y culturas, libres de las fronteras que posteriormente erigieron las potencias imperiales. Navegaban de una isla a otra para comerciar y casarse, extendiendo de ese modo las redes sociales sustentadas en el flujo de bienes y personas».

Ni brújulas, ni radio, ni radar, ni GPS. Los pueblos del Pacífico navegaban con sus propias técnicas sofisticadas, utilizando los mares, los cielos y la vida marina para guiarlos. Y las estrellas nunca dejaban de funcionar.

En las Islas Carolinas, menos del 0,2 por ciento de la superficie es tierra. Son islas pequeñas en medio de grandes extensiones de océano. Hay una historia allí que cuenta la historia de una mujer llamada

Ukura. Ella se fue de viaje en canoa con su padre, Suk. Volviendo a casa de Saipan a Satawal, se desorientaron. Estaban a la deriva hasta que vieron al ave marina de cola blanca también llamada Suk. Se preguntaron de dónde había venido el pájaro. Ukura gritó:

—Padre, ¿Por qué dices que no sabes de dónde viene ese pájaro? ¡Me dijiste que Suk vive al norte de Fais, bajo la estrella de Weno!

Así que viraron la canoa hacia donde el pájaro vino y navegaron hasta que vieron Fais.

En la inmensidad del océano, aún sin poder ver las islas, tienen una imagen mental sobre dónde se encuentran. Si no disponen de dispositivos mecánicos, eléctricos o magnéticos para orientarse, navegan entre ellas durante días gracias a la ubicación de las estrellas, la ubicación del Sol, la sensación que se percibe cuando se pasa sobre las olas, la alteración de las olas con los cambios de curso, el viento y clima, las habilidades para manejar la escota, la habilidad para detectar arrecifes a muchas brazas de profundidad…

«Caminante, no hay camino, sino estelas en la mar», decía el poeta Antonio Machado.

Otro antropólogo llamado Steven Helmreich se dedicó a estudiar la ciencia de las olas (sí, hay profesionales de la antropología para todo lo que te puedas imaginar.) En *The measure of all waves* reconoce que mientras que Leonardo da Vinci, a principios del siglo XVI, escribió sobre «las innumerables olas del mar» y su infinitud, ya desde 1405 hasta 1433, el marinero de la dinastía Ming, Zheng He, creaba cartas de navegación que describían los vientos oceánicos navegando por el Pacífico, el Índico y el mar Arábigo hasta la costa este de África. Zheng He fue el primer chino del que se tuvo constancia de haber llegado incluso hasta Zanzíbar, de donde se llevó animales tan exóticos como un par de cebras y una jirafa. En China, la jirafa fue considerada una evidencia viviente del «qilin», una criatura de la mitología china que representaba la buena suerte.

También cuenta del navegante y cartógrafo árabe del siglo XV, Ahmad ibn Mājid, quien escribió obras sobre las corrientes, las mareas y los vientos del Océano Índico, cuando tanto los europeos como los otomanos tenían solo una comprensión limitada de su geografía. Y lo hacía a través de cuentos y poesías en las que se transmitieron los principios básicos de la navegación. Las que había escuchado por generaciones de marineros que viajaban desde los puertos desde el

este de África hasta Indonesia, incluida información sobre islas como Madagascar y las Comoras, así como sobre el Mar Arábigo y el Mar Rojo. Y escribía:

«(…) poseemos libros científicos que dan las actitudes estelares, pero [los europeos] no tienen conocimiento de las actitudes estelares; no tienen ciencia ni libros, solo la brújula y la navegación a estima... Podemos navegar fácilmente en sus barcos y en su mar, por lo que nos tienen un gran respeto y nos admiran. Admiten que tenemos un mejor conocimiento del mar y la navegación y la sabiduría de las estrellas».

Y luego están los africanos occidentales, quienes vivían a orillas de ríos, lagos o cerca del océano. Eran expertos nadadores, buceadores, constructores de canoas y piragüistas. En esas vías fluviales, se volvieron competentes en diversas habilidades marítimas, mientras incorporaban el agua y lo acuático en la comprensión espiritual del mundo. El historiador Kevin Dawson también explica que, para estas culturas, el agua no era solo «una frontera para eventos terrestres» o «un intervalo entre lugares», sino «espacios sociales y culturales.» (*Undercurrents of Power: Aquatic Culture in the African Diaspora*) Se trataba de poblaciones de fuertes nadadores y pescadores y comerciantes que conocían los patrones de las olas y tripulaban canoas de surf, capaces de atrapar y montar olas de más de diez pies de altura.

Lógicamente, eran nadadores expertos. Dawson cuenta la historia de una joven de la isla de Fernando Po (ahora Bioko) que se rio mientras se zambullía hacia un lugar seguro, dejando frustrado y furioso a su agresor británico. Ella vendía vino de palma a marineros británicos anclados frente a la isla, y uno de ellos «creyéndose afortunado, puso su brazo alrededor de su cuello. Perturbada por su movimiento, ella se zambulló debajo del barco, y reapareció a cierta distancia en el lado opuesto». Divertida por la «sorpresa y decepción» del marinero, ella «nadó, riendo, hasta la orilla». También cuenta Dawson la historia de los barqueros que cantaban sus canciones de remo un poco fuera de tiempo, con un ligero retraso, para controlar el ritmo de su trabajo.

El primer relato conocido sobre el surf se escribió durante la década de 1640 en lo que ahora es Ghana. Los pescadores Ga de Labadi utilizaron tres tipos de canoas de surf a lo largo de un par de millas de playa para cabalgar las olas de manera segura: Ali lele, Fa lele y Tfani lele. En Tahití, en 1777, poco antes de que James Cook llegara a Hawái, un cirujano llamado William J. Anderson escribió sobre la

primera vez que presenció el surf: «se sentó inmóvil y fue arrastrado a la misma velocidad que la ola, hasta que lo desembarcó en la playa. Luego partió, vació su canoa y fue en busca de otro oleaje. No pude evitar concluir que este hombre sentía el más supremo placer, mientras era llevado, tan rápido y tan suavemente, por el mar».

«No se puede cerrar el mar». Pero es que el mundo tampoco se puede cerrar. Ni la vida, ni la materia de la que está hecha: el tiempo. 9 segundos, dicen que es el tiempo de atención de los humanos hiperconectados. De 9 segundos es nuestra capacidad antes de pasar a otra cosa, a conectar el modo automático, a darle a avanzar, a mirar el móvil, a hacer zapping, scrolling, linking. Hasta emerger y asombrarnos de la velocidad del tiempo. Los ingenieros de Google han calculado que el tiempo máximo de concentración de un pez condenado a dar continuas vueltas en su pecera es de ocho segundos, solo uno menos que nosotros.

Pues no.

Los peces no tienen una memoria de ocho segundos. De hecho, científicos demuestran que pueden recordar el lugar en el que fueron alimentados hasta doce días después.

Los peces de colores, de mayor tamaño en estado salvaje, han nacido para vivir en grupo, y así pueden llegar hasta los veinte y treinta años.

Se trata de la pecera.

A nuestro tiempo lo quieren en una pecera. Al tiempo y a la atención los quieren como el agua en ella, como un recurso escaso, y la escasez es, precisamente, la premisa fundamental del capitalismo. Y a nuestra vida en ese vaivén de los peces, en esa inmovilidad fatalista.

Y a lo largo de toda nuestra historia humana, hemos conocido la libertad, no la que ondean algunos para afianzar y acrecentar su beneficio personal sin límites, sino la libertad para buscar alternativas al statu quo. Hemos ideado sistemas económicos, políticos, de valores, acordes a la sostenibilidad de la vida. Hemos configurado colectivamente otras formas de existencia social a través de un destino común.

Pero llamamos a la inmortalidad a través de la hiperconexión y el transhumanismo. Haremos una copia de seguridad de nuestra mente. La geoingeniería encontrará más fósiles y resolverá el cambio

climático. Encontraremos un nuevo planeta.

Rebecca Elson, en uno de sus poemas, aseguraba que los astrónomos como ella eran como comerciantes o gente de circo que generan entusiasmo, siendo la tierra su carpa entera.

Pero el universo se ha alejado mucho.
A veces, lo confieso,
La luz de las estrellas parece demasiado nítida,
Y como la luna
Inclino mi rostro hacia el suelo,
Al pequeño terreno donde cae cada pie,
Antes de que caiga,
Y me olvido de hacer preguntas,
Y solo cuento cosas.

Se cuenta que una noche, Tales de Mileto, un filósofo, matemático, geómetra, físico y legislador griego, ensimismado mientras contemplaba las estrellas en su jardín, absorto en la observación y sumido en los pensamientos, cayó en un pozo. A lo lejos, oyó una sonora carcajada: la que reía era una muchacha tracia, una criada, divertida porque alguien que buscaba el camino del cielo no supiera andar en la tierra.

«Hoy, más que en el cielo, buscamos la predicción del futuro dentro de nosotros, en nuestros genes. Sin embargo, dado que las constelaciones de genes no son de este mundo, tal vez su desciframiento rehaga el vínculo con el cielo, nos señale el camino de vuelta y restaure la armonía perdida», nos intima el médico Andrzej Szczeklik en *Catarsis: sobre el poder curativo de la naturaleza y del arte*.

Es un poco como la frase esa: «cuando el dedo señala el sol, el tonto mira el dedo».

«Más tonto sería si mirara el sol. Se quedaría ciego» le leí a un anciano maya. Y luego explicaba que ni el sol ni el dedo, ninguna era alternativa inteligente. Porque, además, siguiendo el dedo, tampoco se haría camino propio.

Lo importante entre el dedo y la estrella es la distancia. Un poco al modo de navegantes como Ahmad ibn Mājid, que se orientaban con sus dedos para medir la latitud, nuestra posición en la tierra y la elevación de la estrella Polaris en latitudes ecuatoriales, porque su ángulo con el horizonte no cambia con la longitud o el tiempo. Es el

«kamal», guía en árabe. El ángulo era conocido como issabah إصبع en árabe o zhi 指 en chino: ambos significan «dedo».

Vivir, pues, consiste en hacer camino. Un continuo subir y bajar la mirada, y subir y bajar los pies.

«El pacto entre escribir y caminar es casi tan antiguo como la literatura: caminar está a solo un paso de una historia, y cada camino cuenta», asegura Robert Macfarlane (*The Old Ways: a Journey on Foot*). Un camino es solo una interpretación para atravesar un paisaje, un hábito. Pero siempre es un consenso. Al atravesar un terreno empinado o inseguro, encontramos la manera más fácil, más suave y nivelada. Como en la vida, es un medio de mantenerse estable, y los demás nos percatamos y lo seguimos.

Además, los senderos siempre están conectados a otros. No existen senderos solos, ni subsisten si no son pisados una y otra vez, cuando la vegetación o la nieve los cubre, por los ires y venires de los seres humanos y otros organismos. Los senderos necesitan caminarse, y caminar también es cuidarse y cuidar los pasos de los otros. No hay senderos más difíciles, más llenos de zarzas, más rebeldes que los que te dirigen a un pueblo que tuvo que ser deshabitado.

Pero en superficies como el asfalto, el vidrio, el ladrillo, el hormigón… es difícil dejar huellas o señales de paso, como en los senderos, la nieve, la arena, el barro, la tierra, la hierba, el musgo y su rocío…

Todavía me impresionan los restos de vida en un pueblo deshabitado, o seguir las huellas de personas desconocidas en la nieve de una montaña y sentir gratitud porque te han dejado estos peldaños naturales aptos para tus pequeños pies (y pies cavos en mi caso, para más inri).

Y más me impresiona (y me avergüenza) ver a los animales salvajes cruzar por ellos, por su hogar, con una habilidad de otro mundo, de otro orden. La mirada inquisidora de la marmota y su manera de deslizarse, trotar y escabullirse. O la cabra que parece sobrevolar la nieve. O ese planear del buitre. Ahí, tú estás de paso, y sus chillidos y trinos parecen advertir al extranjero. Es el mundo que funciona a tu alrededor con diferentes y diversas reglas, medidas y hábitos, que ni las compartes ni las entiendes. Pero que es su hogar, y tú solo estás de paso.

«Ilira» es una palabra inuit del norte de Canadá. Es una sensación de

asombro y miedo al mismo tiempo, que casi siempre implica la sensibilidad del paisaje. «Ilira» cuando ves un alud en la lejanía, o la caída de un precipicio, o una tormenta implacable. Incluso lo que sientes admirando esas montañas, esas portentosas ondas de piedra en capas que te habla de las arrugas de la Tierra, de su sinfonía, de impactos y erosiones de otras épocas, olas de piedras que esconden fósiles de tiempos pasados, y que si prestas atención, puedes verlos incrustados en piedra. Organismos marinos de otros tiempos que te advierten que antes, donde pisas, era un fondo marino. Que, en este planeta, nada es inmutable. Y que ahora es piedra caliza cuando antes fue animal (como tú y como yo) para que, en un futuro, vuelva a suministrar minerales, carbonato de calcio, para que nuevos organismos construyan sus cuerpos, conchas y esqueletos. Y para mantener sanos nuestros huesos, músculos, el sistema nervioso y el corazón.

Durante la década de 1930, el antropólogo A. Irving Hallowell, estuvo trabajando con los pueblos Anishinaabe u Ojibwa, del centro-norte de Canadá. Allí entabló una profunda amistad con William Berens, jefe de los Anishinaabe del río Berens. Un hombre sabio, educado por sus antecesores y por toda una vida dedicada a observar el mundo que le rodeaba, animales, plantas... y piedras.

El antropólogo observó que en la gramática de la lengua de los Ojibwa, la palabra para «piedra» parecía estar en la categoría aplicada a los seres animados.

Confundido por esto, Hallowell le preguntó:

—¿Están vivas todas las piedras que vemos a nuestro alrededor?

Tras una larga reflexión, Berens respondió:

—¡No! Pero algunas sí lo están.

Hallowell recuerda que esa respuesta le dejó una impresión duradera, aunque no sabía qué hacer con ella.

¿Será que los Ojibwa dicen que las piedras están vivas como una manera simbólica de considerarlas sagradas, como nosotros consideraríamos sagrada la mesa de un altar en una ceremonia religiosa? ¿O vivas en el sentido de «vitalidad espiritual»?

El nativo Berens aseguraba que había visto a ciertas piedras moverse y

hablar. Pero las piedras no hacen eso. ¡Al contrario! Por eso las usamos para simbolizar la durabilidad, para detener el tiempo: hitos, lápidas, estatuas…

Pero si las montañas también son vulnerables al desgaste del tiempo...

Hay piedras que crean musgo, y líquenes que son capaces de liquidar rocas con sus ácidos. Y hay «piedras que caminan» porque son arrastradas por el agua, el hielo o el fango. Hay incluso piedras «trovants» o «piedras que crecen» en idioma rumano, compuestas de arena y carbonatos de calcio. Los científicos determinaron que estas piedras tienen una antigüedad de 6 millones de años (y lo calcularon contando sus anillos, como un tronco), y que antes fueron pequeños guijarros.

Además, todas las piedras emiten sonidos cuando se deslizan o chocan unas con otras. Y durante la vida de la Tierra, hay piedras que se han ido elevando y plegando como estratos o que se han desplazado como lava o placas.

Si prestáramos atención a la circulación y corrientes del mundo, podríamos ser testigos de la viveza de las cosas que fluyen y crean formas, como algunas piedras hacen, auténticas catedrales que cuando te las encuentras, no te explicas cómo han llegado hasta ahí.

La piedra está en la vida, y la vida está en la piedra. En última instancia, para muchos pueblos originarios, es decir lo mismo. En la escala de tiempo de los eventos del planeta, que es infinitamente mayor que la escala de tiempo de las vidas y los planes humanos, la vida no para quieta.

¿Sabes por qué los murciélagos duermen boca abajo? No pueden alzar el vuelo desde el suelo porque sus alas no son los suficientemente fuertes, por lo que necesitan un impulso, el que les proporciona estar colgados y dejarse caer antes de abrir sus alas y elevarse.

«Aunque el murciélago puede colgar la cabeza hacia abajo, es plenamente consciente de la forma en que vuelan los pájaros», reza un refrán yoruba (oeste africano). En esta cultura, este animal es símbolo de la astucia y el engaño, ya que no es ni rata ni pájaro.

En China, el segundo carácter de la palabra «murciélago» en chino (fú), se pronuncia igual que uno de los caracteres que significan «felicidad», y simboliza la buena suerte.

«El murciélago, colgado boca abajo, se ríe del mundo al revés», reza un refrán japonés.

Este es el mundo al revés:

Los seres humanos nos comportamos como máquinas (y beatíficos, creemos que serán las máquinas las que nos salven).

Las redes sociales son las que usan las historias de vida de los seres humanos (y los seres humanos confundimos la vida con el consumo).

Las marcas de los productos son las que crean las identidades humanas (y la publicidad aparenta una realidad lo más realista posible).

Nos venden formas de ganar tiempo, para consumir más tiempo de vida (y lo llaman producción, que no consumo, como a la explotación de los fósiles, como al oro que dicen que es el tiempo).

La escasez es la premisa fundamental del capitalismo, pero cuando hay sobreproducción, es un problema que se destruye: kilos de frutas a la carretera y peces muertos a la mar.

La felicidad y el crecimiento ilimitado crean progreso.

Nosotros somos los que trabajamos la tierra.

«¡Va a mi pelo, mi pelo! ¡Quítamelo, quítamelo!»

¡Pero qué chillidos más agudos! Y para qué, me pregunto yo, iría yo a su pelo. Con qué fin. Si no se lo hubiese lavado en días y criara en él cientos de polillas, por darme un festín, no sería mala idea. Pero más me proveen las farolas bajo sus cuevas. Y desde luego, no tendría que escuchar ningún chillido.

Será que ya soy viejo, que ya no aguanto tanto. Es cierto que mis vuelos ya no son lo que eran. Mis acrobacias eran las mejores del arrabal. No había, bajo el puente, mejores cabriolas aéreas que las mías. Todo un murciélago avezado era yo. Ni el más diminuto insecto se escapaba de mi radar, de mi planeo enfilado. No había acabado la noche y yo ya me había zampado todos los mosquitos de la ciudad. ¡Menudo era yo!

Bueno, quizás exagero algo, menos en lo de menudo. Pero hasta mi tamaño me ha servido bien en mi larga vida. Ningún pequeño agujero me impedía colarme por las cuevas humanas para reposar. Me encantaba esa sensación que te daba llegar a un lugar acogedor, íntimo, silencioso, con olor a madera, con calor y en penumbras. ¡Ay si tenía chimenea! El aroma de la madera al arder, el aroma del

humo, los sonidos de la madera al crepitar, esas sombras acunando la vista... Una pequeña esquinita y oscura me bastaba, ahí me colgaba yo, plegando por fin mis alas. Un pequeño suspiro y a descansar.

Y no sé si será la edad, pero cada vez me cuesta más encontrar una cueva silenciosa. Todas parecen competir por atiborrarse de luces brillantes que ocupan hasta el más mínimo recoveco, y de estruendos provenientes de esas feas cajas. Dicen que nosotros somos ciegos, pero si los vieras cómo les desaparece el mundo frente a esos destellos y ese dedo deslizante hasta quedarse embobados, y ya ni se percatan de nuestro batir de alas. Pero también hay cavernas acogedoras, las hay con hembras y crías. Algunas mamando, otras ya alzando su propio vuelo. No son muy numerosas, como las nuestras, y lo comparten todo, como en mi hogar. Sus risas me acompañaban en mis sueños en los que soñaba con mi lar.

No voy a refunfuñar más, porque mal las pasaba también en mis años de cría. Esos malditos fuegos que portan algunos en sus bocas, todavía siento escalofríos cuando los distingo en mis vuelos nocturnos. Aquel día que me empeciné con una polilla habilidosa, y en un vuelo rasante terminé no sé cómo en una de esas grutas estrechas y ruidosas atestada de seres humanos con carámbanos en sus manos. Bien que los esquivé, pero eran demasiados, y lo último que recuerdo es despertarme tras el shock... ¡con fuego en el hocico. ¡Fuego! Cuanto más trabajaban mis pulmones para expulsarlo, más brillante era la llama. Todas las noches me persiguen esas pesadillas. Me zafé como pude de esas garras endiabladas que me sirvieron a la vez de trampolín para alzar mi escapatoria.
Con fuego en el hocico, los humanos creen que los rabiosos somos nosotros.

Y aquí estoy, otra noche más. Cada vez me resulta más difícil encontrar alimento, y no será por el calor. Chillo y no hay nada de vuelta. No sé cómo fue, todo cambió de pronto, fue fulgurante. Los arroyos dejaron de ser transparentes, la ría dejó de ser azul, bajo los puentes solo había hedor. Las luciérnagas son solo un vago recuerdo, esas son las llamitas que tanto desearía ver yo, las verdes. Cada vez más lejos para la caza, más allá de los jardines monótonos y envenenados de las ciudades, de esas callejuelas laberínticas atiborradas de aves espantajo, y de esas luces cada vez más irritantes. He visto ante mis pobres ojos, con horror, muchas aves nómadas que, tras largos vuelos, acaban su existencia chocando con ventanas iluminadas.

Al menos, hay luces obstinadas ahí arriba que brillan como nada en el mundo, miles de ellas, y esas manchas blancas que me recuerdan a la leche que mamaba cuando era cría. Con razón lo llaman los humanos «Vía láctea». Tengo que reconocer que esos simios son muy buenos en poner nombres y apodos. Esos fragores son mi verdadera cueva y mi guía, y sé que también es el verdadero refugio de muchos otros seres en el mundo para los que también, la noche es su vía. Noches sosegadas y silenciosas que son cada vez más difíciles de encontrar. Los humanos se encargaron de encenderlas, de fragores, de fuegos, de aspavientos.

Y yo ya, a lo largo de los pasillos oscuros y protegidos de los árboles, en noches de vientos fuertes, termino extenuado. Yo ya no estoy para estos vuelos. Es momento de ir a colgarme a plegar mis alas en algún lugar. Y mañana ya...

Mañana desde lo alto, caeré, para alzar otra vez mi vuelo, otra vez más.

Edición en formato digital: 2022

Diseño de cubierta
Celia Santos Antón

Responsable editorial
Eva Margarita García

© EDICIONES OBERON (G. A.), 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-415-4670-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.